

JOSÉ ANTONIO

Y

LOS POETAS

AUTOR: JOSÉ M^a GARCÍA DE TUÑÓN AZA

Año 2003

I. PROYECTO POLÍTICO ENCONMENDADO A LOS POETAS

Aunque la poesía es algo que anda por las calles –dice García Lorca–, que se mueve, que pasa a nuestro lado porque todas las cosas tienen su misterio, y la poesía es el misterio que tienen todas las cosas, es muy posible que sorprenda el título de este libro. Los adversarios de quienes creen conocer al fundador de la Falange, y los que no le conocen también, lo tildan de cualquier cosa, incluido lo de «fascista», menos de poeta; sin embargo Salvador de Madariaga dice de él en el prólogo que escribe a las *Memorias* de Dionisio Ridruejo que José Antonio fue un poeta. Y, efectivamente, lo fue porque él también escribió poesía como veremos más adelante. Tampoco hay que olvidar que a Falange Española se apuntan desde el primer momento poetas como Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá, José M^a Alfaro, Rafael Sánchez Mazas, Luis Bolarque, Jacinto Miquelarena, etc. «Cuando José Antonio hablaba en la Comedia –recuerda Stanley G. Payne– de ‘un movimiento poético’, no era simplemente para hacer una frase, sino que estaba decidido a proporcionar a la Falange un estilo literario». Para José Antonio, nos dice Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, «la poesía era un integrante esencial de la acción política». También el escritor Andrés Trapiello nos recuerda las aficiones literarias y poéticas del fundador de Falange y que esta afición, como decía el propio José Antonio y repite Andrés Trapiello, era un proyecto político encomendado a los poetas. «Basta asomarse a sus discursos – escribe Trapiello– para comprender que no sólo son los de un político, sino también los de quien quería haber sido considerado un intelectual, un literato, a lo Ortega, a lo Unamuno, incluso a lo Azaña. Lo han afirmado los que le conocieron: José Antonio, marqués de Estella, sentía debilidad por los intelectuales republicanos y de izquierda». El catedrático de Derecho Político el asturiano Rodrigo Fernández-Carbajal uno de los impulsores en 1947 de la revista *Alferez* y catedrático emérito de la universidad de Murcia a quien a título póstumo, el 4 de junio de 1998, se le concedió la Medalla de Oro de la Región de Murcia, llegó a escribir, dado el amor que José Antonio sentía por la poesía, que de haber sobrevivido es seguro que sin despreciar los sonetos amaría el verso libre, y esto con todo su cortejo de repercusiones extrapoéticas. Y en Brasil el poeta Augusto Frederico Schmidt, se ofreció a publicar en la lengua de Camoens el testamento – que reproduciremos más adelante– de José Antonio al que calificó de obra perfecta, según escribía Raimundo Fernández-Cuesta en el diario *Arriba* el 20 de noviembre de 1941. *Y fue entre los poetas, el Poeta*, llega incluso a manifestar el poeta valenciano Rafael Duyos que había dirigido antes de 1936 la revista poética *Murta* donde habían colaborado Max Aub y Juan Gil-Albert, calificado también por Dionisio Ridruejo de «vate errante», por sus viajes por Hispanoamérica, y que dedica a José Antonio este soneto:

*Y fue entre los poetas, el Poeta
el poeta de vivas realidades,
no de falsas promesas,
el poeta que amaba para España
una España de todos riente y bella,
el poeta que hablaba y que miraba
a un mismo tiempo con dulzura y fuerza,
porque en sus ojos claros y en su voz*

*-con juveniles dejos, siendo recia-
había un despertar de cosas justas
y un dar la espalda a izquierdas y derechas
para que todos fueran unos y uno
sólo el camino y una su bandera...*

Dice el hispanista Ian Gibson que Antonio Machado fue un poeta admirado por José Antonio. Es cierto, esa admiración ya le venía al fundador de la Falange desde muy joven y por eso aceptó la invitación para asistir en el Hotel Ritz, de Madrid, el día 8 noviembre de 1929, al homenaje a los hermanos Machado con motivo de festejar el éxito de la obra *La Lola se va a los puertos* protagonizada por Lola Membrives, para quien fue escrita expresamente la comedia.

José Antonio, que años más tarde pondría en pie a muchos poetas, hizo la presentación del acto ante los numerosos invitados no sin cierta agitación pues era la primera vez que hablaba en público. Comenzaba diciendo que el homenaje estaba dedicado «a dos intelectuales henchidos de emoción humana, receptores y emisores de la gracia de la alegría y la tristeza populares. Sentido de intelectuales que contrastó con el intelectual inhospitalario y frío, encerrado en su torre de marfil, insensible a las vibraciones del verdadero pueblo. No estaría de más subrayar que el homenaje es a los poetas, sí; pero también a los dramaturgos. Hay que acabar de una vez con esa crítica miope –y tanto más convencional cuanto más libre de prejuicios quieren parecer–, que cada vez que estrenan los Machado sólo deduce el triunfo de los poetas. No. El público que ovaciona a los Machado es público de teatro, y les rinde el tributo de su admiración porque son los dramaturgos, los constructores dramáticos quienes le emocionan y le encantan. Que son dos grandes poetas ya lo sabemos todos hace muchos años. Hay escritores a quienes sólo se puede admirar. A otros, como a Manuel y Antonio Machado, se les admira y se les ama».

Antonio Machado, el mayor de los dos hermanos, y, según Ridruejo, el poeta más grande de España desde el vencimiento del siglo XVII hasta la fecha, nace en Sevilla en 1875 y fallece en el exilio en la ciudad francesa de Colliure en 1939 abandonado y olvidado por todos: por los de un lado y de otro, por quienes tanto ruido y alharaca armaron en defensa de la cultura occidental democrática. No supieron rodear la muerte de este hombre –decía Ridruejo– del consuelo y del honor que merecía. Murió allí ignorado, en soledad y desatendido, después de estar en un campo de concentración. Sobre esto, Francisco Umbral recuerda lo que le decía un falangista cuyo nombre no cita: «Sí, pobre don Antonio, pobre don Antonio, pero no hubo un republicano con poder que, en su huida a Francia, metiese a Machado en su coche; tuvo que irse a pie». Y el mismo Umbral añade: «Y yo me callaba, porque el falangista tenía razón». Lo había presentado el poeta hacía mucho tiempo: *Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar.* Era la España del éxodo y del llanto que tan bien cantó León Felipe en los versos «mexicanos» del poema *Hay dos Españas*: la del soldado y la del poeta. La de la espada fraticida y la de la canción vagabunda. Hay dos Españas y una sola canción. Y ésta es la canción del poeta vagabundo: *Franco, tuya es la hacienda / la casa, / el caballo / y la pistola. / Mía es la voz antigua de la tierra. / Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante por el mundo... / Mas yo te dejo mudo... ¡mudo! / y ¿cómo vas a coger el trigo / y a alimentar el fuego / si yo me llevo la canción?* Antonio Machado publica en el año 1901 su primeros poemas que aparecen en el número 3 de la revista *Electra*, donde seguiría colaborando. En su primer poemario *Soledades* que aparece en 1903, se advierte la influencia de Rubén Darío. «Yo también admiraba al autor de *Prosas profanas*, el maestro incomparable de la forma y de la sensación», dice Machado. En el poeta andaluz el peso del modernismo cede ante un estilo propio que expresa emociones de la vida íntima o familiar. Su preocupación por el destino de España, el paisaje castellano, los recuerdos de Sevilla son componentes esenciales en su poesía:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio

*donde nació, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. –La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio–.
Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea
A veces habla solo, a veces canta.
Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde pueden posar, en el vacío.
Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.*

II. LA POESÍA COMO NORMA CARDINAL DE LA VIDA

Dicen los novelistas Víctor Alperi y Juan Molla, éste último también poeta, en un libro dedicado al también poeta Carlos Bousoño, que «la visión que plasmó José Antonio Primo de Rivera en sus escritos más literarios tuvo también una importante relevancia en la actitud de algunos poetas de los primeros años de postguerra. España “duele”». Para ellos es sin duda Antonio Machado el que termina imponiéndose, y no en su visión física de España confundida con Castilla, sino en su visión política.

*Oh, tú, Azorín, escucha: España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!
¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, y es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora.*

Manuel Machado que para algunos era mejor que su hermano Antonio, según nos recuerda Francisco Umbral; que asimismo era grande y querido tanto dentro como fuera del mundo de habla castellana, y que llegaría a ser considerado como uno de los grandes insignes poetas de su época en España, y que hoy se encuentra tan injusto olvidado por quienes manejan las páginas culturales porque no se fue al exilio como su hermano, recordaría aquella velada en el Hotel Ritz con estas palabras:

«...Fue por estos mismos días de noviembre del año 1929, y fue una de las primeras, acaso la primera vez, que –aparte sus alegatos forenses– hablaba en público José Antonio. Se celebraba un suceso artístico y la magnífica sala de fiestas del Hotel Ritz, de Madrid, estaba llena a rebosar de todas las aristocracias españolas: desde la de la sangre hasta la del cante hondo. La cálida palabra del joven orador, impregnada ya de un dulce misticismo y como de un aura de profecía, penetraba candente en los espíritus y captaba, irresistible, no ya el difícil entusiasmo, la emoción cordial y sincera de aquel selecto auditorio. Cuando José Antonio descendió del estrado, entre ovaciones delirantes, don Miguel Primo de Rivera se acercó a su hijo. Y, al abrazarse aquellos dos hombres –muy hombres– había también lágrimas en sus ojos [...] Fue aquel su primer discurso un arrebatado panegírico de la Poesía como norma cardinal de la vida». Para Dámaso Alonso, Manuel Machado era «impulso, fuente, surtidor. Subía al cielo, salía a la calle rumorosa, *subía, bajaba, charlaba*, se irisaba al cortar soles dardeantes. Pero también,

como surtidor que salta, se quebraba a las rachas, alanceaba morados sombríos, atravesaba noches. No; por algo el poeta nos cuenta que el surtidor *subía bajaba, charlaba... Y nadie sabía lo que decía*. ¿Quién sabe lo que dice un poeta? Algo adivinamos. En la puerta misma, y antes de entrar a su obra, adivinamos que imaginar en Manuel Machado sólo las cualidades del chorro esbelto –ligereza, elegancia, garbo– es una visión demasiado sencilla; sencilla y falsa». La poesía de Manuel Machado se entiende mejor como producto de un Modernismo, aunque hay quien no lo considera Modernista. Sin embargo, sus críticos, tanto de un lado como de otro, hablan del gran elemento modernista de su poesía. Manuel Machado también dedicó a José Antonio una poesía que tituló *Oración a José Antonio*, que igualmente fue traducida al francés y publicada en *Occident* el 10 de diciembre de 1938 con el título de *Prière a José Antonio*. Al mismo tiempo, bajo el título de *To José Antonio*, se publicó en inglés en la revista *Spain* el 1 de enero de 1939. Por otro lado, esta poesía fue incluida en el libro *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*, publicado en 1939 y del que volveremos a ocuparnos porque en el mismo participan otros poetas:

*José Antonio, ¡Maestro!... ¿En qué lucero,
en qué sol, en qué estrella peregrina
montas la guardia? Cuando a la divina
bóveda miro, tu respuesta espero.*

*Toda belleza fue tu vida clara:
Sublime entendimiento, ánimo fuerte...
Y en pleno ardor triunfal, temprana muerte,
porque la juventud no te faltara.*

*Háblanos tú... De tu perfecta gloria
hoy nos enturbia la lección el llanto.
Mas ya el sagrado nimbo te acompaña.*

*Y, en la portada de su Nueva Historia,
la Patria inscribe ya tu nombre santo.
¡José Antonio! ¡Presente! ¡Arriba España!*

Dionisio Ridruejo fue para Salvador de Madariaga un poeta más que otra cosa, y vio en José Antonio el prototipo y modelo de lo que luego llegó a ser. Por esta razón ha dejado escrito mucho y bien sobre José Antonio al que veneró siempre y nunca se avergonzó de recordarlo: «... un español, si los ha habido, capaz de integrar en su alma las incompatibilidades del banderizo genio nacional». Ridruejo nos relata cómo conoció a José Antonio en casa de los Chávarri en La Granja, cerca de Segovia. Una de las personas que aquel día también se encontraba allí era la poetisa Ernestina de Champurcín que pronto se casaría con Juan José Domenchina, el poeta secretario de Manuel Azaña. En aquella reunión José Antonio se mantuvo en su rigor verbal acostumbrado. «Era un hombre que hablaba en buena prosa y lo sabía y cuidaba», dice Ridruejo. Éste, durante aquella velada, oyó por primera vez «el conocido y algo proustiano ‘Coche de caballos’ de Foxá, en la mejor vena de su línea neorromántica». José Antonio para animar a Ridruejo le advirtió sobre los riesgos de contagio de aquella manera reminiscente de Agustín de Foxá. Cuando el fundador de Falange leía un soneto –recuerda Ridruejo– con versos agudos al final de los tercetos, le hizo observar que ese acento «empleado por los modernistas» corrompía el ritmo del endecasílabo, que era muy delicado.

Ridruejo habló a José Antonio de su entusiasmo por Quevedo y él le declaró su decidida preferencia por el poeta francés del siglo XVI Pierre de Ronsard, conocido como el «príncipe de los poetas franceses», y universalmente reconocido como uno de los grandes líricos del mundo. Había nacido en 1524 en el castillo de La Possonière cerca de Vendôme y falleció en su priorato

de Sain-Cosme-en-l'Isle en 1585. Fue paje real y escudero e intentó iniciarse en el ejército y la diplomacia; pero muy joven una otitis mal curada le produce una sordera que le aparta para siempre de sus preferencias profesionales. Cuando apenas había cumplido los veinte años se traslada a París, donde cursa estudios con el clasicista Jean Dorat. Más tarde, Ronsard junto con otros poetas, forman el famoso grupo conocido como «La Pléiade», con un único objetivo de revitalizar la lengua y la literatura francesa. Publicó, entre otras, las *Odas* (5 volúmenes, 1550-1552), poemas académicos inspirados en el poeta griego Píndaro y el poeta romano Horacio. Escribe, *Los amores de Casandra*, *Amores de María*, *Sonetos y madrigales para Astrea*, y *Los amores diversos*, colección de sonetos amorosos con influencias del poeta italiano Petrarca. Ronsard es el poeta del amor. En el año 1570 conoce a Hélène de Surgères que le inspira los *Sonetos para Helena*» y uno de ellos es el que sigue:

*Cuando ya seáis vieja, cuando caiga la noche,
el amor de la lumbre devanando e hilando,
cataréis estos versos y diréis admirada:
Me los hizo Ronsard cuando aún era hermosa.*

*Al oírlo no habrá ni una sola sirvienta
que aunque ya esté vencida por el peso del sueño,
cuando suene mi nombre no despierte y bendiga
vuestro nombre que ha hecho inmortal por la gloria.*

*Yo estaré bajo tierra, y fantasma sin cuerpo
podré al fin descansar a la sombra de mirtos;
para entonces seréis una vieja encorvada*

*que ha llorado mi amor y su altivo desdén;
vivid, pues, no aguardéis a que llegue mañana,
coged hoy cuantas rosas pueda daros la vida.*

Reconoce el propio Ridruejo, que en general a José Antonio le gustaba más la poesía francesa que la española, y, sobre todo, François Villon, poeta del siglo XV, cuyas fechas de nacimiento y muerte no están muy claras, aunque la primera la mayoría de sus biógrafos la sitúan en 1431 en París, y en cuanto a la de su fallecimiento aquí sus biógrafos no se ponen de acuerdo y barajan fechas distintas. Su espíritu contradictorio y su turbulenta existencia, que reflejó muy bien en su obra, le valieron bastantes encarcelamientos e incluso estuvieron a punto de ajusticiarlo por asesinato en dos ocasiones: *Me llamo François, de lo cual me pesa, / nacido en París, cerca de Pontoise, / y atado a la punta de una cuerda gruesa, / mi cuello sabrá si mi culo pesa*. Su intensa calidad lírica de sus versos, así como la sinceridad de su sentimiento y la movilidad de su humor –que va del remordimiento agudo al cinismo desgarrado–, hacen de él un caso único entre las voces poéticas de la Francia medieval y que también le hacen el mayor conocedor de la lengua francesa de su tiempo. En la actualidad se le considera uno de los más grandes poetas franceses. El más famoso poema del parisino, merecedor de figurar en la mejor antología de todos los tiempos, es el titulado *Balada de los ahorcados*:

*Hermanos, los hermanos que aún seguís con vida,
no tengáis con nosotros el corazón muy duro,
pues si queréis mostrar piedad con estos pobres,
Dios no lo olvidará y os podrá ser clemente.
Vednos aquí colgados a cinco o seis que somos,
ved aquí nuestros cuerpos que tanto hemos mimado:*

*y nosotros, los huesos, nos hacemos ceniza.
Nadie de nuestro mal debería burlarse:
más bien, rogad a Dios que nos absuelva a todos.*

*Si hermanos os llamamos, no debéis ofenderos
ni mostrarnos desdén, aunque fuimos matados
por obra de justicia. Antes bien, ya sabéis
que todos los humanos no saben comportarse.
Disculpádnos a todos, pues ya estamos presentes
ante el buen Jesucristo, el hijo de María;
que no nos sea negado a ninguno su gracia
y quiera preservarnos del fuego del infierno.
Ya estamos todos muertos, que nadie nos maldiga:
más bien, rogad a Dios que nos absuelva a todos.*

*La lluvia ya nos tiene mojados y lavados
y el sol nos ha secado y nos ha ennegrecido;
las urracas, los cuervos, nos sacaron los ojos
y arrancaron los pelos de cejas y de barbas.
Nunca, en ningún momento, podemos estar quietos:
hacia un lado, hacia el otro, según varía el viento,
a su antojo nos mueve, sin parar un momento,
por la aves picados lo mismo que dedos.
así pues, no querías veros como nos vemos:
más bien, rogad a Dios que nos absuelva a todos.*

*Señor Jesús, que a todos nos tienes en tus manos,
evita que caigamos en poder del infierno:
no creo que tengamos mucho que hacer en él.
Hermanos, yo os lo juro, en esto no hago burlas;
más bien, rogad a Dios que nos absuelva a todos.*

III. JOSE ANTONIO Y KIPLING

Así pues, el gusto de José Antonio por la poesía francesa estaba más que justificado, aunque esto representó una sorpresa para Ridruejo a quien le habían dicho que el célebre poema *If* del novelista y poeta británico premio Nobel de Literatura en 1907, Rudyard Kipling, nacido en Bombay en 1865 y fallecido en Londres en 1936, era una devoción muy especial de José Antonio, Por esta razón merece la pena reproducir algunas versiones de la traducción del poema: en primer lugar la que publica el escritor Gonzalo Torrente Ballester en su libro *Aprendiz de hombre* cuya traducción no dice a quien es debida, aunque algunos piensan que puede ser del poeta falangista Jacinto de Miquelarena, pero hay que poner en duda esta creencia.

*Si en tu puesto mantienes la cabeza tranquila
cuando a tu lado es cabeza perdida.
Si tienes una fe en ti mismo que te niegan
y no desprecias nunca las dudas que ellos tengan.
Si esperas en tu puesto, sin fatiga en la espera.
Si, engañado, no engañas,
y no buscas más odio que el odio que te tengan.
Si eres bueno y no finges ser mejor de lo que eres.
Si al hablar no exageras lo que sabes y quieres.*

*Si sueñas y los sueños no te hacen su esclavo.
Si piensas y rechazas lo que piensas en vano.
Si tropiezas el triunfo; si llega la derrota,
y a los dos impostores los tratas de igual modo.
Si logras que se sepa la verdad que has hablado
a pesar del sofisma del orbe encanallado.
Si vuelves al comienzo de la obra perdida,
aunque esta obra sea la de toda tu vida.*

*Si arriesgas en un golpe, y lleno de alegría,
tus ganancias de siempre a la suerte de un día;
y pierdes, y te lanzas de nuevo a la pelea,
sin decir nada a nadie de lo que es y lo que era.
Si logras que tus nervios y el corazón te asistan,
aun después de la fuga de tu cuerpo en fatiga,
y se agarren contigo, cuando no quede nada;
porque tú lo deseas, lo quieres y mandas.*

*Si hablas con el pueblo y guardas tu virtud.
Si marchas junto a reyes con tu paso y tu luz.
Si nadie que te hiera llega a hacerte la herida.
Si todos te reclaman y ni uno te precisa.
Si llenas el minuto inolvidable y cierto
de sesenta segundos que te lleven al cielo.
Todo lo de esta tierra será de tu dominio;
y mucho más aún: SERAS HOMBRE, hijo mío.*

La otra traducción que a continuación reproducimos se debe al poeta español Luis Cremades que dice que Kipling es el poeta de la Revolución Industrial, del moderno orden occidental, en el que se interna tomando como metáfora su contrario: la jungla, el orden de la naturaleza y de las pasiones. Ha fabricado versos en los que –involuntariamente en apariencia– puede leerse poesía. Cremades nació en Alicante en 1962 y ha traducido también a otros poetas como Harol Bloom y Jonathan Culler. Ha publicado también varios cuentos y poemas. La versión que ha hecho del poema *If*, que traduce por un *Si* español, es ésta:

*Si puedes mantener la cabeza cuando todo a tu alrededor
pierde la suya y por ello te culpan,
si puedes confiar en ti cuando de ti todos dudan,
pero admites también sus dudas;
si puedes esperar sin cansarte en la espera,
o ser mentido, no pagues con mentiras
o ser odiado, no des lugar al odio,
y –aun– no parezcas demasiado bueno, ni demasiado sabio.*

*Si puedes soñar –y no hacer de los sueños tu maestro,
si puedes pensar –y no hacer de las ideas tu objetivo,
si puedes encontrarte con el Triunfo y el Desastre
y tratar de la misma manera a los dos farsantes;
si puedes admitir la verdad que has dicho
engañado por bribones que hacen trampas para tontos.
O mirar las cosas que tu vida has puesto, rotas,
y agacharte y reconstruirlas con herramientas viejas.*

*Si puedes arrinconar todas las victorias
y arriesgarlas por un golpe de suerte,
y perder, y empezar de nuevo desde el principio
y nunca decir nada de lo que has perdido;
si puedes forzar tu corazón y nervios y tendones
para jugar su turno tiempo después de que se hayan gastado.
Y así resistir cuando no te quede andá
excepto la Voluntad que les dice: «Resistid».*

*Si puedes hablar con multitudes y mantener tu virtud,
o pasear con reyes y no perder el sentido común,
si los enemigos y los amigos no pueden herirte,
si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado;
si puedes llenar el minuto inolvidable
son los sesenta segundos que lo recorren.
Tuya es la Tierra y todo lo que en ella habita,
y –lo que es más–, serás Hombre, hijo.*

Hay una tercera versión, aunque es muy posible que puedan existir tantas como traducciones se hayan hecho, pero hay que tener en cuenta que, hoy por hoy, el traductor de poesía no debe olvidar la constatación de Dante de que, en poesía, las palabras han de tener varios sentidos porque casi antes que palabra, la poesía es música. El poeta, de la realidad, percibe un runruneo metafísico, ha dicho el pintor y escritor nacido en Murcia, Ramón Gaya. Sin embargo, desde un punto de vista *joseantoniano* es muy fácil que sea esta tercera la más importante porque su traducción se debe al propio José Antonio si hacemos caso a José M^a de Areilza que nos cuenta su recuerdo cuando un día visitando al fundador de Falange Española en su despacho, éste le muestra un recuadro que pendía en una de las paredes que enmarcaba el famoso poema *If* escrito en su versión original: *If you can keep your head when all about / Are losing theirs and blaming it on you / If you can trust...* Y Areilza dice: «Lo leímos juntos y lo tradujimos al alimón».

*Si logras mantener la serenidad cuando los que
te rodean hayan perdido la cabeza y además te echen la culpa.
Si puedes confiar en ti mismo cuando los demás
duden de ti y ser comprensivo hacia su desconfianza.*

*Si puedes esperar sin cansarte.
Si cuando mienten sobre ti no quiero mentir,
ni cuando te odien te dejas arrastra por el odio,
sin que aparezcas como demasiado bueno o prudente en exceso.*

*Si puedes soñar sin que los sueños te dominen;
si puedes pensar sin que el pensamiento sea tu fin;
si puedes enfrentarte con el éxito y el fracaso,
y tratar a los dos como impostores;*

*si puedes aguantar que la verdad que enunciaste
te la deformen los bribones para engañar a los incautos.
Si puedes contemplar las cosas por las que diste
tu vida, rotas y te inclinas para rehacerlas con instrumentos anticuados.*

*Si eres capaz de arriesgar todas tus ganancias
en un solo envite,*

*y perder y empezar de nuevo, y no decir
palabra sobre tu mala suerte.*

*Si logras obligar a tu corazón, tu nervio,
tu energía a servirte cuando ya cesaron de ser
lo que eran. Y seguir, cuando ya no haya en ti
sino la voluntad que dice: «¡Sigue!»*

*Si puedes hablar con la masa y guardar la virtud
o andar con reyes sin perder la sencillez.
Si ni enemigos ni admiradores pueden dañarte;
si todos los hombres cuentan en tu vida pero ninguno demasiado;*

*si sabes llenar el minuto implacable
con sesenta segundos de contenido real
¡tuyo es el mundo y cuanto hay en él!
Y lo que es más importante: ¡Serás un hombre!*

IV. DIONISIO RIDRUEJO Y AGUSTÍN DE FOXÁ

El escritor tantas veces citado, Andrés Trapiello, que se considera un hombre serio y triste y que tanto ha hecho por normalizar la historia de la literatura española rescatando del purgatorio ideológico a escritores falangistas como, por ejemplo, a Sánchez Mazas o Agustín de Foxá, dijo de Dionisio Ridruejo que con su bondad e inteligencia sedujo a algunos de los hombres más inteligentes de su tiempo y a algunos de los más cucañistas. Dionisio Ridruejo que nació en la villa soriana de Burgo de Osma en 1912 y falleció en Madrid el 29 de junio de 1975, sufrió el destierro y la cárcel dejando escritos casi medio millar de poemas y no faltaron, entre ellos, alguno dedicado a José Antonio quien le había dejado honda huella. «La sugestión que la personalidad de José Antonio había dejado en mí y el impulso e influencia de algunas personas que le habían estado muy próximas tuvieron parte definitiva, junto a algunos elementos de azar en mi transmutación de secuaz casi inerte de la acción política en actor más o menos responsable de ella. Y quizá –aunque de otra manera– en su abandono». De él es este poema que tituló, *Sonetos a José Antonio Primo de Rivera*:

1

*El rastro de la patria, fugitivo
en el aire sin sales ni aventura,
fue arrebatado en fuego por la altura
de su ágil corazón libre y cautivo.*

*De la costra del polvo primitivo
alzó la vena de la sangre pura,
trenzando con el verbo su atadura
de historia y de esperanza en pulso vivo.*

*Enamoró la luz de las espadas,
armó las almas sin albergue, frías,
volvió sed a las aguas olvidadas.*

*Dio raíz a la espiga y a la estrella,
y, por salvar la tierra con sus días,
murió rindiendo su hermosura en ella.*

2

*No fue la tierra por tu peso amada,
sino soporte de tu planta erguida.
No elegiste el silencio; sí la vida
en mocedad de flor aventurada.*

*Curso de estrella a la raíz hundida
dio tu esbeltez jamás abandonada
y dejaste tu voz, tan levantada,
con gravedad de sangre mantenida.*

*Vencida al fin la carne por la empresa,
con tierra de tus huesos sube el día
-España, al fin- tu vertical promesa.*

*Alamo, lanza, torre, valentía,
todo se alegra en ti, todo regresa
de este llanto mortal de tu elegía.*

3

*El corazón te busca en su alabanza
hecha de soledad y desconsuelo,
y halla tu gloria en el amado suelo
que rige con laureles tu esperanza.*

*Te reclama el amor y ya te alcanza
con la fe nacida de tu voz y duelo,
y mientras dura irreparable el hielo
con más ardor te crea y afianza.*

*En torno de la muerte, quién dijera
cuánto tiene la voz de tu elegía
de canto por la vida verdadera.*

*Pues con el alma y sangre en agonía
aún las habita en ti la primavera
al alumbrarte cada nuevo día.*

A Ridruejo le atrajo de la Falange esa carga revolucionaria, rebelde y progresista que llevaba dentro. Siempre veneró a José Antonio. Él mismo lo dice: «He venerado siempre la memoria de José Antonio –un español, si los ha habido, capaz de integrar en su alma las incompatibilidades del banderizo genio nacional– y nunca me he avergonzado de nombrarlo. A través de él primero y por propio descubrimiento después, he cobrado amistad por otros espíritus españoles que habían alumbrado una visión completa y elevada de España, cuyo secreto consistiría en tener que hacerla, pero hacerla materialmente: en su riqueza, en su trabajo, en sus instituciones, en su estructura social, en su vida intelectual y artística, en sus relaciones con el mundo por encima de toda disputa e incluso aprovechando la energía de las disputas».

El poeta cree en los poetas, por eso Dionisio Ridruejo creyó en José Antonio que le impresionó como no le había impresionado ningún otro hombre y como asimismo impresionó al poeta y

escritor Agustín de Foxá cuando éste recordaba que toda la vida de Primo de Rivera «joven decidido y poeta» estaba impregnada de esa nostalgia un poco entre burguesa y literaria, del trabajo metódico y de la charla íntima. Se daba cuenta José Antonio de que estaba marcado por el destino y que ya no era posible retroceder, de que tenía que renunciar a todo. Por eso «hay que escoger entre la Obra y la Felicidad», recordaba Agustín de Foxá en un artículo publicado en noviembre de 1938, añadiendo además: «Y José Antonio optó por la primera»:

José Antonio solía decirnos: «A mí lo que me gustaría verdaderamente sería estudiar Derecho Civil e ir a la caída de la tarde a un café o a Puerta de Hierro a charlar con unos amigos».

Toda su vida –heroica, abnegada, llena de fantasía y de ímpetu– estaba impregnada de esta nostalgia un poco entre burguesa y literaria, del trabajo metódico y de la charla íntima.

Se daba cuenta, sin embargo, de que estaba marcado ya por el destino, de que ya no era posible retroceder, de que tenía que renunciar a todo.

Y esta pesadumbre amarga de su responsabilidad, era la que ponía melancolía a su mirada.

¡Tragedia de las vidas hermosas y arriesgadas! El hombre vulgar que lee estas vidas al amor de la chimenea encendida, rodeado de sus hijos, o degustando el coñac con los buenos amigos, ignora, seguramente, que el gran hombre a quien envidia hubiera sido también feliz con esa vida sencilla y que si quedó solo, en la intemperie de la noche y de los combates, fue rasgándose el corazón.

Porque hay que escoger entre la Obra y la Felicidad. Y José Antonio optó por la primera. A todos nos gustaría conquistar el Perú, pero a condición de poderlo contar aquella misma noche a los amigos.

José Antonio era un amigo magnífico, lleno de humos, de imaginación, de ironía, de frases; cogía una conversación a ras del suelo y la elevaba, sin pedantería hasta las nubes.

A veces era algo arbitrario y un poco cruel, pero reaccionaba en seguida con desbordante generosidad.

¡Lo he conocido en tantos sitios y en el mismo lugar a horas diferentes!

–Nunca hemos estado aquí –me decía otra vez en «La Tasca»–, porque ayer estuvimos de noche y hoy entramos por la mañana. El tiempo debe tener la misma categoría que el espacio. Se está en otro sitio, aunque sea el mismo, cuando en él se penetra a hora diferente.

Le gustaban mucho estas sutilezas y juegos de espíritu.

Yo lo recuerdo en «La Ballena Alegre», debajo de los cetáceos azules, en caricatura, con su copa de anís en la mano, hablando del tamaño de la luna, de literaturas exóticas, de Florencia, de cacerías.

Y en las medievales cenas de Carlomango, mundano, de «smoking» entre las velas encendidas del hotel París, redactando un telegrama de invitación al alcalde de Aquisgram, paladeando con citas de Pinio, una sopa de tortuga.

Frecuentaba los salones; lo recuerdo bajo las pantallas verdes y el óleo de la duquesa Leticia. Allí leíamos comedias, versos. José Antonio hablaba agudamente de política. Aunque no eran aquellos sus temas preferidos. Describía los Partidos centristas.

–Quieren hacer en frío lo que nosotros hacemos en caliente. Son como la leche esterilizada, no tienen microbios pero tampoco vitaminas.

Tenía una gran vocación literaria y se ufanaba de los cinco capítulos de una novela suya que no terminaría nunca.

A veces, en el seno de la confianza, nos leía sus trabajos. No olvido su alegría cuando nos leyó la carta que dirigía a Ortega y Gasset, ecuaníme, noble, lleno de admiración hacia el viejo maestro.

–Cuando vea el desfile de nuestras Falanges, don José tendrá que exclamar: ¡Esto es, esto es!

Y luego las excursiones. Tenía un auto pequeño que él mismo conducía y huíamos del Madrid plebeyo, dominguero, lleno de humos, de nieblas, de cigarros, de cines, de grises muchedumbres vomitadas por el metro, de cafés, de arrastres de pies, de ciegos con bandurrias, de vendedores de loterías o piedras para los mecheros.

Él no amaba el tipismo cochambroso, galdosiano, de la vieja España. José Antonio con sus amigos, se iba los domingos al campo y a las viejas ciudades.

¡Lluvia triste del canalón de la catedral de Sigüenza, hecha espuma sucia, en la boca diabólica de la gárgola! El coche de José Antonio corre por los fríos descampados de la meseta de Barahona, donde el vuelo aviador de las avutardas, da origen a leyendas de brujas, atisbadas desde las campanas de la catedral.

Allí hay un viento marinero que nace de las salinas y penetra en las iglesias. Altares de Puerto de Mar como los de la catedral de Palma.

En el hotel comemos con José Antonio unas codornices de trival y surco, engrasadas por un tocino de rubia corteza.

A José Antonio le gustaban los buenos platos, el vino de la tierra y las conversaciones. Él no quería una España triste y aburrida. Decía en broma:

–Queremos una España faldi-corta.

Al fin de la comida se acercó a nuestra mesa el camarero. Nos dice que unos muchachos quieren saludar al jefe. Son muy pocos. Quince o veinte. Los únicos falangistas de Sigüenza. José Antonio se frota infantilmente las manos: exclama dándonos palmadas en los hombros.

–Ya empezamos a ser conocidos.

Luego paseamos bajo la lluvia. Un camarada mantiene el paraguas abierto sobre su cabeza. Son los días de la guerra de Etiopía. Le decimos en broma: «Pareces el Negus». Se ríe.

Entramos en la catedral. Rafael ha inventado una teoría con el sepulcral doncel de alabastro, que lee su libro de piedra a la luz de las vidrieras. José Antonio lo amplifica.

–El doncel fue un falangista del siglo XV. Un señorito que dejó de jugar a la pelota en las paredes de su pariente el obispo para irse a la guerra de Granada y morir ahogado entre las huertas.

Rafael añade:

–Se fue con los hombres del pueblo, con los toscos y sencillos guerreros que bajaban de Soria, todavía vestidos de lana.

Y José Antonio propone que la Falange de Sigüenza lleve la imagen del doncel sobre su bandera.

[...]

Volvemos en un vagón de tercera. Nos despiden brazo en alto –¿qué fue de ellos durante los meses de dominio marxista?– los falangistas de Sigüenza.

Otro día vamos a Toledo. Ya hemos visitado los acartonadas momias de Illescas y hemos contemplado los amarillos de tormenta de los apóstoles de El Greco. Bajamos a comer unas perdices a «Venta del Aire». En la sobremesa hablamos del valor:

–Mi hermano Fernando –nos dice – es el más valiente de la familia.

Le interrumpo:

–Tú también lo eres.

Me responde, con amistosa timidez:

–Bah; es cuestión de la adrenalina yo tengo una reacción lenta.

Así, él, tan espiritualista, disfrazaba elegantemente, por pura fisiología, su impresionante valentía.

Llegó un crepúsculo frío y rosa sobre el oro fúnebre de los girasoles de la vega, donde está el Cristo del brazo desclavado.

Arriba, puntiagudo, el Alcázar; abajo, José Antonio. No imaginábamos sus amigos que estábamos contemplando a las dos víctimas más altas de la guerra civil. Que las consignas y los sueños de aquellas cabezas endurecerían aquellas viejas piedras hasta hacerlas invencibles.

Otra tarde fuimos a La Granja. Leíamos versos en un bello jardín, bajo unas velas encristaladas que daban cita a todas las mariposas de los pinares. Allí recitó un joven poeta entonces desconocido.

En auto marchamos, bajo la luna, a contemplar el Alcázar de Segovia. Se le «caló» el motor. Le dijimos en broma:

–Cuando triunfes no te podremos llamar «Duce» o «Conductor», porque lo haces bastante mal.

–En efecto. No es mi fuerte.

Daba la luna en las torres de pizarra; a nuestros pies, el río y el fresco frutal de los árboles. Parecía el Alcázar un dibujo de Gustavo Doré.

José Antonio, ganado por el ambiente, traicionó sus tendencias clásicas:

–En el fondo esto es lo nuestro; el Partenón está demasiado lejos; es simplemente arqueología.

A la vuelta a Madrid se iba durmiendo sobre el volante. Se golpeaba la frente. Fue un verdadero suplicio. Al llegar a Rosales me dijo:

–Por nada del mundo volvería ahora a La Granja.

Le respondí:

–¿Ni por un millón de pesetas? ¿Ni por un gran amor?

–Ni por eso

¿Por el triunfo de la Falange?

Afirmó rotundo:

–Por eso sí; ahora mismo.

Y así, bajo las encinas monárquicas de El Pardo y otra tarde junto a la piscina en piedra labrada de don Alvaro de Luna, en Cadalso de los vidrios, y en el atardecer, con olor a césped regado, del Polo de «Puerta de Hierro» y en la barra de «Bakanik» antes de cenar.

Algunos le criticaban esto último y él protestaba:

–Un obrero, después del trabajo, puede irse con sus amigos a una taberna y a mí me critican porque voy con los míos a un bar.

No es posible encerrar en un artículo todas las sugerencias, las frases, las metáforas con que José Antonio nos regalaba en la intimidad.

Yo sólo sé que los conceptos más fundamentales de mi vida sobre la Patria, la religión, el amor, la literatura o el matrimonio a él se los debo. Que mejoró mi espíritu, lo maduró y me salvó del peligro de las tertulias derrotistas y sovietizantes que nos acechaban. Por ello, mi agradecimiento entrañable.

José Antonio, sin proponérselo, convertía a sus amigos en discípulos suyos. Yo, antes que falangista, fui amigo de José Antonio; ya sé que para los teóricos puros, para los que ponen la razón y la doctrina por encima de todo, esto constituirá un reproche.

Pero no es mal camino para llegar a la verdad este de la amistad y el afecto; yo lo prefiero.

José Antonio no olvidó nunca a sus amigos. En la soledad de su celda de Alicante, rodeado por un mar de odio, tuvo el pulso sereno para escribirles cartas llenas de serena conformidad y aliento.

Nosotros no lo olvidaremos nunca. Pasarán los años, cambiarán las ideas; es posible que haya nuevas fórmulas políticas. Pero yo guardo avaramente, para mi vejez, estas palabras que me llenan de orgullo y que nadie podrá arrebatar-me:

–Yo fui amigo de José Antonio.

Igualmente ante los micrófonos de Radio Nacional de España en el mismo mes de noviembre de 1938, pronunciadas y escritas por Agustín de Foxá, junto a las evocaciones y recuerdos, aparecen estas definiciones sobre José Antonio bien características:

Todo era en él decoro, elegancia. No el rosal romántico, sino el laurel hermano del túmulo y de la estatua. Porque él amaba la sencilla claridad de la luz. Frente a la horda, la milicia. Para el verso, el terceto. Para el agua, el cauce.

José Antonio fue el primero y único político español que afirmó que a los pueblos los movían los poetas. «A los pueblos no los han movido nunca nada más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!». Por eso Foxá escribió también estas palabras: «Él saturó de poesía su doctrina, y sus luceros, sus rosas, entrañas, sangre y vida hicieron que la política se convirtiera en historia [...]. José Antonio creó un estilo maravilloso, una oratoria llena de sencilla y elegante sorpresa. Era un estilo limpio, de justeza arquitectónica y fina metáfora, moderado como una primavera de Castilla, sin retórica, directo».

Agustín de Foxá, que pertenecía al círculo íntimo de la *corte de poetas* de José Antonio, dijo que la Falange no ha de dar el pan sino la espiga que es pan en milagrosa orfebrería de oro, y por eso escribió una bella poesía que nos habla de la España cautiva.

*Ojerosa y nupcial, pálida España,
partida España que en nostalgia anhelas
de blancos arrozales
la naranja
en la playa del sur.
¡Oh, Cataluña!,
rebelde en tu blanco Pirineo,
la sardana en San Juan, la barretina
griega junto a la red, joyel de peces.
Y aquella Murcia bereber y mora,
con el ángel mancebo, un jueves santo
(el cáliz de cartón sobre el olivo).
Y Alicante, ardoroso de palmeras,
con su misterio junto al mar templado.
La rosa de Menorca perfumada
por la pólvora química y las viñas.
¡Oh, Castellón de la jugosa fruta
con almibares que aman las avispas!
Jaén de la navaja y el ceceo
que rasga coplas entre finos toros.
Pagana España, de la suave arena,
muro de cal y pitas aceitosas...
Esta dura Castilla de aguaceros
estos surcos de chocho de merinas
donde nacen apóstoles románicos,
esta llanura que combaten ríos
de militares aguas sin perfume,
sueña viril y casta tu caricia,
tu sonrisa y tu azahar...
¡Oh, dulce España!
Cautiva esposa en un añil de espuma
que entre las huertas, sollozando, esperas.*

Y lo que piensa que ha de pasar después de que él se muera. Era su melancolía de desaparecer.

*Y pensar que después que yo me muera
aún surgirán mañanas luminosas,
que bajo un cielo azul, la primavera,
indiferente a mi mansión postrera,*

florecerá en la seda de las rosas.

*Y pensar que, desnuda, azul, lasciva,
sobre mis huesos danzará la vida,
y que habrá nuevos cielos de escarlata,
bañados por la luz del sol poniente,
y noches llenas de esa luz de plata,
que inundaban mi vieja serenata,
cuando aún cantaba Dios, bajo mi frente.*

*Y pensar que no puedo, en mi egoísmo,
llevarme al sol, ni al cielo, en mi mortaja;
que he de marchar, ¡yo solo!, hacia el abismo,
y que la Luna brillará lo mismo
¡y yo no la veré desde mi caja!*

V. DE SÁNCHEZ MAZAS A UNAMUNO

José Antonio era un hombre de dedicación intelectual rigurosa, de nuevo reconoce Dionisio Ridruejo, que siempre mostró un equívoco pudor literario. A su lado alcanza mayor relieve Rafael Sánchez Mazas, poeta y novelista formado primero en el ambiente bilbaíno y forjado como poeta ya dentro de los años treinta y que según Trapiello, algunos no le perdonan, a pesar de su buena literatura, el ser un escritor falangista. En parecido sentido se he pronunciado en el diario *Abc* el 30 de noviembre de 2002, el escritor catalán Joan Perucho, galardonado con el Premio Nacional de las Letras Españolas 2002, cuando ha dicho que Sánchez Mazas es «uno de los mejores escritores, silenciado durante mucho tiempo». Por esta misma razón su poesía también es poco conocida al mismo tiempo que peor valorada pues la poesía es la clave de su personalidad. Sánchez Mazas contribuyó junto con las ya citados, José M^a Alfaro, Eugenio Montes, Agustín de Foxá, Samuel Ros y otros, a la creación de la literatura surgida en torno a Falange Española, de signo eminentemente evocador. Es Sánchez Mazas un poeta que empezó a forjarse en la poesía española ya dentro de la década de los años treinta. Fue miembro de la Real Academia y autor, entre otras, de la novela *La vida nueva de Pedrito de Andía* publicada en 1951 y que alcanzó gran notoriedad. Mucho antes había escrito *Pequeñas memorias de Tarín*, donde ya había apuntadas sus amplias posibilidades. A petición de José Antonio Primo de Rivera, compuso un texto en prosa poética en 1935 dedicado a los muertos de Falange, *Oración por los muertos de la Falange*. Fue también el inventor del grito ritual *¡Arriba España!* Después de su muerte se publica *Sonetos de un verano antiguo y otros poemas* que recoge su antología poética y que puede ser considerada como un auténtico descubrimiento poético. De él es este poema:

*Señor: desnudos, como tú nacemos,
desnudos engendramos y sufrimos;
desnudos, como tú, Señor, morimos.
Porque desnudos resucitaremos.*

*Desnudos nuestra culpa lavaremos,
como desnudo en el Jordán te vimos,
desnudos en la tierra nos sentimos
y a tu lado desnudos estaremos.*

*Señor: sobre los brazos maternales,
desnudo estás, en paños funerales,
blancos los miembros y los labios mudos.*

*Y al verte así, mi celestial Maestro,
como nunca te siento hermano nuestro
y hermano de los mármoles desnudos.*

Y también éste que nos habla de sus amores de alta mar:

*Ojos de la travesía,
mis amores de alta mar;
yo tengo una galería
sobre un patio de azahar
para que podáis mirar
un poco la tierra mía:*

*Mas no miréis lejanía
cuando acabáis de llegar
¡cómo queréis reposar
ojos de la travesía!*

José Antonio amó siempre a España incluso en momentos de dolor, como ya hemos repetido. De ese dolor que debió sentir cuando media España lo condenó a muerte. Él amó a España con voluntad de perfección. «Nosotros amamos a la eterna e inmovible metafísica de España», son palabras que un día pronunció José Antonio Primo de Rivera. Amaba a España de la misma manera que la amaba el vasco Miguel de Unamuno cuando exclamaba: *Ay mi España desterrada...* Y cuando se sentía un san Pablo dispuesto a dar una dimensión universal al quijotismo: *He de salvar el alma de mi España, / empeñada en hundirse en el abismo / con su barca, pues toma por cucaña...* Unamuno pedía a Dios que salvara a España y a la inteligencia. Esa España, incluso de hoy, que también le dolería a Unamuno, según declaraba al *Abc* el 28 de diciembre de 1997 Pedro Laín Entralgo.

José Antonio que tenía alma de poeta era un hombre que no conocía el rencor ni tampoco el odio, nunca tuvo en cuenta los insultos que Unamuno profirió a su padre, quizá porque se dio cuenta también de que el dictador no había tenido un buen comportamiento con él. Por eso un día escribió: «Yo no diré que admiro a nuestro rey, pero que le quiero sí, porque es mío, porque lo he hecho yo. Le querría fuera de España, pero le quiero. Y acaso quiero a ese mentecato de Primo de Rivera que se ha arrepentido de lo que hizo conmigo...». El 10 de febrero de 1935, José Antonio habla en Salamanca y visita a Unamuno quien después de una larga charla entre ambos y con la presencia de Rafael Sánchez Mazas, acude del brazo del fundador de Falange al teatro donde iba a tener lugar el mitin. Sin embargo esta entrevista y su posterior asistencia a escuchar las palabras de José Antonio tendría graves consecuencias para él porque, según dicen algunos de sus biógrafos, esto le valió para que la Academia sueca en un acto totalmente fuera de lo que representaban los valores literarios de Unamuno decidiese ese año no concederle el Premio Nobel, sin tener en cuenta toda la actividad desarrollada en pro de la libertad de los hombres de la que tanto se preocupó el literato, el filósofo, el poeta...

La españolidad de Unamuno también la defendió en el Parlamento, José Antonio. Fue el 28 de febrero de 1934 cuando cita a Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno como entrañablemente españoles. En ese momento le interrumpe un parlamentario vasco –José Antonio Aguirre–, que había sido jugador de fútbol en el Athletic de Bilbao, y le advierte lo siguiente: «Los vascos de peores cabezas, que somos nosotros, somos, precisamente, los que tenemos la adhesión del pueblo...» A lo que José Antonio contesta: «No, señor Aguirre. Es que es mucho más difícil entender a Maeztu y a Unamuno que enardecerse en un partido de fútbol, y probablemente los

señores Maeztu y Unamuno son las mejores cabezas vascas mientras no pocos predicadores del Estatuto forman un respetabilísimo equipo de futbolistas».

El 31 de diciembre de 1936, había amanecido muy frío y era normal que así fuera en la ciudad castellana de Salamanca. La nieve se había helado y Miguel de Unamuno no tenía pensado salir de casa. Por la mañana había estado leyendo y jugando con su nieto. Por la tarde esperaba la visita de un joven falangista, Bartolomé Aragón, que llegó cuando todavía el reloj no había marcado las cuatro y media. Su hija Felisa y su nieto, que también se llamaba Miguel como su abuelo, habían salido a la calle, solamente quedaba en la casa Aurelia, la empleada del hogar, que trajinaba en los quehaceres caseros. El joven falangista miraba con todo respeto a Unamuno: «Amigo Aragón, le agradezco que no venga usted con la camisa azul...». Ambos intentaban encontrar un tema en común para la conversación. De pronto Unamuno dijo: «La verdad es que, a veces pienso, si no habrá vuelto Dios la espalda a España, disponiendo de sus mejores hijos». Y gritando aún más volvió a decir: «¡Eso no puede ser, Aragón! ¡Dios no puede volverle la espalda a España! ¡España se salvará porque tiene que salvarse!». Eran las últimas palabras de un «gran pensador, grandísimo sentidor de España», dijo de él uno de los grandes poetas de la generación del 27, Pedro Salinas.

Después «dobló la cabeza, como un Cristo agonizante y nadie supo que había muerto –dice su biógrafo González Egido–, devuelto a su madre original, convertido en el niño que siempre había sido, desnacido, como siempre había imaginado, desvalido y desnudo, incluso de las palabras, hasta que Bartolomé Aragón empezó a oler a quemado y comprendió que lo que se estaba quemando era la zapatilla de aquel hombre que ya no lo notaba, aunque las brasas del brasero hubieran empezado a quemarle, como en una breve, mínima y simbólica inquisitorial, con olor a chamusquina, en aquella Salamanca que tantos herejes había quemado y seguiría quemando». Así fue la muerte de este hombre, en su *Salamanca, Salamanca / plateresca maravilla, / académica palanca / de mi visión de Castilla*, «morir soñando», cumpliéndose de esta manera lo que un día de los santos inocentes escribió en forma de soneto:

*Morir soñando, sí, mas si se sueña
morir, la muerte es sueño, una ventana
hacia el vacío; no soñar, nirvana;
del tiempo al fin la eternidad se adueña.*

*Vivir el día de hoy bajo la enseña
del ayer deshaciéndose en mañana.
Vivir encadenado a la desgana
es acaso vivir? y esto ¿qué enseña?*

*Soñar la muerte no es matar el sueño?
Vivir el sueño no es matar la vida?
A qué al poner en ello tanto empeño*

*aprender lo que al punto al fin se olvida
escudriñando el implacable ceño
–cielo desierto– del eterno dueño?*

Sobre su tumba hay escritas las siguientes palabras que son un recuerdo de las suyas propias.

*Méteme Padre eterno, en tu pecho,
misterioso hogar,
dormiré allí, pues vengo deshecho*

del duro bregar.

VI. LA INFLUENCIA DE GRANDES POETAS

Dice Pilar Primo de Rivera en su libro *Recuerdos de una vida* que los poetas españoles que más influyeron en José Antonio han sido: los hermanos Machado, Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez y Rubén Darío. De los hermanos Machado ya hemos hablado y de Rafael Alberti dice también el sobrino de José Antonio, Miguel Primo de Rivera en el libro *No a las dos Españas*, que su tío prefería mil veces a Alberti «que a su pariente José María Pemán». Aquel «marinero en tierra» del Puerto de Santa María y que según Ernesto Giménez Caballero fue precursor de un nacionalismo heroico y popular «que luego abandonaría, cerrando la mano en la de una mujer, María Teresa León, hacia el sueño comunista». Pero al contrario de lo que haría Alberti, como luego veremos, María Teresa León, «la brava» como la calificó Antonio Machado, recuerda a José Antonio en su *Memoria de la melancolía* con verdadero afecto. Era el recuerdo de una mujer que en un momento determinado sintió una fuerte atracción física por aquel hombre que un día fue víctima del odio de la izquierda y de la incomprensión de la derecha española. María Teresa recuerda a José Antonio en Barcelona cuando un buen día feliz y contenta paseaba colgada del brazo de su padre por las Ramblas y el Paseo de Gracia. Ya estaba María Teresa casada, a pesar de su juventud, con quien fue su primer marido. Eran los tiempos del golpe militar de Primo de Rivera y los hijos de éste estaban entre los soldados del regimiento de Barcelona. Uno de ellos, José Antonio, le parecía muy inteligente y pensaba que era del todo absurdo no poderle sonreír porque ya estaba casada. «Era un buen mozo», nos dice María Teresa León. Y además añade: «¿Quién cerraría los ojos de aquel soldado que yo no volví a ver? ¿Y por qué cayó si tal vez...? Sí, tal vez fue una equivocación política. ¿No hubiera sido más acertado mandarlo a morir a otra parte, por ejemplo, a Burgos? Años de guerra civil. Aquel soldado que yo nunca más volví a ver estaba preso, preso político. ¿Qué efecto hubiera producido José Antonio Primo de Rivera en Burgos, frente a frente con el Caudillo? Seguramente no hubiera sido trasladado a hombros por toda España para ser enterrado con una sonrisa de triunfo en el Escorial porque... el eliminador que mejor eliminare, buen eliminador será».

*La memoria puede tener los ojos indulgentes.
Ya no llegan a nosotros los ruidos vivos, sino los muertos.
Memoria del olvido, escribió Emilio Prados, memoria
melancólica, a medio apagar, memoria de la melancolía.*

Sin embargo, Rafael Alberti, uno de los poetas preferidos por el fundador de la Falange, y de quien el falangista Rafael García Serrano llegó a escribir que lo consideraba «el más grande poeta vivo de la lengua española, aunque el puñetero me haya salido comunista...», no trató a José Antonio de la misma manera que hizo su mujer María Teresa León, ni tampoco correspondió a esa admiración que sintió por él como poeta porque de Alberti es este verso que Luca de Tena, Torcuato, reproduce en su libro *Franco, sí, pero...*

*Siega segador, seguido,
con esa roja guadaña,
las cabezas que en España,
hoja a hoja han impedido,
que el sol llegue a la bodega.
Siégalas de un solo tajo.
Respondan al cascabel
de José Antonio, Miguel,*

Queipo, Gil, o el gran carajo.

Y Torcuato Luca de Tena deja muy claro que José Antonio es Primo de Rivera quien, en efecto, sería 'segado' poco tiempo después de escrita esta amenaza. Gil es José M^a Gil Robles, presidente de la Ceda; Miguel, es Miguel Maura, ex ministro de la Gobernación de la República y Queipo es el general Gonzalo Queipo de Llano.

Luca de Tena añade en su libro que Alberti formó parte de los tribunales populares en la checa de intelectuales establecida en el palacio de Bellas Artes de Madrid, lo que le valió que el propio poeta enviara una carta al diario *Abc* el 18 de marzo de 1993 en la que le llegaba a amenazar con que «mis abogados estudiarán el alcance y responsabilidad de esas terribles acusaciones que, a su vez, son una incitación a la violencia, y que en un Estado de Derecho, no pueden o no deben quedar impunes». Pero Luca de Tena en una carta que escribe al periodista Luis Alberto Cepeda el 24 de abril de 1997 dice: «En efecto, Alberti anunció por dos veces su querrela contra mí, han pasado cerca de cuatro años y tal querrela no se ha producido, supongo que por estimar sus abogados que el dicho señor, que dirigía la checa de intelectuales de Madrid, tenía el techo de cristal y que más le valía no meterse en berejenales que recordaran su vera efigie».

Pero por encima de estas miserias humanas, Rafael Alberti fue un gran poeta, sino el más grande poeta de su tiempo como ya hemos dicho reconocía el falangista Rafael García Serrano, uno de los grandes poetas que tuvo España y que como tal fue uno de los preferidos de José Antonio. Alberti escribió poemas como éste que tituló *El Ángel Bueno*:

*Vino el que yo quería,
el que yo llamaba.*

*No aquel que barre cielos sin defensas,
luceros sin cabañas,
lunas sin patria,
nieves.
Nieves de esas caídas de una mano,
uno nombre,
un sueño,
una frente.*

*No aquel que a sus cabellos
ató la muerte.*

El que yo quería.

*Sin arañar los aires,
sin herir hojas no mover cristales.*

*Aquel que a sus cabellos
ató el silencio.*

*Para, sin lastimarme,
cavar una ribera de luz dulce en mi pecho
y hacerme el alma navegable.*

Siguiendo con las preferencias poéticas de José Antonio, siempre según su hermana Pilar, evoquemos a otro poeta andaluz: Juan Ramón Jiménez, nacido en un pueblo cercano al puerto de Palos, de donde siglos atrás se hicieran a la mar, en busca de nuevas tierras, las tres carabelas de Cristóbal Colón. Nos dice el poeta: «Nací en Moguer la noche de Navidad de 1881. Mi padre era castellano y tenía los ojos azules; mi madre era andaluza y tiene los ojos negros. La blanca maravilla de mi pueblo guardo mi infancia en una casa vieja de grandes salones y verdes patios... De estos dulces años recuerdo bien que jugaba muy poco y era gran amigo de la soledad; las solemnidades, las visitas, las iglesias me daban miedo...».

Juan Ramón Jiménez es un poeta, un gran poeta, y dicen que su poesía constituye el nudo de enlace entre el modernismo y la generación de la llamada «poesía pura». En 1956 le conceden el premio Nobel de Literatura, por el mérito de su poesía lírica. De él escribe Pablo Suero, cuando aún vivía el poeta, que «Juan Ramón Jiménez es un atormentado. A sus dolencias físicas se unió el terrible mal de una gran sensibilidad de poeta. Para darnos toda esa vasta y honda lírica que es su obra –tortura de forma y tortura de contenido– ha tenido que vivir devorándose a sí mismo. Es un caso de autofagia...». El poeta fallece en San Juan de Puerto Rico el 28 de mayo de 1958, después de que en 1936, junto con su esposa Zenobia, abandonara España y se embarcara en Cherburgo para una travesía triste, con el recuerdo de su patria, a la cual jamás retornaría sino muerto, lo mismo que su esposa que había fallecido seis meses antes. De él es este poema que tituló *Mirlo fiel*:

*Cuando el mirlo, en lo verde nuevo un día
vuelve, y silba su amor, embriagado,
meciendo su inquietud en fresco de oro,
nos abre, negro, con su rojo pico,
carbón vivificado por su ascua,
un alma de valores armoniosos
mayor que todo nuestro ser.*

*No cabemos, por él, redondos, plenos,
En nuestra fantasía despertada.
(El sol, mayor que el sol,
inflama el mar real o imaginario,
que resplandece entre el azul frondor,
mayor que el mar, que el mar.)
Las alturas nos vuelcan sus últimos tesoros,
preferimos la tierra donde estamos,
un momento llegamos,
en viento, en ola, en roca, en llama,
al imposible eterno de la vida.*

*La arquitectura etérea, delante,
con los cuatro elementos sorprendidos,
nos abre total, una,
a perspectivas inmanentes,
realidad solitaria de los sueños,
sus embelesadoras galerías.
La flor mejor se eleva a nuestra boca,
la nube es de mujer,
la fruta seno no responde sensual.*

*Y el mirlo canta, huye por lo verde,
y sube, sale por lo verde, y silba,
recanta por lo verde venteante,*

*libre en la luz y la tesura,
torneando alegremente por el aire,
dueño completo de su placer doble;
entra, vibra silbando, ríe, habla,
canta... Y ensancha con su canto
la hora parada de la estación viva,
y nos hace la vida suficiente.*

*¡Eternidad, hora ensanchada,
paraíso de lustror único, abierto
a nosotros mayores pensativos,
por un ser diminuto que se ensancha!
¡Primavera, absoluta primavera,
cuando el mirlo ejemplar, una mañana,
enloquece de amor entre lo verde!*

El nicaragüense Félix Rubén García Sarmiento, nacido un 18 de enero de 1867 y fallecido en 1916 en León, localidad de la nación de Nicaragua, es conocido en el mundo de las letras como Rubén Darío y según Pilar Primo de Rivera fue otro de los poetas preferidos por José Antonio, como ya hemos antes repetido. Desempeñó cargos diplomáticos por varios países y en España fue corresponsal del periódico *La Nación*. Es el poeta de mayor influencia en la lengua española de finales del siglo XIX, también principios del XX, y uno de los más brillantes de la poesía hispanoamericana. Sus poemas se convierten en unas grandes sinfonías, por lo que al contenido se refiere, y hallando en él el gusto por las situaciones convencionales, el fervor místico y la exaltación pagana, la gran visión histórica y la nota angustiosa y pesimista. El conjunto de sus innovaciones formales y de contenido ha recibido el nombre de «modernismo»; pero Darío ni el resto de los modernista se inventan nada, aunque lo inventen todo. Dice el estudioso de Rubén Darío, Alvaro Salvador, que «el modernismo puede definirse, en cierto modo, como el resultado de la dialéctica que provocan estas relaciones, aunque sin perder de vista una de las constantes típicas de la literatura hispanoamericana: el hecho de que cualquier planteamiento ideológico importado de Europa se rellena siempre con las condiciones concretas de la realidad americana. Por esta razón puede decirse que la actitud moderna tiene en Hispanoamérica unas características muy específicas, incluso confusas en muchos casos». Muchos de los poemas de Darío estaban dedicados. Por ejemplo, dedicó uno a Juan Ramón Jiménez, y otro que tituló *Caracol* estaba dedicado a Antonio Machado:

*En la playa he encontrado un caracol de oro
macizo y recamado de las perlas más finas;
Europa le ha tocado con sus manos divinas
cuando cruzo las ondas sobre el celeste toro.
He llevado a mis labios el caracol sonoro
y he suscitado el eco de las dianas marinas,
le acerqué a mis oídos y las azules minas
me han contado en voz baja su secreto tesoro.
Así la sal me llega de los vientos amargos
que en sus hinchadas velas sintió la nave Argos
cuando amaron los astros el sueño de Jasón;
y oigo un rumor de olas y un incógnito acento
y un profundo oleaje y un misterioso viento...
(El caracol la forma tiene de un corazón.)*

También a su hermano Manuel Machado, dedicó otro poema que tituló *¡Alehuya!*

*Rosas rosadas y blancas, ramas verdes,
corolas frescas y frescos
ramos, ¡Alegría!*

*Nidos en los tibios árboles,
huevos en los tibios nidos,
dulzura, ¡Alegría!*

*El beso de esa muchacha
rubia, y el de esa morena,
y el de esa negra, ¡Alegría!*

*Y el vientre de esa pequeña
de quince años, y sus abrazos
armonioso, ¡Alegría!*

*Y el aliento de la selva virgen,
el de las vírgenes hembras,
y las dulces rimas de la Aurora,
¡Alegría, Alegría, Alegría!*

VII. FEDERICO GARCÍA LORCA

Una espléndida generación de poetas, conocida en el siglo XX como la generación del 27, floreció por aquellos años y durante toda la década de los treinta. El más conocido de ellos, posiblemente sea Federico García Lorca al que pude dedicarle un artículo, en el centenario de su nacimiento titulado *Lorca no fue un poeta único*, que ahora vuelvo a reproducir en su integridad para que, entre otras cosas, se conozcan, una vez más, todas las referencias que hay sobre esa posible amistad, de la que tanto se ha hablado, entre Lorca y José Antonio:

Con motivo de celebrarse el centenario del nacimiento de Federico García Lorca algunas voces prestigiosas se han alzado para denunciar todo aquello y a todos aquellos que han convertido, al gran poeta granadino, en un exceso de mercantilismo sin olvidarnos de quienes han aprovechado su nombre para apostolizarlo en un intelectual de izquierdas cuando García Lorca no tomó nunca posiciones ideológicas y en todos sus textos no se manifiesta esa cultura de izquierdas. El profesor Carlo Bo, decano de los críticos literario italianos y autor de una de las primerísimas antologías del poeta granadino editada fuera de España dice por el contrario que en Lorca tiene mucho peso la cultura católica, sobre todo en la poesía de raíz popular, donde se manifiesta un profundo sentimiento religioso. Nada que ver, por tanto, con el mito de intelectual de izquierdas que los pescadores de río revuelto nos quieren hacer ver y que a los falangistas tampoco nos importaría que lo fuera, pero conviene dejar las cosas en su sitio.

Por su parte, nuestro Julián Marías, que conoció personalmente al poeta, ha escrito sobre la necesidad de desprender a Lorca de la política, del doloroso desenlace de su vida, para volverse a esta misma, a lo que en ella hizo. No fue, efectivamente, un poeta *único*, sino uno de los insustituibles creadores de aquella generación del 27 que estaba formada, además de Lorca, por Vicente Aleixandre; Luis Cernuda; Pedro Salinas; Rafael Alberti; Dámaso Alonso; Gerardo Diego; Juan Chabás; José Guillén; José Bergamín; Mauricio Bacarisse, etc. Pero aunque es cierto que el vendaval Lorca arrasó con toda la información aparecida en los medios de comunicación -con carácter partidista la mayoría de las veces-, no debemos de olvidarnos que este año también se celebra el centenario del nacimiento de Vicente Aleixandre, premio Nobel en 1977; Dámaso Alonso; Luys Santa Marina y el de la gran escritora vallisoletana Rosa Chacel cuya prosa en castellano ha sido reconocida como una de las mejores después de la generación del 98; pero al no haber tenido ninguno de ellos una muerte trágica como la tuvo Lorca, no merecieron por parte de esos mismos medios de comunicación tanta atención lo que nos lleva a sostener que sobre el poeta de Fuente Vaqueros se está transmitiendo una visión simplista y sesgada de su vida y obra para apropiarse de ambas cosas a la vez y colocarlas de bandera de intereses muy particulares.

Pero no debo terminar este artículo sin aportar algún dato sobre esa, para algunos, hipotética amistad que mantuvieron José Antonio y el poeta. Me veo obligado a escribir sobre esta amistad porque se han publicado algunos artículos -aprovechando el evento-, con el único propósito de dañar la figura del fundador de la Falange y de los falangistas a quienes incluso llegan a hacer parte responsable de la muerte del poeta cuando todo el mundo sabe que fue precisamente en casa de unos falangistas, los hermanos Rosales, donde se refugió el poeta granadino. Por otro lado, también hay interés -se ha publicado-, de negar esa amistad sin aportar ninguna prueba ni tan siquiera recogiendo lo que ha escrito Francisco García Lorca, hermano del poeta, que en su libro titulado *Federico y su mundo*, editado por Alianza Editorial en la página 453 de la edición de 1990, comenta la preocupación que tenía Federico porque no acababa de recibir una subvención para su teatro y que fue salvada gracias a la intervención de José Antonio Primo de Rivera ferviente admirador de García Lorca según dice textualmente el autor. Pero también es cierto que en opinión de este último, el poeta y José Antonio nunca llegaron a conocerse.

Sin embargo existen otros testimonios de gran valor que demuestran todo lo contrario. Ian Gibson que, como todos sabemos, escribió un libro titulado *En busca de José Antonio*, admite en el mismo esa posibilidad recogiendo lo que escribió el nada sospechoso Gabriel Celaya quien a su vez repitió que el propio García Lorca le manifestó en San Sebastián que todos los viernes cenaba con José Antonio. El propio Ian Gibson años después de la publicación del libro dice en *Diario 16* de fecha 17 de enero de 1997 que entre Lorca y José Antonio pudo haber habido algún contacto porque en Madrid todo el mundo se conocía. El mismo diario y el mismo día, reproduce una carta del novelista británico Graham Greene a Ian Gibson donde dice el primero que Lorca pudo haber sido un agente doble.

Otro testimonio importante es el del gran genio Salvador Dalí simpatizante que fue de José Antonio como lo demuestra la fotografía de éste que el pintor tenía colgada en uno de los salones de su casa así como también los comentarios elogiosos que siempre hizo Dalí de Primo de Rivera. El pintor de Cadaqués manifiesta en el libro escrito por Antonio D. Olano titulado *Dalí. Las extrañas amistades del genio*, editado por Ediciones Temas de Hoy, que «José Antonio estuvo presente en uno de los estrenos teatrales del escritor granadino. Acudió al camerino tras la representación para felicitar a la actriz Lola Membrives, y así coincidiría con García Lorca. Los encuentros fueron evidentes».

Que Federico García Lorca fue un poeta muy querido y admirado por José Antonio y por los falangistas en general no hay porqué dudarlo. El poeta y biógrafo del pintor falangista Alfonso Ponce de León, Rafael Inglada -del que volveremos a ocuparnos-, deja muy claro en su libro que Ponce de León, por ejemplo, fue quien pintó los decorados de *La Barraca* de García Lorca por lo que no tiene nada de particular que este dato sea una prueba más de que esa amistad fuera posible pues es lógico pensar que esa buena relación profesional entre el pintor y el poeta sirviera para que fueran presentados Federico y José Antonio dado el interés que este último tenía por los vates. Por otro lado, se dijo que de no haber sido asesinado Lorca, éste hubiera sido el poeta de la Falange. Al mismo tiempo, el biógrafo por excelencia de Federico, Ian Gibson, ha declarado en el diario *Abc* el 21 de septiembre de 2001: «...si José Antonio Primo de Rivera hubiera estado en Granada, a Lorca no le matan. Porque Primo era un hombre con cultura, un poco poeta y con él se podía razonar. Yo le tengo hasta cierto cariño». Fue también, el poeta granadino, amigo de Dionisio Ridruejo, lo dice éste cuando hace referencia a un breve y cruce de palabras amables que tuvo con García Lorca por culpa de un poemilla. Pero no fue el único cruce de palabras que sostuvieron ambos poetas. «El primer había sido en Segovia, cuando fue a representar con “La Barraca” y me presenté a felicitarlo», escribe Ridruejo en su *Casi unas memorias*. Así pues, parece chocante que Primo de Rivera y Lorca no se conocieran después de las amistades comunes que ambos tenían.

El día 3 de abril de 1937, o sea, antes de la Unificación que convirtió a Falange en un híbrido, el periodista falangista Francisco Villena publicaba en el diario nacional-sindicalista *Amanecer* de Zaragoza un artículo que dedicaba al poeta granadino con estas palabras: «A Federico García Lorca, en la inmortalidad Imperial de su paraíso difícil». El artículo lo titulaba *De una historia que vio la Alhambra*. Y decía así:

No creáis que lo que ahora voy a contaros es una leyenda que dicen pasó en Granada. Es una joven historia que es bien cierto que vio la Alhambra: la vida de un poeta que el azar de la guerra

deshoja y que hoy es sombra; es pesadilla. Son recuerdos que unimos con invisibles hilos para formar esta historia. Dejadme que os lo cuente mientras hablo con el poeta.

Fue, Federico, una tarde de agosto cuando nos hablaron de tu marcha; pensamos que aquel imbécil informador no tenía por qué saber que tú solías hacerte el dormido largos días y largas horas entre los labios y las redes de pestañas de Yahya, la reina gitana de Albaicín, para expirar unos amores que tenían alma de fandanguillo y corazón de taranta. Nuestro estúpido informador no comprendía que Yahya y tú vivierais durante largas horas como dos secretos en el corazón de la noche, mientras que el viejo mundo soñaba con que tú habías muerto.

Pero pasó el tiempo, nos sorprendió el otoño, el Imperio era ya nacido, mas le faltaba el laúd de su mejor cantor; por eso le cantó sólo la tórtola, porque estaba triste. Y pasó la caravana errante de los 'calés' entre quejas, chasquido de labios y rumor de besos; y luego vinieron tus imágenes que nos dijeron estaban huérfanas porque habían perdido la música de tu prosa; y sorprendimos la campana fanática del convento lejano, desgrediendo quedó sus notas, cual queriendo lanzar tus versos inmortales al pozo tenebroso del ayer, mientras nosotros, con la misma intención de implacable ira que la campana los lanza, fuimos salvando uno a uno y gota a gota el bálsamo de consuelo de tu poesía, que dejamos sazonando el aire con la madre de tu épica Imperial.

De tu suerte preguntamos a una luna, la que siempre acudió a tu conjuro, la que a tu dictado cubrió la sangre de Ignacio Sánchez Mejías para que tú no la vieses. Nada nos dijo; pero la vimos empañada con los suspiros de Yahya y las doncellas gitanas, y entonces recordamos aquellos huevos de la muerte que tú descubriste en las heridas de Ignacio y que, a decir verdad, estaban ya hace tiempo puestos por cien mil flautas destempladas entre las estrofas de tu romancero gitano y el alma de Yerma... huevos de muerte que fueron las arras de tus bodas de sangre.

¡Almas de metal! Caro ha sido el tributo con el que nuestra juventud ha pagado el capricho de vuestro fanatismo: El Imperio ha perdido su mejor poeta. Ahora sí que podéis pregonar que la poesía de García Lorca huele a tierra mojada, pero decid también, que mojada con la sangre de su artífice, las lágrimas de las doncellas y el llanto del Imperio.

Pero no lloréis más, pacíficos artesanos y buenas mujeres, no lloréis aunque veáis la mirada fría de Federico clavada en la pared: el poeta se ha ido, pero nos ha dejado la semilla con la que otros poetas moverán a nuestra joven Patria.

¡Marxistas blancos! No os conmueve otra cosa que la melodía pagana del oro al ritmo de la bolsa del gran mundo; danzad y repetid fuerte vuestro estribillo: '¡con la poesía no se vive!'; gritad hasta que quede la huella de vuestro insulto en el alma del Romancero; rugid prestos, que pronto vuestros días se cambiarán y se tomarán negros; ya os llegará el dolor contra el que no prevalecen las fronteras del metal y entonces diréis a los poetas arrastrandoos antes sus pies: '¡Por caridad, un poco de poesía, un poco de fe..., una oración, por el amor de Dios!'. Porque sabed, ciegos mercaderes, que la poesía es la oración de los pueblos que tienen fe para pedir al Señor su Dios. Seguid, si queréis, desdichados, como aquellos últimos moros de Granada, edificando Alhambras, fabricando tejidos y aromas para comprar vuestra libertad; pero no privéis a nuestro pueblo un llanto de la poesía que necesita.

Vamos, pues, presto, que la tarde está al caer y el andar tendrá que ser parco, pues el camino es largo y en él hay guijarros al igual que lodo. Nuestro primer poeta Imperial que marche delante marcando la ruta de nuestra épica azul, que para la primavera tenemos que tener soldados que sean poetas con espadas.

Esta es la historia, amigos, mas quiero que no olvidéis que ella no es leyenda, que es una historia reciente que vio la Alhambra y que veremos continuar hasta que nuestra Revolución Nacional-Sindicalista imponga el amor, como método más humano de convivencia.

Jorge Guillén escribe de Lorca: «Lo sabe todo el mundo, es decir, en esta ocasión el mundo entero: Federico García Lorca fue una criatura extraordinaria. “Criatura” significa esta vez más que “hombre”. Porque Federico nos ponía en contacto con la creación, con ese conjunto de fondo en que se mantienen las fuerzas fecundas, y aquel hombre era ante todo manantial, arranque fresquísimo de manantial, una transparencia de origen entre los orígenes del universo, tan recién creado y tan antiguo. Junto al poeta —y no solo en su poesía— se respiraba un aura que él iluminaba con propia luz. Entonces no hacía frío de invierno ni calor de verano: “hacia... Federico”. Pero no por acumulación de originalidades, sino por originalidad de raíz». Una de las poesías más bellas que posiblemente ha escrito es la dedicada al torero Ignacio Sánchez Mejías que en agosto de 1934 en la plaza de Manzanares, sufrió una cogida tan grave que le acarrió la

muerte poco tiempo después. Era este torero, aparte de sus condiciones de lidiador, un hombre excepcional. Hubo un tiempo que había puesto su atención en el teatro llegando a estrenar la obra *Sinrazón*, obra moderna y de temperamento dramático. Entre sus amistades de los nuevos escritores contaba con la de Federico García Lorca quien le dedicaría, después de su trágica muerte, el poema titulado *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, que también nos recordaba en su magnífico escrito, el falangista Francisco Villena.

1

LA COGIDA Y LA MUERTE

A las cinco de la tarde.
Era las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y solo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sonos del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.

¡Y el toro solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
Cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
La muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.

*Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!*

2

LA SANGRE DERRAMADA

¡Que no quiero verla!

*Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.*

¡Que no quiero verla!

*La luna de par en par.
Caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.*

¡Que no quiero verla!

*Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!*

¡Que no quiero verla!

*La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.*

No.

¡Que no quiero verla!

*Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.*

*¡No me digáis que la vea!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.
¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la vea!*

*No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.
Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.
No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada,
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.
¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!*

*Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.
Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.
¡Oh blanco muro de España!
¡Oh negro toro de pena!
¡Oh sangre dura de Ignacio!
¡Oh ruiñeñor de sus venas!*

No.
¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
¡Yo no quiero verla!!

3

CUERPO PRESENTE

*La piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados.
La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.*

*Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,
para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.*

*Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.*

*Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura;
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.*

*Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.
El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empachado con lágrimas de nieve,
se calienta en la cumbre de las ganaderías.*

*¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiseñores
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.*

*¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver ese cuerpo sin posible descanso.*

*Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos:
los hombres que les suenan el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.*

*Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.*

*Yo quiero que me enseñen un llanto como un río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros.*

*Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil;
que se pierda en la noche sin canto de los peces
y en la maleza blanca del humo congelado.*

*No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!*

4

EL ALMA AUSENTE

*No te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde
porque te has muerto para siempre.*

*No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozás.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.*

*El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y montes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.*

*Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.*

*No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo te canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.*

*Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.*

VIII. LA REVISTA *ALCALÁ* Y LOS POETAS CATALANES

El día diez de febrero de 1952, aparece el primer número de la revista *Alcalá* editada por el Sindicato Español Universitario, que a lo largo de todos los números publicados, 80 en total, fue dedicando trabajos a temas tan distintos como el arte, la filosofía, el derecho, la economía, la historia, la poesía etc. Firmas de tanto prestigio como Pedro Lain Entralgo, el jesuita José María de Llano, Carmen Martín Gaité, Antonio Tovar, Gregorio Marañón, Guillermo Díaz Plaja, José Luis Aranguren, Juan Velarde, Carlos Castro Cubells, Gaspar Gómez de la Serna, Dionisio Ridruejo colaboraban en ella. Este último dedicaba, en uno de sus números un brillante artículo a José Antonio fundador de Falange Española: «Ante la muerte de un amigo querido meditaba yo, en los versos de una elegía muy sincera, sobre cuánto me quitaba y me imponía aquella muerte [...]. José Antonio murió joven, esto es, cuando los caminos de su pensamiento estaban del todo orientados, pero no del todo recorridos». Era el poeta que hablaba del poeta como también hablaba del poeta catalán Carles Riba el exponente más extraordinario en Cataluña de una poesía y del concepto del hombre de letras que mira hacia la Universidad. Su verso, largo y rítmico, canta los grandes temas: Dios y el amor. Su acción como profesor de griego y su trabajo en el *Institut d'Estudis Catalans*, le dotaron de un gran bagaje cultural que gravita sobre su poesía. Tradujo al catalán autores antiguos griegos como Sófocles, Esquilo Plutarco y otros. También a autores modernos como Poe, Rilke etc.

Refiriéndose a las letras catalanas dice Ridruejo: «Fue larga la cuaresma de las letras catalanas (toda la década de los 40 y buena parte de la siguiente), sin libros, sin revistas, sin escena. Una parte estimable de sus escritores quedaban en el destierro. Otra parte no mucho menor profesaba el silencio». «A Carles Riba me lo hizo leer Oriol Anguera», nos recuerda Ridruejo. José Antonio amó a Cataluña porque la entendió, lo reconoce nada menos que Jordi Pujol a un redactor de la revista *Tiempo* –a sabiendas, advierte, de «que la cita es un riesgo», porque dice «uno de los que entendió mejor a Cataluña, y en circunstancias muy difíciles, fue José Antonio Primo de Rivera». «Nosotros amamos a Cataluña por española, y porque amamos a Cataluña la queremos más española cada vez», repite José Antonio. «Que la lengua catalana tenga abierto libérrimamente el camino de la creación para enriquecimiento de lo común español. Así podría formularse una conclusión no expresada, pero sí sentada en Segovia (allí donde tuvo su corona Isabel, la unificadora)», decía Ridruejo después del encuentro que tuvieron en Segovia varios poetas, y en donde también asistió Carles Riba que en carta abierta le recordaba después a Dionisio Ridruejo ese tiempo pasado juntos en Segovia: «No sellábamos un pacto: habíamos respectivamente afirmado una fuerza y una idea, logrado una comprensión, mutua entrevista lo superior y lo profundo que unen; ello bastaba para que la amistad viril fuese posible entre nosotros».

De aquel encuentro en Segovia nació, muy posiblemente, la idea de que la revista falangista *Alcalá*, dedicara uno de sus números a los poetas catalanes, aunque mucho antes la revista de cultura y letras *Escorial*, dirigida asimismo por falangistas, dedicaba en enero de 1941 un artículo que hablaba de las relaciones entre la literatura renacentista castellana y la catalana en la Edad Media: «Nos referiremos a la influencia que tuvo el Renacimiento clásico catalán sobre la literatura castellana contemporánea...». «Entender a Cataluña es primordial para una empresa de unidad española», decía la revista *Alcalá* en uno de los artículos publicados en primera página. «Lo que a nuestro Juan Maragall le ponía fuera de sí era que los catalanes estuviéramos habitualmente tan inspirados en la vocación de parodia...», escribía en ese mismo número el catalán Eugenio d'Ors. El periodista y también poeta catalán Albert Manent (Premià de Dalt, 1930. Un dels grans activistes culturals del país. Fill del poeta Marià Manent. Entre 1949 i 1951 redactors de la revista literària clandestina 'Curial') fue el encargado de hacer la selección de los poemas que se publicarían en el número 20, del mes noviembre de 1952, en la revista *Alcalá*. «Desde 1939 la poesía catalana no ha guardado silencio, sino que, para decirlo con palabras de Paül Eluard, ha continuado siendo 'poésie ininterrompue'». En primer lugar, Albert Manent nos cita a Carles Riba de quien piensa que todo poeta joven halla en su obra un camino para

iniciarse y alcanzar una personalidad definida. *Elegia segona*, es el poema escogido para publicar de este poeta:

*Súñion! T'evocaré de lluny amb un crit d'alegria,
tu i el teu sol lleial, rei de la mar i del vent:
pel teu record, que em dreça, feliç, de sal exaltada,
amb el teu marbre absolut, noble i antic jo com ell.
Temple mutilat, desdenyós de les altres columnes
que en el fons del teu salt, sota l'onada rient,
dormen l'eternitat! Tu vetlles, blanc en l'altura,
pel mariner, que per tu veu ben girat el seu rumb;
per l'embriac del teu nom, que a través de la nua
ve a cercarte, extrem com la certesa dels déus; garriga
per l'exiliat que entre arbredes fosques t'albira
súbitament, oh precís, oh fantasmal! i coneix
per ta força la força que el salva als cops de fortuna,
ric del que ha donat, i en sa ruïna tan pur.*

ELEGÍA SEGUNDA: ¡Súñion! Te evocaré desde lejos con un grito de júbilo,—a ti y a tu sol leal, rey de la mar y del viento:—por tu recuerdo que, venturoso de sal exaltada, me yergue—con tu absoluto mármol, yo como él, noble y antiguo.—Maltrecho templo, desdefías las otras columnas—que en una sima cercana, bajo la ola riente,—duermen la eternidad. Tú velas, blanco en la altura,—por el marino que, gracias a ti, ve con bien su rumbo mudado;—por quien, ebrio ya de tu nombre, cruzando la yerma colina,—va en tu busca, extremos como la certidumbre de los dioses;—por el desterrado que te vislumbra— en frondas sombrías—súbitamente, ¡oh preciso, oh fantasmal! y conoce—por tu fuerza la fuerza que en los azares le salva,—rico de cuanto ya dio y en su ruina tan puro.

Salvador Espriu que, según Albert Manent, pertenece en realidad a la generación de Teixidor, Vinyoli, Oliver, etc., de hecho como poeta se dio a conocer después de la guerra civil iniciando la recuperación de la poesía catalana con *Cementiri de Sinera* (1946), aunque también hay que decir que antes había publicado *Ariadna al laberint grotesc*. Fue admirable prosista, tan perfecto que era casi un decadente. «Era un hombre serio, maduro, con una madurez precoz para sus diecinueve años, que ejercía una gran autoridad sobre nosotros por sus frases a veces hirientes, otras de un humor sarcástico», dice de él el escritor Ignacio Agustí. Abundan en su vocabulario las palabras, orden y ley. Era un hombre retraído, amigo de la soledad, al que sus amigos veían muy poco. Su serenidad era estoica, puesto que el tema de la muerte le acosa constantemente cuando «mis ojos ya no pueden contemplar más que días y soles sepultados». Su piel de toro, referida a España—, que se convierte en un hito poético y político. El título del poema que se publicó de Espriu en la revista fue el titulado *Terra negra*:

*Reposa del camí. Sota l'ull d'or
el regne és infinit. A la planúria
de calma i solitud, el vent s'adorm.*

*Riu amunt, entre murs de desert,
va la barca de Déu. Mil estendards
flamegen en els pals, radiants de sol.*

*Sacerdots remadors canten vells himnes
al Senyor de la Mort, mentre fereixen
el llot, les aigües grasses.*

*Aquesta llum, la pau d'aquest llarg dia
són teves, caminant, si l'ampla terra*

del blat etern et crida pel teu nom.

TIERRA NEGRA: Descansa del camino. Bajo el ojo dorado,—es infinito el reino. En la llanura—de calma y soledad el viento se adormece.—Entre muros de yermo, el río remontando,—va la barca de Dios, y mil banderas—con luz de sol flamean en los mástiles.—Reman los sacerdotes y entonan viejos himnos—al Señor de la Muerte, hiriendo el lodo,—el agua oscura y densa.—Esta luz y la paz del largo día—son tuyas, caminante, si la anchurosa tierra—del trigo eterno pronunció tu nombre.

Bartomeu Roselló-Pòrcel, poeta que falleció muy joven, apenas contaba con 25 años de edad cuando le sorprendió la muerte por lo que su obra es muy corta. Cuando en Barcelona el húngaro Ionel S. Patín organizó una representación de *L'histoire d'un soldat*, de Ramuz y Stranvinski, en la sala Studium de Masriera; la pieza estaba traducida por Roselló-Pòrcel. Este ha sido, según siempre Albert Menent, el portaestandarte del grupo *Ariel*. La mayoría de los poetas de este grupo aprendieron de la obra del mallorquín el modo de avanzar por ese camino hacia el absoluto que, como dijo el poeta Salinas, es la poesía. Con 20 años de edad publicó *Nou poemes* en 1933, y le siguieron al año siguiente *Quadern de sonets*. El título escogido por la revista *Alcalá* para su publicación fue el poema *A Mallorca, durante la guerra civil*:

*Verdegen encara aquells camps
i duren aquelles arbredes
i damunt del mateix atzur
es retallen les meves muntanyes.
Allí les pedres invoquen sempre
la pluja difícil, la pluja blava
que ve de tu, cadena clara,
serra, plaer, claror meva!
Sóc avar de la llum que em resta dins els ulls
i que em fa tremolar quan et recordo!
Ara els jardins hi són com músiques
i em torben, em fatiguen, com un tedi lent.
El cor de la tardor ja s'hi marceix,
concertat amb fumeres delicades.
I les herbes es cremen a turons
de cacera, entre somnis de setembre
i boires entintades de capvespre.*

*Tota la meva vida es lliga a tu,
com en la nit les flames a la fosca.*

A MALLORCA, DURANTE LA GUERRA CIVIL: Aquellos campos verdean aún—y aquellas frondas dura,—y sobre el mismo azul—aun se yergue el perfil de mis montañas.—Allí invocan siempre las piedras—a la lluvia difícil y azulada,—que de ti llega, cordillera clara,—sierra, gozo, luz mía—Avaro del fulgor que me queda en los ojos,—tembloroso me siento al recordarte.—Allí son los jardines ahora como músicas—y como un tedio lento me turban, me fatigan.—Ya se marchita el alma del otoño,—concertándose allí con finas humaradas.— Y arden hierbas en lomas—donde suena la caza, entre sueños—de septiembre y neblinas con matiz de crepúsculo.—Toda mi vida a ti se ciñe, como—las llamas, en la noche, abrazan la tiniebla.

Otro poeta que se inicia en la poesía con finas baladas amorosas es Josep Palau i Fabre de quien Manent dice que luego evoluciona hacia una poesía que pretende decirlo «todo», sin ambages, olvidando quizá que el pudor puede ser una de las cualidades esenciales de la poesía o del poeta. Intenta comunicar emoción poética con palabras poéticamente irredimibles, llegando, no obstante, a profundidades ignoradas hasta entonces en la poesía catalana. Sin embargo la obra poética suya es muy escasa a pesar de que fue de los primeros que recuperó el uso del catalán en la poesía. En 1944 fundó la revista *Poesías*. Ha escrito también narrativa y teatro,

pero lo que le ha dado mayor prestigio son sus libros sobre Pablo Picasso, de quien es gran especialista. *L'aventura. Sensació*, es el poema de Palau que publicó la revista:

IV

*En els blaus i en els verde, a l'estiu, prop de l'aire
fecundat per llavors que prodigava el vent,
aniré, sense nord, com una rel dansaire,
per la montanya amunt, cercant el meu ponent.*

*Vegetal –o animal– i sens bri de de raó,
confós amb la natura ardent i solitària,
seré pollen que duu el vent de la tardor,
quan la tempesta brunz i s'alça l'alimària.*

V

*Sense blaus, sense verds, perdut en mi mateix
conqueriré l'altura que el sol llaura.
Sense fred, sense vent, mafura d'un sol bleix,
l'antiga terra encara trepitja Minotaure.*

*Si la font ni la flor no troben la paraula,
la pedra la dirà com el meu front.
en el desig del vent restà la vella faula.
El front, la pedra, occeisen..-Resta el desig pregon.*

LA AVENTURA.SENSACIÓ; IV: En los azules y en los verdes, en verano, cerca del aire– fecundado por simientes que prodigaba el viento,–iré, sin norte, como una raíz danzarina,– montaña arriba, buscando mi poniente.–Vegetal–o animal–sin brizna de razón,–confundido con la naturaleza ardiente y solitaria,–seré polen que trae el viento del otoño–cuando zumba la tempestad y se yergue la hoguera.–V: Sin azules, sin verdes, perdido en mí mismo,–conquistaré la altura que el sol labra.–Sin frío, sin viento, madura de un solo aliento,–Minotauro aun pisa la tierra antigua.–Si la fuente ni la flor no encuentran la palabra,–quedó la vieja fábula.–La fuente, la piedra matan. Queda el deseo hondo.

Joan Perucho, del que dice Manent es el labrador de su desolada tierra poética donde se da a conocer con *Sota la sang*. El poeta, huérfano y lacerado en un mundo que le pesa como un milenio, donde existe el imperio de una lágrima o los amantes creen en sus martirizadas auroras, busca una libertad que ignora, pero que desea y que llega, como una redención, a través del amor. Ha tenido también destacada actividad en la crítica de arte, con libros y artículos. Un poema corto, titulado *Boques* es el escogido por Manent para publicar en la revista:

*Reveleu, a estones, una pregunta
un alè afortunat,
un frenètic desig irresistible
per tal de veure una ombra,
una escuma lleuguera
damunt les boques massa amables.
Com una ala,
com un núvol que passa,
mudables boques us responen.
Núvols i ales diuen odi com una flor nocturna.*

BOCAS: Reveláis a veces una pregunta—un aliento afortunado,—un frenético deseo irresistible—para ver una sombra,—una espuma ligera—sobre las bocas demasiado amables.—Como una ala,—como una nube que pasa,—bocas mudables os responden.—Nubes y alas dicen odio como una flor nocturna.

Si hubo un poeta, según Manent, inquieto, torturado a veces, con una lírica desordenada y viva, ha sido, Joan Reventós, que nace bajo los auspicios del misterio bíblico de la poesía alemana. *Només ets forma...* es el poema escogido para publicar en *Alcalá*:

*Només ets forma que crea diàleg
i quan tot just trobo limits
a la teva mirada antiga, fuges.
Ardida empresa descobrir,
la temerosa línia que ets tu mateixa.
D'allí vindrà la pressentida espiritualitat
d'allí on no arrela la carn,
on els espais són valls immòbils
i els ocells són flors.
Mira, i si t'adones que sóc jo,
no t'amaguis, crida el vent:
ell et donarà el meu nom.*

SÓLO ERES FORMA...: Sólo eres forma que crea diálogo—y cuando encuentro apenas límites—a tu antigua mirada huyes.—Empresa atrevida es descubrir—la temerosa línea que tú misma eres.—De allí vendrá la espiritualidad presentida,—de donde la carne no se enraíza,— donde los espacios son inmóviles valles—y las aves son flores.—Mira, y si adviertes que soy yo—no te escondas, llama al viento:—él te dará tu nombre.

Joan Vergés es otro de los poetas catalanes que viven sólo para la poesía. Su ingenuidad y su delicadeza, dice Manent, es la quintaesencia de lo mejor del poeta catalán ya consagrado Josep Carner. La calidad de su mensaje es único. *Pressento que m'esperes...* es el poema escogido por Albert Manent que salió publicado en la revista:

*Pressento que m'esperes
com una flor sota la pluja, dócil,
però la llum em priva d'arribar fins a tu.*

*La Primavera
m'ha lligat a unes ombres
que mai no s'avindrien
amb la teva esperança.*

*Com una flor sota la pluja, nua,
has passat d'una sola joventut
totes les primaveres de l'absència.*

PRESENTO QUE ME ESPERAS...: Presiento que me esperas—como una flor bajo la lluvia, dócil—pero la luz no me deja llegar hasta ti.—La primavera—me ha atado a unas sombras—que nunca se atarían—a tu esperanza.—Como una flor bajo la lluvia, desnuda,—has pasado en una sola juventud—todas las primaveras de la ausencia.

Albert Manent no olvida en este número de la revista falangista *Alcalá*, a Rosa Leveroni, la más auténtica y depuradora voz femenina de esta promoción, «se viste de humildad para transformar en luz y claridad de cántico sus amores, su sufrimiento y la lenta memoria de paisajes diversos». Tampoco olvida a Jordi Sarsanedas, que se ha revelado como un estupendo y notabilísimo narrador. Influidado por la pintura, exalta paisajes que parecen arrancados bajo los

cielos de la Edad de Piedra. Ni a Francesc Faus, ávido lector de Riba, que tiene un mundo poético donde la metáfora es algo creacionista, substancial, no de adorno. Recuerda asimismo a Joan Argenté, J.M. Espinàs, Antoni Sala, Jordi Cots, Joan Beret, Joan Triadú y Eulàlia Amorós, que han hecho posible que la poesía catalana goce de una atención especial por parte del público de habla castellana.

IX. LA CORTE DE POETAS

El falangista de los primeros tiempos Ángel María Pascual, poeta y escritor exquisito, nacido en Pamplona escribe en castellano, aunque alguien dijo una vez que él no escribía en castellano, que escribía en español. Y hubo quien pensó que con esto se quería hablar de un idioma único. Naturalmente no se trataba de eso. Tan español es el uno como el otro, como también lo es el gallego, el catalán y el vascuence. Miguel de Unamuno, el ilustre vasco, escribía: «Lo he dicho muchas veces: hay que hacer el español, la lengua hispanoamericana, sobre el castellano, su núcleo germinal, aunque sea menester para conseguirlo retorcer y desarticular el castellano; hay que ensancharlo si ha de llenar los vastos dominios del pueblo que habla español. Me parece ridículo el monopolio que los castellanos de Castilla y países asimilados quieren ejercer sobre la lengua literaria, como si fuese un feudo de heredad. Ni aun la anarquía lingüística debe asustarnos; cada cual procurará que le entiendan por la cuenta que le tiene».

Ángel María Pascual muere en 1947, el día uno de mayo con solamente 36 años de edad. Andrés Trapiello lo considera uno de los escritores más finos del criptofalangismo. A su muerte dejó varios trabajos inéditos, uno de ellos nos habla de José Antonio Primo de Rivera y lo publica la revista *Alcalá* el 10 de junio de 1952: «Sentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas, repetimos cada día pensando en José Antonio. Volverá a reír la primavera...». De Ángel María Pascual es también el poema que tituló *Envío*, que algunos han interpretado como un canto a la Falange proscrita:

*A ti fiel camarada, que padeces
el cerco del olvido atormentado.
A ti que gimes sin oír al lado
aquella voz segura de otras veces.*

*Te envío mi dolor. Si desfalleces
del acoso de todos y cansado,
ves tu afán como un verso malogrado,
bebamos juntos en las mismas heces.*

*En tu propio solar quedaste fuera.
Del orbe de tus sueños hacen criba.
Pero allí donde estés, cree y espera.*

*El cielo es limpio, y en sus bordes liba
claros vinos del alba. Primavera.
Pon arriba tus ojos. Siempre arriba.*

A los cincuenta años de su muerte fue reeditada su obra titulada *Capital de Tercer Orden* su primer libro de versos que escribe en 1946. Se compone de 19 poesías, son de tono amargo, son versos de amor y de disgusto. El prologuista de esta nueva edición, Miguel Sánchez-Ostiz se pregunta quién lee hoy a Ángel María Pascual. Piensa que unos pocos y raros, pero el raro en este caso esconde tesoros de invención literaria, textos ejemplares e inolvidables; aunque, repite

Sánchez-Ostiz, Pascual hace tiempo que ha pasado a engrosar el rol de la nave de los raros, de los olvidados, que tienen mucho de *Stultifera navis* (por aquello de que sus tripulantes jamás regresan, sólo por eso). Fue su vida, una vida corta, «la del más logrado malogrado escritor que he conocido.», diría su amigo Dámaso Santos. Corta y llena de entusiasmo fue la vida de este «exquisito poeta», en palabras de Dionisio Ridruejo, que escribió «exquisitos» versos como éste titulado *Soledad*:

*¿A quién, Señor, esperas
oculto en la penumbra abandonada?
¿Dónde las placenteras
horas de tu apretada
grey se fueron quebrando tu jornada?*

*Esa lámpara que arde
tímida y dulce ante tu cárcel de oro.
Y el rayo que la tarde
sume en el alto coro
de tu amor solos guardan el tesoro.*

*Por los pastos del tedio
jadearán las almas su fatiga
bregando en el asedio
de Babel enemiga,
sordas al eco de tu voz mendiga.*

*Y tú, Señor, dominas
una ciudad de inmarcesibles bienes
Coronado de espinas
eres Rey pues que tienes
clavados mis desvíos en tus sienas.*

*Cuando incline mi frente
al umbral de tu trono soberano
y gima humildemente
igual que el publicano,
cubre mi angustia con tu dulce mano.*

En 1939 se publicó un libro de poemas dedicados a José Antonio y cuyo título ya hemos citado anteriormente: *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*, que incluye varios sonetos de los que ya hemos reproducido el de Manuel Machado y el de Dionisio Ridruejo. Excepto el catedrático Gerardo Diego calificado como poeta de la generación del 27, todos los demás poetas falangistas que participan en esta *Corona...* se les puede considerar pertenecientes a la generación del 36, fecha clave de enorme significado para España cuya guerra les marcó de un modo u otro, aunque ninguno de los que formaron parte de la misma tuvo nada que ver con ella. Los sonetos que aparecen en el citado libro lo hacen por orden alfabético; pero se abre con una composición latina cuyo autor es Antonio Tovar: *Hanc lavro viridi consertam svme coronam: / Marmor habebit, ehev, quam tibi textit amor*. Cuya traducción es la que sigue: «Recibe, / tejida con verde laurel, / esta corona. / ¡Ay! Tu tumba tendrá / la que para ti trenzó el amor». El primer soneto que figura es el del catalán Ignacio Agustí que siendo todavía estudiante se dio a conocer con libros y artículos en catalán; de 1932 es *El veler* y en 1933 comenzó a colaborar en *La Veu de Catalunya*, y otros periódicos y revistas. Pero su fama como escritor es posterior a la guerra civil, en el curso de la cual fundó el semanario *Destino*. Fue corresponsal en Suiza del diario *La Vanguardia* y en este país helvético escribió la novela

Mariona Rebull con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Dice él: «...en Ginebra, había gozado de la tranquilidad suficiente para escribir *Mariona Rebull* y empezar *El viudo Rius*. La primera de estas novelas las traía yo dactilografiada en mi maleta de regreso a casa. Mejor dicho: traía una novela extensa de seiscientos folios, titulada *La ceniza fue árbol*, la primera parte de la cual era *Mariona Rebull*. Revisada la totalidad de la obra, me pareció que la segunda mitad, *Desiderio*, exigía un tratamiento más extenso y minucioso. Empecé entonces con el título de *El viudo Rius* a escribir la segunda parte de la obra y se me apareció idealmente, en líneas generales, en su conjunto, tal y como al cabo de los años ha visto la luz. La segunda parte frustrada de aquella primitiva ceniza que fue árbol duerme y dormirá siempre en algún armario trastero de mi casa». El maestro Azorín llegó a decir de Ignacio Agustí a la publicación de *Mariona Rebull*: «al fin tenemos un novelista». Precisamente esta novela hizo que el diario *El Mundo* la eligiera como una de las 100 mejores novelas en castellano del siglo XX. Escribió también *Benaventurats els lladres*, *Un siglo de Cataluña*, *19 de julio* y *Guerra civil*. En 1940 gana el premio de periodismo Francisco Franco y en 1954 el de Mariano de Cavia con un artículo dedicado a Eugenio d'Ors a la muerte de éste y a quien había conocido en plena guerra en San Sebastián y de él diría en otra ocasión que «en torno a Eugenio d'Ors florecían todas las cosas bellas». En otro momento Agustí se refiere a d'Ors diciendo que en 1935 hablar de él en Cataluña estaba prácticamente proscrito. Fundó el Premio Nadal y dirigió durante una época el semanario *El Español* que había fundado Juan Aparicio. En la *Corona*.. participa con un soneto titulado, *A la muerte de José Antonio*:

*Torbellino de luna entre las redes
paraninfo mortal de las palmera,
gaviotas de mástil prisioneras
súbita mar, que las espumas cedas.*

*¡Oh litoral! Tu soledad concedes
a quien angustia con la suya, enteras,
tiernas falanges, pubertades fieras,
entre el cañón y el olivar paredes.*

*Antes de huir a la estrellada cita,
por tu pulso arrancada de lo inerte
la brisa retorcióse, manuscrita.*

*Ya hasta el final, mientras mi noche dura,
si puso Dios palmeras en tu muerte
circundarán cipreses mi ventura.*

José M^a Alfaro fue un poeta que estuvo muy próximo a José Antonio a quien consideraba como un hombre dotado de una extraordinaria capacidad intelectual y dialéctica que le llevaba a la rápida comprensión de la realidad de España. A la ya repetida frase de José Antonio: «A los pueblos no los han movido...», Alfaro escribe: «Acaso en esta frase se apoyaron, con miopía de borregos sin letras, los que hicieron bandera para sus ataques de la imputación “lirica” e “intelectual” a su política. No comprendían, seguramente, estos sesudos agarbanzados que una política sin alas, sin ilusión y sin aliento creativo es algo así como un viejo navío embarrancado lejos del mar, ya sin capacidad de movimiento e inerte frente a todas las tormentas». Nació Alfaro en Murcia. Se doctoró en Derecho y antes de la guerra fue redactor de la *Verdad*. Fundó la revista de cine *Primer Plano* y fue director de No-Do. Mostró en sus versos –hoy olvidados, reconoce Julio Rodríguez-Puértolas– la influencia del Rafael Alberti surrealista. Para José M^a Alfaro, José Antonio buscaba precisiones intelectuales inatacables. «¡Cuántas veces sus posiciones fueron atacadas por todos los frentes, y una simple variedad de matiz en su expresión le hubieran bienquistado con estos o con los otros!». Alfaro estuvo junto al fundador de Falange

en la que muy probablemente fuera su última noche que pisó *La Ballena Alegre*, fue a raíz de las elecciones de febrero de 1936. «Su alma, como su cuerpo, se entrañaban aún más con la intemperie española. Ya no volvería a ver nunca aquel velero nostálgico ni la enigmática ventana del espejo». *En el recuerdo de José Antonio*, es el título de su soneto publicado en la *Corona...*:

*Como un viento de sangre levantado
entre los gritos que la muerte ordena;
como la pauta que el ardor serena
entre la furia forzada.*

*Como un bosque de luz y un arco alzado
en los umbrales que la vida estrena,
fuiste, doncel de España, con tu pena,
redentor, arquitecto y monte airado.*

*Viste, al partir, más alta la bandera;
te doblaste en la luz de tu presencia;
no hay ángel que no sepa tu latido.*

*Fértil hiciste eterna primavera
y entre el rumor que clama tu ausencia
no habrá lugar donde habite tu olvido.*

No existe mucha bibliografía sobre el poeta Manuel Augusto García Viñolas, que formaba parte del círculo íntimo de amistades de Eugenio d'Ors. Dicen que ha sido un poeta menor y las referencias que dan de él se limitan simplemente a su participación en la *Corona de sonetos en honor...* Sin embargo fue jefe nacional de Cinematografía, nombrado por Ridruejo quien además dice que cantaba con alegría. Escribía en *Vértice*, revista falangista, y en su número de mayo de 1939, dedicaba un artículo a Rávena, la ciudad muerta: «Pero Rávena no es la vida; se aleja el mar de allí, y las naves se hunden en el cieno; sube la sal del agua por las columnas bizantinas y se embebe los árboles del Reino. Bizancio muere porque hizo residencia capital de una ciudad muerta y levantó sus templos sobre los esqueletos de unas naves hundidas en el barro...». Vivió en Roma como corresponsal de prensa y visitó Grecia de vacaciones para hacer una excursión al Monte Athos, esa extraña península de monjes donde no se permite la entrada a la mujer. De José Antonio escribió que le condenaron porque era joven y promovía el amor de las gentes con su juventud. «Él no dijo: España está hermosa –pues no sabía mentir–. Ni dijo: He aquí una hermosa ruina –que no supo llorar–. Mas dijo: Mirad cómo esta Patria que es hermosa, está corrompida. Pues con ninguna otra sangre sea lavada si no es la nuestra. Amigos: era difícil aquel tiempo y a sus amigos los llamó camaradas». En la *Corona...* su soneto lo tituló: *A José Antonio Primo de Rivera*:

*Este que veis en piedra recogido,
precoz halago de una tierra fría,
prolongó por banderas de alegría
la recia forma que ganó el olvido.*

*Su amorosa señal cifró el sentido
que ordena la dispersa valentía,
y Él ocupó la muerte que venía
sobre su patria con el sueño herido.*

*No le niega la noche, que aventura
más alta luz al reino de su altura,
ésta, inflamada voz que la convierte.*

*Y, rendida en el aire la frontera,
triunfe, Señor, del llanto, su bandera
que nos da la distancia de la muerte.*

Uno de los grandes poetas de la Falange ha sido el gallego Alvaro Cunqueiro quien también escribió novela y artículos, por lo que está considerado como un escritor que dominó todos los géneros literarios y que ha conseguido un lugar en la historia de la Literatura. Fue también colaborador de *Vértice*, y de otras publicaciones falangistas. Perteneció a la Real Academia Gallega y fue director del periódico gallego *El Faro de Vigo*. Cunqueiro ha sentido siempre una intensa preocupación por la palabra y el mundo propio y autónomo que ella encierra. En colaboración con José M^a Castroviejo escribió *Un hombre que se parecía a Orestes*, bellísima novela, por la que le fue concedido el premio Nadal en 1968. De él dice Francisco Umbral que era un gran prosista en castellano y en gallego, era falangista, como todos ellos, era grande, gordo, cordialísimo, fecundo y recatado, decididor y recoleto, artista. Muchos de sus poemas, como nos recuerda Umbral, están escritos en gallego consiguiendo en su lengua vernácula el Premio Gil Vicente en el año 1934: *Díxenlle á rula: Pase miña señora / E foise polo medio e medio do outono / por entre as bidueiras, sobre o río / O meu anxo da garda, coas azas sob o brazo dereito / na man esquerda a calabaciña da auga, / ollando a rula irse, comentou: / – Calquera día sin decatarte do que fas / dices: Pase miña señora / e é a alma tua a quen despides como un ave / nunha mañán de primavera / ou nun serán de outono*. Que traducido al castellano quiere decir: *Le dije a la tórtola: ¡Pase mi señora! / Y se fue por el medio y medio del otoño / por entre los abedules, sobre el río. / Mi ángel de la guardia, con las alas bajo el brazo derecho, / en la mano izquierda la calabaza de agua, / mirando a la tórtola irse, comentó: / – cualquier día sin darte cuenta de lo que haces / dices: ¡Pase mi señora! / y es a tu alma a quien despides como una ave en una mañana de primavera / o en un atardecer de otoño*. En la Corona... colabora con un soneto titulado: *Soneto a José Antonio*:

*Si por murallas, pasión nunca sabida
voces proclaman tu carne como escena,
¿qué tu boca sin sed, de tierra llena,
responde a nuestro amor y enorme vida?*

*¿Escucharás siquiera la florida
rama de encina, por siglos tan serena,
o el vidrio que derrama en dura pena
peña sufriendo ríos sin medida?*

*Muerte cegó tus ojos y usó el frío
hierro en tus pies, cadenas destinadas
a privarte del aire y del rocío.*

*José Antonio, señor, yacen desesperadas,
olvido del invierno y del estío,
las naves mozas por tu canto armadas.*

Alvaro Cunqueiro dedicó en otro momento un largo poema a José Antonio que tituló *El César escucha cómo cantas*:

*Es preciso que cantéis con el aliento poderoso
con que canta el mar sus más roncas mareas
porque en el llano ha florecido una voz que no se parece al viento.*

*Una voz de hombre dorada como el sol
que viene a decir cómo han de ser escritos vuestros corazones de hombres.*

*Es preciso que cantéis
mientras quede una sangre que solloce
un espiga que no dé pan
una tierra que no tenga nuestro nombre.
Es preciso.*

*Quisiera que existiera un árbol cuyas ramas
nunca hubieran oído el abrazo del viento.
Saltarías como potros a su primera voz
y aun en el tiempo de la nieve dura
darían rojas flores como labios.
Es él, ¿sabéis?, es aquel hombre
que había de venir porque se manda soñar cuando se es mozo*

*y las manos no pueden secarse eternamente
con muros de lodo en el destierro.
Es preciso que cantéis.
Ha nacido esa voz en el llano cuando en un cielo de carbones
la muerte desbocada sus pozos asesinos.
No ha venido esa voz para fantasmas ni para pechos secos,*

*que ha nacido para hombres con alas
y el corazón ardiente como un licor prohibido.
Para nosotros ha venido esa voz y por eso cantamos con el tono real
[de las encinas*

*hasta que todas las sangres corran en las venas
hasta que todas las espigas maduren
hasta que todas las tierras digan nuestro nombre.
Con nuestras camisas azules
con nuestros muertos pariendo tierra bajo nuestros pies
con nuestros corazones recientes como hijos
sobre el mundo nos vemos como resucitamos.
Seguro es que cantaremos hasta el fin.*

*¡Oh tu! esa hermosísima voz que nunca cesa
¡Oh tu! a quién los hombres llaman
ven, ven a cantar con nosotros las canciones de tu propio sueño.
Todos quisiéramos tenerte en nuestras gargantas
para que pasara a tu carne el temblor de nuestros gritos.
Suena tu nombre en ellos
como una espada de César contra un bosque de llamas.
Escúchanos cantar desde ese bosque
a donde fuiste a vencer tu último sueño.
Cantamos porque tú entre nosotros
dejaste arder tu cuerpo soberano.*

Es preciso que cantemos hasta el fin.

*Que José Antonio sepa que no hay miedo
ni culebras ni fango ni hambre cruda.
Que cantaremos hasta que no falte
ni un corazón de hombre escrito a su palabra.
Porque es él, sabéis, es aquel hombre
que había de venir porque se manda soñar cuando se es mozo
y las manos no pueden secarse eternamente
con muros de lodo en el desierto.
Es preciso que cantéis como canta el mar las más roncadas mareas
porque él escucha como resucitamos.*

Pertenecía el santanderino Gerardo Diego a la Real Academia Española donde ingresa en 1948. A últimos de este mismo año escribe un artículo dedicado Juan Ramón Jiménez que titula *Nostalgia de Juan Ramón* y que termina así: «Juan Ramón acaba de explicar en Buenos Aires unas conferencias en medio del justificado fervor de una ya “inmensa mayoría” que se atropellaba por verle y acercársele. Y justamente hoy me llega un número de “La Nación” con tres hermosos poemas suyos sobre “Dios deseado y deseante”, fechados en la capital argentina, septiembre de 1948. En el primero de ellos se siente el poeta la fruta de su flor propia: *La fruta de mi flor soy, hoy, por ti, / Dios deseado y deseante, / siempre verde, florido, fruteado, / y dorado y nevado y verdecido...* Hermosa plenitud y definitivo encuentro de un poeta con su maestro, el Maestro que le supo esperar, que le enseñó hace medio siglo a cantar. Y el cantor de aquí abajo concluye con esta confesión desde su todo interno, desde su abierta órbita: *Dios, ya soy la envoltura de mi centro, / de ti dentro*». Para Dámaso Alonso, Gerardo Diego, junto con Lorca, son los poetas más conocidos por el público. Y para demostrarlo cuenta la siguiente anécdota: Dice que hablando fuera de España de la poesía moderna española, cada vez que citaba sonetos de Gerardo Diego siempre encontraba entre el auditorio algún español que se ponía a recitar en voz alta, de memoria, como en competencia, como un eco anticipado de su propia voz. Era pues, Gerardo Diego para Dámaso Alonso «voz de una apasionada vibración central y única, de tonos y modos variados, extravagante y tradicional, se encuentra a sí mismo, con pleno derecho, con exacta precisión, cuando sus extraordinarias dotes, su ternura bien enraizada, su hiriente intuición, su técnica tan ágil como arriscada, para las que ya no hay obstáculos, le sirven para expresar, para condensar o adelantar, depurándolas, emociones o ideas que duermen ya turbias, o que pueden nacer nítidas en el multitudinario corazón del hombre. He aquí la doble función del poeta, del vate; cerner, acendrar en nuestros corazones el oscuro poso del pasado; o sugerirnos el futuro legado que hemos de transmitir a los que vendrán, orientar fúlgidamente nuestra sensibilidad hacia el porvenir». En 1979 tuvo que compartir el premio Cervantes con Jorge Luis Borges cuando ya había rebasado los 80 años de edad: *Ay Cervantes, Cervantes, Cervantes / ¿por qué no viniste antes / y ahora te encoges y te alargas y te alargas? / Averígualo Vargas. / Descíframelo, Borges*. En 1925 había compartido otro, sería el Nacional de Literatura que dividió con Rafael Alberti. Su poesía, caracterizada por una fecunda variedad, suele dividirse en dos tendencias: una que sigue los derroteros de la tradición, y otra que le hace ser un avanzado vanguardista, aunque inició su creación poética con un libro vinculado con lo tradicional como es *El romancero de la novia*. El dice: «Yo no soy responsable de que me atraigan simultáneamente el campo y la ciudad, la tradición y el futuro; de que me encante el arte nuevo y me extasie el antiguo...». Para él la Poesía hace el relámpago y el poeta se queda con el trueno atónito en las manos, su sonoro poema deslumbrado. También dice que la Poesía es la luminosa sombra divina del hombre. De este poeta dice Giménez Caballero que llevaba música y religiosidad en su alma. Versificaba y tocaba el piano. Gerardo Diego participa en la *Corona...* con el soneto titulado *Soneto a José Antonio*:

*Ese muro de cal, lívido espejo
en que araña su luz la madrugada,
de infame gloria y muerte blasonada*

coagula y alucina alba y reflejo.

*Para siempre jamás. La suerte echada.
El grito de la boca en flor rasgada
-en el cielo, un relámpago de espada-
y, opaco, en tierra, el tumbo. Después, nada.*

*Y ahora es el reino de las alas. Huele
a raíces y a flores. Y el decirme,
decirte con tu sangre lo que sellas.*

*Por ti, porque en el aire el neblí vuela,
España, España, España está en pie, firme
arma al brazo y en el lo alto las estrellas.*

Escritor y poeta fue el sevillano Manuel Díez Crespo que durante la guerra desempeñó tareas de propaganda en Sevilla y dirigió el periódico *FE*. Fue también colaborador de Dionisio Ridruejo en Burgos. «Los poetas auténticos siempre son jóvenes», escribió Díez Crespo de José Antonio. De Díez Crespo dice el escritor y poeta Aquilino Duque que vivió con pasión unos años trágicos y heroicos, y los vivió en la proximidad y en la compañía de grandes nombres de nuestras letras o de nuestras vidas como fueron Pedro Salinas, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Luis Rosales, Manuel Halcón o Pedro Gamero del Castillo. Díez Crespo ha escrito en su larga vida poemas muy bellos, pero tal vez el más bello de todos sea el índice del *Diván Meridional*. De él cuenta también Aquilino Duque que entre sus líneas entrevemos a Miguel de Unamuno y a Jovellanos y a Montesquieu y a Pirandello, personajes todos que, como en la célebre obra de este último, parecen haber encontrado en Manuel Díez Crespo el autor que andaban buscando. El poema que escribió para publicar en la *Corona...* fue titulado *Soneto en la muerte de José Antonio Primo de Rivera*:

*Quede la tierra allí con su momento.
No rompa el aire su mortal sentido.
Aquí yace la lanza que ha tenido
rasgada la tiniebla al firmamento.*

*No se ha roto el empuje de tu aliento.
Tu anhelo, en soledades encendido,
sigue su curso, ya que no es vencido
por la sorpresa del sudor sangriento.*

*Deja mirar tu luz a quien espera,
cisne del pensamiento, en la morada
donde la muerte trasparente el ceño.*

*No queda el mar porque la muerte quiera
sin su bravura y vida desatada:
nunca es ceniza el valeroso sueño.*

Carlos Foyaca de la Concha de raíces asturianas nace en Cuba, en la ciudad de Sagua la Grande. Dice de él García Serrano que era divertido, soñador, fantástico y, claro, poeta. Era licenciado en Derecho, fue redactor-jefe de *Arriba España*, director de *Hierro*, director interino de *Arriba y Libertad*, subdirector del diario *Pueblo* y colaborador de revistas falangistas, entre ellas *Jerarquía* donde coincidió, con Pedro Laín Entralgo, Eugenio Montes, Angel María

Pascual y Rafael García Serrano. De toda aquella generación de poetas que participaron en la *Corona...* fue el último en morir. Fallece en Madrid a los 93 años el 14 de mayo de 2002. Las pocas líneas que algún periódico le dedicó a los pocos días de su fallecimiento dice, de forma equivocada, que nació en Villaviciosa (Asturias). En el homenaje al fundador de Falange, con los poemas a él dedicados, colabora con uno titulado *Soneto a José Antonio*:

*Parábola cumplida en desafío,
logro del ser en el espacio inerte,
dejas tu voz cautiva de la muerte
para el himno triunfal de mi albedrío.*

*Quiere picar amarras el navío
que airada playa de esperanza advierte,
y hacer, fiesta del rumbo, que se alerte
mi charca pestilente en ágil río.*

*Nadie pinte ni estampe su figura,
ni quiera el verso fiel alzar su grito,
ni la pluma cincele piedra dura.*

*No del bronce rotundo necesito:
me basta con un lienzo de infinito
y en el cielo una luz de desventura.*

Román Jiménez de Castro es el ejemplo que ponen los que siempre quieren criticar la poesía de algunos autores falangistas. «Elogios y lamentaciones», en sentido peyorativo, son las palabras que utilizan para desprestigiar el poema que Jiménez de Castro publicó en la *Corona...* titulado *Soneto a José Antonio*:

*Amor. Amor. Las del amor dormidas
plazas del corazón, enamoradas,
las de pluma y estrella fabricadas,
le fueron por su sangre prometidas.*

*Prometidas le fueron codiciadas
ciudades de celestes avenidas;
las de una juventud de almas partidas
islas en primavera conquistadas.*

*Amor. Amor. Su historia estaba escrita,
no por soldado en río ni lucero,
sí por amante en amorosa cita.*

*Solo ya y de la tierra prisionero,
a la Tierra rindió en amor primero
y en cada espiga y rosa resucita.*

De Pedro Laín Entralgo escribió en el diario *Arriba* el historiador José María García Escudero que no se entendería sin José Antonio, fue uno de los escritores que en los años de la posguerra más hizo por nuestra cultura, esto es una gran verdad y así hay que reconocerlo, aunque después escribiera el libro titulado *Descargo de conciencia (1930-1960)*, en el que parecía haberse

arrepentido de todo lo hecho en aquellos años. Escribió mucho sobre Primo de Rivera y éste influyó mucho en él, como bien dijo García Escudero, y porque leyendo sus discursos se afilió a la Falange ya que pensaba podía resolver los cinco grandes problemas de la vida española: el religioso, el económico, el ideológico, el cultural y el regional. Para Laín Entralgo, tres habían de ser los principales recursos de José Antonio: un concepto de España, una acción social revolucionaria y un respeto muy hondo a la dignidad del hombre. Cuando en 1941 polemiza con el padre Félix García, O.S.A., porque éste criticaba a la generación de 98, le dice entre otras cosas: «Hablé hasta ahora en nombre de la verdad histórica y de la generación de José Antonio, apoyándome, mientras pude, en sus textos». Al mismo tiempo ha calificado la vida de José Antonio en tres etapas: La primera considera al fundador de Falange como un muchacho aficionado a la buena lectura, que escribe algunos poemas llenos de inteligencia y más por ímpetu noble de su deber filial que por vocación política expresa, su manifiesto electoral de 1931. La segunda etapa ve al José Antonio de las cartas a Juan Ignacio Luca de Tena y el *El Fascio*. Ha descubierto ya –dice Entralgo– su vocación al servicio a lo que llamará luego «la eterna metafísica de España». En la tercera y última etapa Entralgo ve al José Antonio fundador de Falange y más tarde alzado a la Jefatura Nacional. Ve también al del discurso de la Comedia, el de los actos en el Cine Madrid y el de los artículos de *Arriba*. «Estamos ya ante el caudillo revolucionario». Con la muerte de Entralgo en junio de 2001 España perdía uno de los grandes intelectuales del siglo XX. «Una figura excepcional», dice el académico Víctor García de la Concha, quien le reconoce como un hombre de gran respeto hacia las ideas de los demás, un hombre de conciliación, que a través de la revista falangista *Escorial* trató, junto con el resto de los colaboradores falangistas, de tender puentes a la orilla de los exiliados, a la otra España. Laín Entralgo, Premio Príncipe de Asturias de Humanidades y miembro de tres academias, era médico y autor de numerosos libros de tema antropológico e histórico-médico. Fue rector de la Universidad Central y catedrático de la Historia de la Medicina. En la *Corona...* colabora con un soneto que había titulado *Soneto a la manera de Quevedo en honor y memoria de José Antonio Primo de Rivera*:

Siento haber dejado deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido
QUEVEDO

*La gravedad profunda de la muerte
era, para tu sangre, vencimiento,
para tu juventud, desasimiento
de hacer arquitectura el polvo inerte.*

*Vino luego el dolor de recogerte
en tierra que cumplió tu mandamiento.
¡Tu voz, que dio contorno al sentimiento,
se dobla ante el mandato de la suerte!*

*Pero España clamó, desarbolada,
por convertir en fuerza su impotencia
y unir el pensamiento con la espada.*

*Y por hacer más corto su camino,
cambiaste por la gloria la existencia
y Dios elevó a norma tu destino.*

Eduardo Lloset y Marañón, fue el marido de la escritora falangista Mercedes Formica. Pertenece a una familia de artistas natos cuya vocación era la literatura y dentro de ella la poesía. Creó la revista *Santo y Señá* y originó el nacimiento de la *Academia Breve de Crítica de*

Arte, obra preferida de Eugenio d'Ors. Su mujer se quejaba de que hoy sea un autor silenciado, «a excepción de Umbral, que algunas veces lo cita». Llosent protegió al poeta Miguel Hernández compañero y amigo de las Misiones pedagógicas, y fue director de la revista *Mediodía* de Sevilla, a la que el poeta de Orihuela había enviado una colaboración en marzo de 1936. Miguel Hernández sintiendo que el peligro le acechaba, contacta en Madrid con Llosent, a la sazón flamante director del Museo de Arte Moderno, quien le recibe en su hotel. Después de una larga conversación Miguel Hernández le muestra su preocupación ante el temor de ser detenido por la policía franquista; Llosent le ayuda y le proporciona dinero y una carta de recomendación para el falangista y poeta sevillano Joaquín Romero Murube, fundador de la ya citada revista *Mediodía*. Romero, efectivamente, le ayuda y esconde así lo ha reconocido años después el también poeta sevillano y profesor de la Universidad de Harvard Manuel Mantero en una entrevista que concede al *Abc* de Sevilla el 18 de mayo de 2002 recordando cómo Romero Murube le contó que había tenido escondido a Miguel Hernández. Pero es un profundo estudio del ex director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Eduardo Ybarra, el que reveló que Romero Morube protegió en el Real Alcázar a Miguel Hernández. También nos dice Mercedes Formica que Llosent quiso prepararle un refugio seguro en la sevillana Dehesa del Hornillo, pero el poeta no apareció. Cuando Miguel Hernández es por fin detenido como él tanto temía, Eduardo Llosent le consigue los servicios del abogado Diego Romero Pérez quien en un libro que escribió éste dice al respecto que buscó avales de gentes que declarasen a favor de su cliente y entre ellos cita al jefe de la Falange valenciana, pero omite su nombre, aunque presumo pueda ser el médico Adolfo Rincón de Arellano, quien por aquellas fechas ostentaba ese cargo y que posteriormente intentaría salvar la vida del cenetista Juan Peiró, ministro que había sido en el Gobierno de Largo Caballero, y que fue fusilado el 24 de julio de 1942. Eduardo Llosent y Marañón colaboró en el libro de la *Corona...* con el soneto *Eternidad de José Antonio*:

...desierto un corazón siempre encendido
donde todo el amor reinó hospedado.
QUEVEDO

*Latir de nueva sangre a sucederte
por derramadas, valerosas venas,
los pechos convertidos en almenas,
el pulso, sin recelo de la muerte.*

*Latir en yermo desolado, inerte,
de rejas que remueven las arenas
y flor prometen en semillas plenas
de querer lo que quieres, de quererte.*

*Latir de la sonrisa moribunda
y del saludo póstumo del brazo
en el celeste rumbo del presente.*

*Tanto latido es gloria circunda
la promesa del pan al eriaz
bajo la presidencia de tu frente.*

El catalán Eduardo Marquina fue el creador de un llamado «teatro poético» y su obra supone una de las aportaciones catalanas a la literatura española. Aunque cultivó la novela (*Almas Anónimas, Maternidad, La Caravana*, etc.), es, esencialmente, poeta: lírico en la primera y dramático en la segunda parte de su vida, que estuvo dedicado por entero a las letras. Fue premio de la Real Academia con *En Flandes se ha puesto el sol*, y como poeta lírico escribió:

Las Vendimias, Eglogas, Elegías, Canciones del momento, Tierras de España, etc. Como poeta dramático bebe también en las fuentes tradicionales y crea el ya citado teatro poético en que suple a veces la apariencia de la acción con la nobleza del tema y la armonía del verbo. En el número 78 de *La Gaceta Literaria*, 15 de marzo de 1930, colabora junto con Azorín, Valle-Inclán, Antonio Machado, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Gregorio Marañón, Pérez de Ayala, Ramiro Ledesma Ramos, Salvador de Madariaga etc., en un número extraordinario que la revista como homenaje dedicaba a Miguel de Unamuno en recuerdo del confinamiento en Fuenteventura –febrero de 1924– del ilustre vasco en conflicto con la dictadura de Primo de Rivera. La pluma de Marquina durante la Guerra Civil fue eminentemente poética; incluso es autor de una versión del *Himno Nacional* luego desbancada por otra de José M^a Pemán. Después de la guerra fue nombrado presidente de la Junta Nacional de teatros y música y de la Sociedad General de Autores. En el libro de la *Corona...* publica un soneto que tituló *Soneto a José Antonio Primo de Rivera*:

*En aquel tiempo en que la hispana cría
tomaba el pecho de nodriza extraña,
un hombre mozo a plenitud salía
cocido a fuego en el dolor de España.*

*Místico, anuncia; exento, desafía;
aguza en flecha vuelos de su entraña
y espada y lirio, en el azul del día,
clamor de juventudes la acompaña.*

*Su siembra cuaja, grana la cosecha;
¿qué es de él?... Cielos allá, rígida flecha,
marcó y sobrepujo los derroteros.*

*De José Antonio dije: trascendido
que no muerto, ¡hoy es vértice encendido
de una mitología de luceros!*

Tiene una segunda poesía que dedica *A los falangistas muertos*, y que cita a José Antonio:

*Caídos de las luchas solitarias
en los primero tiempos arriesgados;
finos mozos a tiros incrustados
en la cruz de las calles proletarias;
caídos de las tardes incendiarias,
por España y por Dios sacrificados;
caídos, cara al sol, en los collados
o bajo las estrellas lapidarias:
la Falange os evoca el mismo día
en que a la historia y al deber nacía
de José Antonio por los verbos ciertos.
Honor de España son vuestros honores,
que como el hijo de sus progenitores,
¡las naciones se nombran de sus muertos!*

Y una tercera dedicada a la memoria de José Antonio:

*En aquel tiempo en que la hispana cría
tomaba el pecho de nodriza extraña
un hombre mozo a plenitud salía,
cocido a fuego en el dolor de España.
Místico, anuncia; exento, desafía:
aguza en flecha vuelos de su entraña
y, espada y lirio, en el azul del día,
clamor de juventudes le acompaña.
Su siembra cuaja, grana la cosecha,
¿qué es él?... Cielos allá, rígido incendio
de una mitología de luceros.*

Un clásico junto con Foxá y Sánchez Mazas fue Eugenio Montes –Federico García Lorca le dedicaría el poema *Gráfico de la petenera*–, que tanto escribió sobre José Antonio. «Cuando, repartida entre anarquía y burguesía, España era un horizonte de tristeza que sólo incitaba a los mejores a la desgana, apareció José Antonio a darle claridad a las sombras y misiones a las almas». El dijo también que la tragedia de José Antonio y la Falange se cifraba en que no pudo evitar la guerra civil y evitar tanto derramamiento de sangre. Para Eugenio Montes, José Antonio creó «un movimiento inspirado en los valores de la inteligencia, y creador de un movimiento histórico, es decir, de una nueva poesía, de un nuevo arte, de un nuevo estilo, en fin de una manera de ser». El 24 de febrero de 1935 se ofreció a Eugenio Montes un banquete-homenaje antes de su marcha a Alemania. Los brindis corrieron a cargo de Sánchez Mazas, Ruiz de Alda, José Antonio y el propio Montes que agradeció el homenaje con un breve y lírico parlamento: «Allá en el abril del Renacimiento italiano, hubo un día, feliz entre los días, en que los estudiantes de Bolonia, hartos de Pandectas y de menudas aburridas glosas, irrumpieron en las aulas dándole al aire este grito divino: “¡Habladnos de Platón! ¡Por lo que más queráis, habladnos de Platón, por Dios y por la Virgen!”. Por insultar a Indalecio Prieto o a Manuel Azaña perder una vida es mucho. Es, en verdad, demasiado. Pero por un concepto platónico de España, por una “esencia”, bien puede darse una existencia de sacrificio, porque el hombre muere y la esencia dura». Fue este gallego, poeta, periodista y ensayista; con el bagaje de una extensa formación humanista. Se distinguió como poeta gallego y castellano, de tendencias ultraistas, y agudo ensayista influido por el pensamiento de Eugenio d’Ors. Escribió *Melodía italiana, El viajero y su sombra, La estrella y la estela*, etc. Fue académico de la Española desde 1940 y propagador cultural en Hispanoamérica, director del Instituto de España en Lisboa y del Instituto de España en Roma. *Soneto a José Antonio*, fue el título que puso a su soneto publicado en la *Corona*...:

*Antes fueron tres siglos de descielo
desterrados del mayo de lo Eterno,
y el alma, deshojada en el invierno
de España, vagabunda por su hielo.*

*Corazón de trasmundo sin latido,
roto el reloj de torre de la Historia;
ni párpado de luz, ay, ni memoria
en las grutas oscuras del olvido.*

*Pero viniste tú, en la frente el nido
de Primavera, y levantaron vuelo
del charco estrellas y águilas del lodo.*

Y, émula de tu amor y tu sentido,

*la muerte vino a darle prisa al cielo,
pues la humana vida corta y todo.*

Eugenio d'Ors fue un intelectual de reconocido prestigio en su Cataluña donde nace el día 28 de septiembre de 1882. Siendo muy joven asiste al espectáculo de la Barcelona en convulsión, donde los anarquistas se muestran como la primera fuerza social contra el uso y el abuso. Un 1º de mayo se perdió en la Rambla de Barcelona. Él mismo lo comentaría después: «Me encontré entonces solo por primera vez en mi vida, solo en medio de todo un pueblo de manifestantes, con las manos enguantadas, con mi famoso gabán forrado de piel –“...este abrigo ha desempeñado un gran papel en mis sufrimientos infantiles”, diría en otra ocasión– por el cual sentía tanta vergüenza... Pero la corriente de la manifestación que pasaba me incorporó a sus olas tumultuosas. Y así fue como he pedido sin sospecharlo y lloriqueando, la jornada de ocho horas». A los dieciséis años ingresa en la Facultad de Derecho e inicia sus colaboraciones en revistas firmando con el seudónimo de «Xenius», apellido familiar. De la Universidad de Barcelona se traslada en 1906 a la Sorbona y al Colegio de Francia. También asiste a varios congresos de Filosofía como el de Heidelberg. La Universidad de Madrid escucha en 1913 su tesis sobre *Los argumentos de Zenón de Elea y la noción moderna del espacio-tiempo*. En Cataluña llegó a ser director de Instrucción Pública de la Mancomunidad. En 1920 es expulsado de sus cargos públicos catalanes por ciertos cambios ideológicos, trasladándose a vivir a Madrid en 1923 y en 1927 es elegido miembro de la Real Academia Española, aunque no ingresaría hasta años más tarde. De él dice Ignacio Agustí en su artículo que ganó el *Cavia*: «Eugenio d'Ors fue uno de los colosos –tal vez el primero– que restauró un sistema de afirmaciones y que sacó de su hoyo a la preocupación patriótica para airearla en horizontes más dilatados». D'Ors fue siempre muy severo en el análisis del intelecto de José Antonio de quien decía que no se parecía en nada a esos barateros del pragmatismo, que se encastillan en las posiciones tenidas por útiles al bien común, en el mejor de los casos, y al personal las más de las veces. A su muerte el periodista Xavier de Echarri escribió: «...Decía que la nación era la versión política de la Naturaleza. Las extremosidades del nacionalismo le ponían los pelos de punta, y sobre todo los de sus grandes cejas, que fueron el radar de don Eugenio para darse cuenta a sí mismo las necesarias alarmas cuando estaba delante de cualquier peligro. José Antonio también lanzó su anatema contra esas extremidades. A mí me parece que d'Ors fue siempre muy riguroso en la interpretación y vigilancia del pensamiento de José Antonio, tan coincidente con el suyo en la órbita de los problemas políticos. Vistió la camisa azul falangista con premeditada notoriedad, y es un hecho irrevocable que queda, con toda su significación y para siempre, dentro de la Historia. Decíamos que no era natural. No podía serlo, por la simple razón de que era radicalmente cultural. Cultivado hasta la raíz más honda de su espíritu aristocrático. Estaba de parte de la educación, de la selección y de la autoridad. Por eso militó en el falangismo de José Antonio». En la *Corona*... participó con un soneto titulado *Peniel de José Antonio. José Antonio lucha con su Ángel*:

24.- “Y quedóse solo Jacob y luchó con él un Varón, hasta que rayaba el alba.”

25.- “Y él dijo : No será tu nombre Jacob sino Israel; porque has peleado con Dios y con los hombres y has vencido.”
GÉNESIS, XXXII.

*He aquí a Jacob, en soledades ásperas,
Que, lejos de las tiendas de sus nómadas,
Nocturnamente pugna con un Ángel
Miembros promiscuos y fundidos hábitos.*

*Este, así, mozo frágil y este dolmen,
Por tres vegadas milenario sílice,*

*Ara en que tres culturas desangraronse,
Trobados veo, como nupciales púgiles.*

*Amor, amor, cruenta antropofagia,
Amor, que tanto como escupas, bebes.
—«¡Te quiero, ruge, porque no me gustas!»*

*A la aurora, ya el Ángel derribado,
Cedía al vencedor su propio nombre
Y José Antonio se llamaba España.*

Es Leopoldo Panero para Andrés Trapiello un autor que ha escrito alguno de los poemas más hermosos de aquella época. Según Dámaso Alonso es un poeta con una autenticidad entrañada y una hondura rezumante, como quizá no la haya en toda la poesía española de los últimos tiempos. Y añade también que en Panero tenemos la poesía de mayor ternura humana que ha producido la literatura española moderna, y una de las más tiernas de todas las épocas de nuestra cultura. «Si la poesía no es religiosa no es poesía. Toda poesía (directísima o indirectísima) busca a Dios», repite Dámaso Alonso quien nos lo recuerda con un poema de Panero: *Para inventar a Dios, nuestra palabra / busca, dentro del pecho / su propia semejanza y no la encuentra, / como las olas de la mar tranquila, / una tras otra, iguales...* O este otro poema lleno de misticismo que Panero tituló *El Templo vacío*, y que lo termina así: *Lo mejor de mi vida es el dolor. ¡Oh, lumbre / seca de la materia! ¡Oh, racimo estrujado! / Haz de mi pecho un lago de clara mansedumbre. / ¡Señor, Señor! Desata mi cuerpo maniatado.* Panero llega a sí mismo y a Dios y su poesía es toda ella es un canto esperanzado en la España ideal de la paz, la libertad y la justicia. Fue Panero colaborador notable del Instituto de Cultura Hispánica, que le envió en viajes de propaganda por Hispanoamérica. Sus poemas aparecen en todas las revistas de aquel tiempo, en una obra que va desde el soneto neoclasicista hasta el verso libre. Su expresión poética, fue siempre sencilla y vinculada en muchos momentos a los recuerdos de la intimidad familiar. En su *Canto personal. Carta perdida* a Pablo Neruda, Panero reaviva su fe falangista con un enérgico ataque contra el poeta chileno que había sido amigo suyo y en cuyo *Caballo Verde para la Poesía* había colaborado, cita a José Antonio varias veces, y en una de ellas dice: *La voz de José Antonio nos avisa / (a través del amor: con doloroso / pensamiento de amor) que corre prisa.* Y también: *La irrenunciable sed de José Antonio / era sed de unidad, porque en Castilla, / la unidad en la sed en la sed es patrimonio.* En otro momento se refiere a García Lorca y a José Antonio escribiendo: *Los dos eran temblor, en el sentido / poético de España; y eran buenos.* A su hermano Juan, poeta también como él y fallecido muy joven en un accidente de coche le dedica este verso: *A ti, Juan Panero, mi hermano, / mi compañero y mucho más; / a ti tan dulce y tan cercano; / a ti para siempre jamás...* Según Dionisio Ridruejo, a Leopoldo Panero pudo haberle pasado lo peor por haber tenido escondido en su casa al poeta peruano más grande de todos los tiempos, César Vallejo —Umbral dice descubrirlo en los años 50—, que pertenecía al Partido Comunista de España donde se encontraba como corresponsal y que un día apareció en la ciudad de Astorga que por entonces todavía tenía su ingenua fuente moruna. Su madre tuvo que acudir a Salamanca en busca de ayuda para librarlo de una posible y casi segura pena de muerte. En la *Corona...* escribe el *Soneto a José Antonio*:

*Soledad absoluta y oro fino
del aire de Noviembre en la alborada,
y el don de la verdad en la mirada
con el vasto milagro del camino.*

*Ya velas en el cielo cristalino
de España, y en la noche desvelada,
ardiente de jazmín, recién nevada*

sobre la claridad de tu destino.

*No ver, pero temblar. No ver la muerte
y sentir en la noche su eficacia
y el olor de la tierra de Castilla.*

*Hablar sin la palabra, ver sin verte,
y buscarte en la niebla de la gracia
hacia la luz remota de la orilla.*

«José Antonio es poeta» dice José M^a Pemán cuando pronunció un discurso en la Academia de Legislación y Jurisprudencia siendo entonces director de la Real Academia Española. Por otro lado, en su libro *Mis almuerzos con gente importante*, José M^a Pemán dedica un capítulo al fundador de Falange y repite, entre otras cosas: «José Antonio no era nada apasionado, y cuando lo parecía era porque con sus herramientas de intelectual había logrado fabricar la apariencia de una pasión». Fue Pemán, decía, director de la Real Academia Española y en función de tal, contestó al discurso de ingreso de Eugenio d'Ors. Al grupo de Dionisio Ridruejo, José M^a Pemán le gustaba poco, lo toleraron lo preciso porque para ellos representaba al político caduco y para España Falange quería otra cosa, quería una revolución en lo social y en lo económico. Su *Poema de la Bestia y el Ángel*, nadie entre los poetas falangistas, se lo tomó jamás en serio. En la *Corona...* escribe el soneto que llevaba por título *José Antonio*:

*No sé decir tus obras: no el riente
fruto de tu pensar claro y tranquilo:
porque me lleva el corazón en vilo
la inmensa humanidad de la simiente.*

*Tu obra es sonora, exacta y evidente.
Tu vida es un recóndito sigilo.
Tu obra es dureza: y es tu vida un hilo
frágil que, aun vivo, te hizo ya el Ausente.*

*Y esa es la gran verdad: esa que llena
tu vida de tu ser más hondo y serio.
Esa: la duda, la ilusión, la pena,*

*la palmera, la sangre, el cementerio.
La obra tuya ¡qué clásica y serena!
La obra de Dios en ti... ¡qué hondo misterio!*

Uno de los poetas hoy olvidados es Pedro Pérez-Clotet alumno que fue de Pedro Salinas en la Universidad Hispalense y compañero de Luis Cernuda. En 1925 llega a Madrid para hacer el doctorado y asiste a tertulias literarias organizadas por Juan Ramón Jiménez. Al terminar su tesis, Pérez-Clotet dijo: «Empecé entonces a dejar de ser abogado...». En 1932 crea la revista *Isla* que es la primera de las numerosas revistas poéticas gaditanas del pasado siglo y en la que un día hace una crítica del poemario de Miguel Hernández, empleando en ella una cita de Goethe que revela la voluntad de la obra. Por otro lado, el propio Hernández con un texto en prosa que publica el *Diario de Cádiz* el 20 de diciembre de 1933 hace una crítica elogiosa del libro *Trashuz*, obra de Pérez Clotet: «Escojo lo más bello de su belleza, o lo que creo más bello, y me lo guardo para siempre». En su casa de Ronda, donde vivió su agreste soledad para hundirse en la poesía, tenía una de las mejores bibliotecas de poesía de toda España. Y en Ronda se encontraba cuando Miguel Hernández en su huida por España lo buscaba en la ciudad

de Cádiz en demanda de ayuda que le prestarían otros falangistas, como hemos visto. Antes de la guerra había publicado varios libros de poemas. Después, en la posguerra, aparecieron otros libros suyos, de contenido familiar: *Invocaciones*, *A orillas del silencio*, *Presencia fiel*, *Noche del hombre*. En la *Corona*... escribe *Soneto a José Antonio*:

*Laurel azul la pólvora homicida
y bandera la sangre de tu duelo.
Lo proclaman la espada y el desvelo
y la razón del cielo descendida.*

*Y tu mármol muriendo, vida a vida,
la muerte de una Historia sin consuelo,
porque el oriente, al filo de tu celo,
se incendiara más hondo en cada herida.*

*Laurel, mármol, bandera, desplegados
en una absorta luz de profecía,
que hasta el fuego, cumplida su amargura,*

*lleva por los caminos enlutados...
Lo proclaman los ojos a porfía
con lirios levantando tu escultura.*

Fue Félix Ros el traductor del poeta, crítico y ensayista francés Paul Valéry cuyos poemas intentan valorar el conocimiento, su poder de hacernos conscientes de nosotros mismos y del mundo. Según cuenta en sus memorias Ignacio Agustí, fue Félix Ros quien le introdujo en la lectura de García Lorca. «Para mí –decía Agustí– fue una revelación la manifestación de un mundo insospechado hecho con imágenes sorprendentes e hiperbólicos ensueños. La magia del romancero gitano latía en mis sienes y en aquellos momentos mi ánimo estaba lleno de resuellos de luna cándida, olivos de plata y gitanos de bronce». Durante la guerra civil, Ros estuvo preso en Barcelona lo que le sirvió para escribir un libro titulado *Preventorio D* que era así como se llamaba la checa donde estuvo prisionero, aunque lo subtítulo *Ocho meses en el SIM*. En la *Corona*... su colaboración poética la tituló *Soneto a José Antonio*:

*La voz que urdió al gentil de las Españas
tambores de Hermandad, santiaga tropa,
y se escanció, ya sangre, en cada copa,
asaltando los dientes vuelta entrañas;*

*aquella que alanceó ínsulas extrañas
–eres tú, ¡oh Patria!, en taparrabos u hopa,
marca africana y no arrabal de Europa–,
duerme hoy bajo un poniente de guadañas.*

*José Antonio: va a reír la primavera
y sólo tú nos faltas en la risa;
pero tu voz nos llega como antaño.*

*Convertida en colérica bandera,
restalla sus mensajes todo el año
y el vuelo de tus flechas nos avisa.*

De todos es sabido que Luis Rosales y sus hermanos trataron de salvarle la vida al gran poeta que fue Federico García Lorca. Este gesto a punto estuvo también de costarle la vida. El Ejército se había hecho ya con los puestos de mando de la Falange, todo lo tenían bajo su control. Fue el capitán Rojas, ya jerarca del nuevo partido, quien abrió una investigación sobre su conducta. El mismo Luis Rosales lo cuenta: «Estuve abandonado de todos. Entonces ya Federico estaba muerto, no querían meterse en otro lío y al cabo de siete días, pues, a mí me escribieron una carta diciéndome que me reintegrara con todo honor a mi puesto. El resultado fue que me pusieron a mí, en fin, en vez de matarme, en vez de meterme en la cárcel, pues condonaron esto por una multa, una multa importante; yo no sé si de quince o veinte mil duros, sí una multa muy importante. Me pusieron una multa a mí, pero claro, la pagó mi padre». Y el biógrafo de García Lorca, Ian Gibson, añade que «Luis Rosales fue salvado de más persecuciones, y tal vez de la muerte, por el destacado falangista Narciso Perales». Fue también muy amigo del poeta peruano César Vallejo que como hemos visto causó honda mella en varios poetas falangistas. Y de España dice: *¡Tierra que sólo brinda paciencia y superficie! / ¡Tierra para morir, deshabitada y loca / por cumplir tu hermosura, oh España, Madre España!* Para Dámaso Alonso, toda la vida de Luis Rosales es un soñar encristalado, enfanalado en su sueño, que a veces dan ganas de desencristalarle violentamente y zarandearle. Su sueño –enorme crisálida cetrina con ojillos azules– merece respeto de todos, porque en este mundo de tanta simulación es de una autenticidad destinada, fatal. Vive, pues, Luis Rosales un intenso ámbito fantástico ilusionado hacia el futuro, en el que el rastro de lo vivido se dora y carga de zumos. El poeta echa el pecho valientemente hacia la vida, pero esa actividad que él cree vivir práctico, es en él persecución ilusoria; y vuelve los ojos a su rastro entredulce, desviviéndose (como a él le gusta decir), y de esa contemplación nace toda su poesía. Su poesía: el único producto práctico de todo verdadero poeta. Rosales fue Premio Cervantes en 1982, año en el que publica *Un rostro en cada ola*. Con Torrente Ballester, Laín Entralgo, Vivanco y otros, colabora en la revista falangista *Jerarquía*. En la *Corona...* publicó el soneto titulado *Soneto a José Antonio, que descubrió, expresó y defendió la verdad de España. Murió por ella*:

*Tú amaste el ser de España misionera
frente al peligro y por la luz unida,
el ser de la evidencia enaltecida
del mar latino en la ribera entera;*

*tú la verdad de España duradera
de la esperanza y el dolor nacida,
verdad de salvación al tiempo asida,
verdad que hace el destino verdadera;*

*tú la unidad que salva del pecado,
la unidad que nos logra y nos descubre
en los ojos de Dios como alabanza;*

*¡ya no tienes la vida que has salvado!,
la tierra te defiende y no te cubre
como el vivir defiende la esperanza.*

Y Luis Rosales dedica otra poesía a José Antonio para hacer que la victoria sea de todos, para no ser de los unos o los otros. La tituló, *José Antonio*:

*Para cumplir con la muerte
silenciosos.*

¡Acuérdate de nosotros!

*Para hacer que la victoria
sea de todos.*

¡Acuérdate de nosotros!

*Para llevar a los débiles
sobre el hombro.*

¡Acuérdate de nosotros.

*Para no ser de los unos
y los otros.*

¡Acuérdate de nosotros!

*¡Y para ser en la Patria
la exactitud y el decoro,
para buscar el milagro
con los ojos!*

¡Para salvar la esperanza!

José Antonio:

¡Acuérdate de nosotros!

Dámaso Alonso, posiblemente de forma exagerada, lo compara con Quevedo. Nos referimos ahora al poeta y periodista sevillano Adriano del Valle de quien el propio Dámaso Alonso llega a escribir: «¡Qué grande es este Adriano del Valle, cerca de nosotros protegiendo nuestro irresoluto vivir, a fuerza de irradiación optimista de su sagrada calva, con tantos abrazos vegetales, pimpantes en sus uniformes!». Otros dicen que su obra poética se caracteriza por un barroquismo elegante, ingenioso, pletórico de imágenes bellísimas y es considerado por algunos como lo más diáfano, garboso y musical que haya creado un poeta español después de Lope. Fue uno de los poetas predilectos de Eugenio d'Ors y que también siempre defendió, incluso cuando los vientos no soplaban a su favor como ocurrió tras la publicación, en 1931, de la *Antología* de Gerardo Diego donde no fue incluido. «Pronto saldrá mi *Antología*. He sentido mucho no poderte meter en ella», le escribe en octubre de ese mismo año, Gerardo Diego, aunque éste tampoco lo incluye en su versión de 1934. Escribió *Arpa fiel*, muy posiblemente el libro de poemas más famoso suyo prologado por Dámaso Alonso y que con él ganó el Premio Fastenrath, apellido del escritor e hispanista alemán, Johann, que estableció este premio mediante un legado a la Academia de la Lengua. Escribió también *Los gozos del río*, prologado por Eugenio Montes, *Primavera portátil*, *Lyra Sacra*, etc. Fue este «grande» Adriano del Valle colaborador de Dionisio Ridruejo en los servicios de propaganda. Para el libro de la *Corona...* escribió el soneto titulado *Epitafio a José Antonio*:

*Cisne fue. Cisne esbelto que agoniza
y mueve estrellas conmoviendo el aire,
derrumbando las alas de los pájaros
y en la ceniza derrumbando el fuego.*

*Vivió, clamó y murió verticalmente,
cambiando con el plomo la sonrisa.
Y conmovida en lágrimas, la noche
al alba lo encontró, muerto, a sus plantas.*

Su sangre ya salpica las estrellas.

*Su sangre enturbia el rumbo de los peces.
Donde su cuerpo, fulminado, yace,*

*su fuente es acueducto de la Patria
con la cal destilada de sus huesos
fundadores de rosas y laureles.*

Era Luis Felipe Vivanco arquitecto de profesión y muy amigo de Luis Rosales con quien en colaboración escribió la obra teatral *La mejor reina de España* y a quien también en su libro *Cantos de Primavera* le deja una densa declaración literaria: «Hay que creer en el acento más puro más sencillo, más fuerte, más humano y más divino de la poesía; en su vivo acento amoroso, que levanta la voz y la llena de misterio encendido, humillándola a un límite preciso de armonía y de dulzura. Yo canto, y escribo mis versos, como hombre, como cristiano, como creyente y como enamorado. Mi voz no es más que eso: dolor verdadero, esperanza, pobreza convencida, humilde pertenencia al misterio y fe muy alta. Yo no puedo contentarme con la denominación de la materia, y levanto mi voz en la poesía con la única preferencia que hace de mí un hombre posible. La poesía es camino, locura de perfección, y después de ella sólo está la conducta». Inicia su colaboración literaria en la revista *Cruz y Raya* dirigida por su tío el poeta comunista José Bergamín muy amigo de Eugenio Montes y de Rafael Sánchez Mazas con quien se reunía muchas veces una vez de regreso a España después de su largo exilio, según cuenta el escritor Marino Gómez Santos. En 1935 aparece su traducción del *Himno de Pentecostés*, del académico francés Paul Claudel, en la revista de Orihuela *El Gallo Crisis* dirigida por José Marín *versus* Ramón Sijé, excepcional valedor de Miguel Hernández. Escribió en la revista *Jerarquía* la plana mayor del falangismo intelectual junto con los ya citados Ridruejo, Montes, Rosales, Foxá, d'Ors, etc. Su poema *Lira serena*, es puramente religioso, línea en que se especializará el poeta. Han escrito de él que su poesía es una ascensión implacable hacia la perfección, la de la belleza literaria y la del propio poeta, cuya mirada, cada vez más penetrante hace que todas las cosas se vuelvan signo de la presencia divina. El amor a la naturaleza, al campo, en concreto, a la intimidad de lo cotidiano en el hogar, a la esposa, a los hijos, así como su contrapartida: el desprecio, el repudio de cuanto no es verdadero ni auténtico, ha encontrado en Vivanco una expresión suma, inolvidable: *He tardado mucho en llegar. / Día tras día iban mis pasos comprendiendo el camino, / y unas veces me alejaba de Dios, y otras me acercaba más a Él; / a veces me besaban unos labios, y a veces los sentía / muy lejanos de mí y casi muertos en la noche...* Muere Luis Felipe Vivanco en 1975 y Dionisio Ridruejo, en un acto en su memoria, leería un poema inédito, desolado, cuyas estrofas terminaban con el mismo verso: *Por hacer daño*. Este poema que revelaba experiencias largas y dolorosas, llenas de amargura, impresionó a Julián Marías quien lo recuerda en un artículo que publicó en la tercera de *Abc* en junio de 2002. En la *Corona...* participa Vivanco con: *Soneto a José Antonio Primo de Rivera*:

Será eterna en nosotros tu memoria,
y puesto en el dorado y alto asiento
defenderás mejor tu patrio suelo.

FERNANDO DE HERRERA

*José Antonio, mi voz acostumbrada
a renovar la duda en la alegría,
tierna y secreta en el umbral del día,
también ha sido fiel a tu llamada.*

*Para alcanzar la cumbre deseada
quebrada ya su albor mi poesía,*

*cuando tu aurora coronó la mía
y tuve a España por tu voz ganada.*

*Privilegiando el cielo en la memoria
la forma de su claro mandamiento
tu abierto corazón cumple en la historia.*

*Y mientras gime mi postrer lamento,
torres de juventud cantan a tu gloria
sobre la airada majestad del viento.*

X. “A LOS PUEBLOS ...”. ANTOLOGÍA DE LUIS MARÍA ANSON

Hemos repetido ya la famosa frase de José Antonio cuando dijo que «a los pueblos no los ha movido nunca nada más que los poetas...». Pues bien, el fundador de Falange Española se hubiera sentido muy orgulloso de su corte de poetas si hubiera sabido que muchos años más tarde en un libro del académico Luis María Anson titulado *Antología de las mejores poesías de Amor en lengua española*, figurarían algunos de los nombres que participaron en el libro de la *Corona de sonetos en honor de José Antonio*: Eduardo Marquina, Gerardo Diego, Agustín de Foxá, Leopoldo Panero, Luis Rosales y Dionisio Ridruejo, son los poetas falangistas escogidos por el académico Anson para figurar en su *Antología*, donde el lector «sentirá el aliento más hondo de la escritura de los poetas, el mensaje infinito de quienes rindieron sus letras al amor profundo, a la palabra absorta, al sentimiento insondable, a la carne que se estremece, al devastado corazón, al alma que tiembla, a la cálida ceniza». También figuran en esta misma *Antología* los poetas no falangistas, José M^a Pemán y Manuel Machado participantes asimismo en la *Corona*...

La poesía escogida por Luis M^a Anson para el primero de ellos, según figura en el libro, es la de Eduardo Marquina que fue encuadrado un poco a la ligera en la escuela modernista; en todo caso es el más clásico de los poetas de esta escuela. La poesía publicada por Anson es la titulada por el poeta catalán *Melancolía*:

*A ti por quien moriría
me gusta verte llorar.
en el dolor eres mía,
en el placer te me vas.*

De Gerardo Diego, un poeta-síntesis de la generación del 27, publica nada menos que cinco sonetos: *Dolorosa*; *Silencio*; *Emilia*; *Tú me miras* y *El ciprés de Silos*. Este último, que transcribimos, está considerado, sin lugar a dudas, como uno de los sonetos mejores de la lírica española, aunque hay quien considera que el poeta tenga sonetos bastante mejores e incluso más «arquitectónicos». El soneto, que fue redactado en el mes de julio de 1924 durante una breve visita al monasterio de Santo Domingo de Silos, traspasa la mera descripción del centenario ciprés del claustro del monasterio:

*Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.*

*Mástil de soledad, prodigio isleño;
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.*

*Cuando te vi, señor, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,*

*como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos*

De Agustín de Foxá de gran talento literario y de poesía fácil, y de quien Umbral dice que era vasto, gordo, exquisito, dandy, cínico, culto y brillante, a pesar de que un día con motivo de la reedición por parte de Planeta, muchos años después, de su famosa novela *Madrid de Corte a Cheka*, un periodista ofendido, de no sé qué, se quejaba en el desaparecido *Diario 16* de que Lara la hubiera reeditado. «Por eso no entiendo lo de Planeta ahora. ¿O sí se entiende?», terminaba diciendo el irritado Ignacio Camacho. Anson publica de Agustín de Foxá el titulado *Cui-Ping-Sing*:

[...] HOANG

*Escucha...
¿En qué otro mundo de cerezas raras
oí tu voz? ¿En qué planeta lento
de bronces y de nieve, vi tus ojos
hace un millón de siglos? ¿Dónde estabas?
Fuiste agua hace mil años.
Yo era raíz de rosa, y me regabas...
Fuiste campana de Pagoda, yo era
nervio del ojo que miró a tu bronce.
Nos hemos perseguido
alma con alma, atravesando cuerpos
peregrinos de venas y latidos,
por pieles de animales, por estambres,
escamas, esqueletos y cortezas;
por mil cuerpos y sangres diferentes,
alma con alma, cincelando torres
de espíritu con lágrimas y sonrisa. [...]*

[...] HOANG

*Tú fuiste, Cui-Ping-Sing, todo lo claro,
el cisne o la ceniza.
Yo fui todo lo oscuro,
la raíz, la tortuga.
Tus pechos
son dos nidos calientes,
tejidos en la rama de un almendro. [...]*

Del astorgano Leopoldo Panero, uno de los poetas primeros de su generación, amigo de Federico García Lorca y también de otros poetas progresistas de la República y a quienes tuvo

en su bella casa de Astorga que data del siglo XVII, lo mismo que tuvo al poeta peruano César Vallejo, publica Anson el soneto titulado *Hijo mío*:

*Desde mi vieja orilla, desde la fe que siento,
hacia la luz primera que torna el alma pura,
voy contigo, hijo mío, por el camino lento
de este amor que me crece como mansa locura.*

*Voy contigo, hijo mío, frenesí soñoliento
de mi carne, palabra de mi callada hondura,
música que alguien pulsa no sé dónde, en el viento;
no sé dónde, hijo mío, desde mi orilla oscura.*

*Voy, me llevas, se torna crédula mi mirada,
me empujas levemente (ya casi siento el frío);
me invitas a la sombra que se hunde a mi pisada,*

*me arrastras de la mano... Y en tu ignorancia fío,
y a tu amor me abandono sin que me quede nada,
terriblemente solo, no sé dónde, hijo mío.*

De Luis Rosales, el poeta granadino que en el año 1978 publicaba su estudio acerca de *La poesía de Pablo Neruda*, a cuya concepción del verso tanto debe él como poeta, publica el académico *La casa encendida*:

*Y ahora vamos a hablar,
ahora ya estamos juntos, ayeridos y ciegos,
porque lo junto nos va haciendo hombres;
ahora ya estamos sombreados
como un camino de alas choperas por la muerte;
juntos como un camino,
juntos, ciegos y dentro los unos de los otros
como un poco de mar que se reúne,
que se ha reunido, al fin y que se besa entero
con un beso agotado y repentino
que deshoja sus labios,
que deshoja sus olas una a una;
y estáis conmigo al fin, y os estoy viendo
esperar, como siempre.*

Y llega el último de los poetas que Luis M^a Anson refleja en su *Antología*. Se trata del tantas veces citado Dionisio Ridruejo que con él hacen seis el número de falangistas que figuran como autores en este libro del académico y que, tratándose de una recopilación de poesías de poetas españoles de todos los tiempos, el porcentaje es para que uno pueda sentirse orgulloso. Es, en definitiva, lo que José Antonio se hubiera sentido al ver que su corte de poetas aparecerían un día en una *Antología* donde fueron seleccionadas las mejores poesías de amor en lengua castellana. Dionisio Ridruejo, decíamos, figura con la poesía, *Cómo mana tu savia ardiente...*

*Nos junta el resplandor en esta hoguera
que tu alabastro transparenta y dora,*

*y en lenguas alegrísima devora
una viña de muerta primavera.*

*Astros de velocísima carrera
resbalan en tus ojos, y me explora
todo tu ser en ascua tentadora,
el corazón que consumido espera.*

*Amada sin secreto, tan cercana,
veo íntima y abierta, en un ocaso
que hace el sol en ti misma, cómo mana*

*tu savia ardiente bajo limpio raso;
y hago sarmiento de mi amor, que gana
oro para la sed en que me abraso.*

XI. LAS MIL MEJORES POESÍAS EN LENGUA CASTELLANA

José Bergua ha recopilado en un libro *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*. Son ocho siglos de poesía española e hispanoamericana. Las mejores composiciones de los más famosos poetas que han escrito en castellano. En esta antología están los nombres de los poetas falangistas Gerardo Diego, Eugenio d'Ors, Concha Espina, Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá, Eduardo Marquina y Leopoldo Panero. «La poesía –dice José Bergua– es lo más hermoso del mundo. La manifestación y la forma más alta y noble de la estética y de la espiritualidad. Ella, deleitándonos, llena los fines más preciados y útiles: nos enseña, nos conmueve, nos hace pensar y sentir, nos dignifica y la hace digna del nombre de *poesía*. Pues sabido es que no todo lo que se pretende hacer pasar por poesía lo es, lo que precisamente hace que las medianías, en arte, sean tan insoportables. Ahora bien, todo cuanto existe, ha existido o se puede imaginar, puede ser concebido y expresado poéticamente; si naturalmente, se es capaz de ello».

Para Bergua nadie ha hecho tanto por la humanidad como los poetas, y las épocas de los grandes poetas han sido siempre las épocas grandes de nuestra historia. Por algo los hombres elevaron en todos los tiempos sus mejores estatuas, materiales o espirituales, a los poetas, reconociendo, al hacerlo así, que jamás el ser humano ha estado tan cerca de la belleza absoluta de la que ya nos hablaba Platón.

Del poeta Gerardo Diego que no sólo escribía memorias con fruición sino que con él la poesía alcanzaba todas sus latitudes, todas sus posibilidades, que llegó a colaborar en la *Revista de Occidente*, de José Ortega y Gasset; es decir, del ecumenismo del filósofo, que tanto influyó en José Antonio, y que agrupa a la generación del 98 con el 27, publica nada menos que cuatro poesías: *Insomnio*, *El ciprés de Silos*, *Angelus* y, por último, *Romance del Duero* que es el que sigue:

*Río Duero, río Duero
nadie a acompañarte baja:
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.*

*Indiferente o cobarde,
la ciudad vuelve la espalda.
No quiero ver en tu espejo
su muralla desdentada.*

*Tú, viejo Duero, sonríes
entre tus barbas de plata,*

*pasas llevando en tus ondas
palabras de amor, palabras
Quien pudiera, como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso,
pero con distinta agua.*

*Río Duero, río Duero,
nadie a estar contigo baja,
ya nadie quiere atender
tu eterna estrofa olvida,*

*moliendo con tus romances sino los enamorados
las cosechas mal logradas que preguntan por sus almas
Y entre los santos de piedra y siembran en tus espumas
y los álamos de magia palabras de amor, palabras.*

Del gran pensador Eugenio d'Ors, o como diría Umbral, «el pensador más original del siglo, en catalán, francés y castellano. Prosista barroco, ironista...», y que le hizo académico, como a Machado, el general Primo de Rivera, publica *Sensación de madrugada*:

*Hoy la luna persiste y se viste
de un oro que el día le envía.
Alba equívoca: Yo no diría
lo que tiene de agudo y de triste.
Mi alma hace un alto en el salto
que proyectan, esquivos, los chivos
desde el gris de unos vagos olivos
sobre el cielo de tenue cobalto.
Y duele pasar sin saber
el secreto que en la hora indecisa
dice, acaso con risa, la brisa.
Agil brisa del amanecer;
ni despiertas ni dejas dormir,
no consientes soñar ni vivir.*

De la falangista Concha Espina, que fue una gran novelista, cultivando también la poesía; que fundó la Casa de España en Estados Unidos, donde recibió de la *Hispanic Society of America* la medalla de plata de arte y que fue galardonada en 1949 por el Gobierno español con la Cruz de Alfonso X el sabio, publicó la poesía *Lejos...*

*Entre la noche que está dormida
y el mar dormido que sueña y lucha
tengo enhebrada mi ardiente vida,
alma que alerta ronda y escucha.
Para mi frente, clara diadema,
los astros hilan vivo reflejo;
para mis ojos, triste poema,
las aguas mullen un blando espejo.
Calman las olas sus paroxismos
llenas de lumbres y de estupores
y entre las fauces de dos abismos
hago la siembra de mis amores.
Aquí las mieses y las derrotas
son infinitos que yo paseo;
haces de vida, ansias remotas,
vasto refugio para el deseo.
Y a las criaturas de mi paisaje,
bestias menores, nunca son malas;
con la inocencia de lo salvaje
de los querubenes tienen las alas.
Aves y peces, sordo murmullo,
alible fauna reclamadora*

*cuando la noche lanza su aúllo
del mar dormido que sueña y llora.*

*Nada me hiere donde yo habito;
mis daños, todos, son de la orilla.
Aquí se esconde mi ronco grito
en el manojo de mi gavilla.*

*Ramos de espuma, leves corolas,
plantel de soles y de luceros;
para mí el baño de frescas olas
y la ardentía de los senderos.*

*Para mí todas las noches gayas;
para mí todos los océanos;
lejos la tierra, lejos las playas;
ningún anillo para mis manos.*

*No quiero engarces prometedores
con el mezquino polvo sediento
donde el gusano vive en las flores
y la veleta gira en el viento.*

*Ninguna gracia de la ribera
donde se miente lo que se jura;
es más benigna la mar señera;
es más piadosa la noche oscura...*

De Dionisio Ridruejo, que según dijo Ernesto Giménez Caballero tuvo el fervor de juventudes y poetas porque sufría, cárceles, destierros, incomprensiones..., y que además tuvo una carrera literaria que en continua evolución ha mantenido la calidad y la dignidad del escritor, y cuyo nombre irá siempre ligado al primer ensayo de libertad intelectual, selecciona la poesía titulada *Cementerio*:

*Negar la muerte es imposible. Viene
por todas partes. Como hielo crudo
que desdora el otoño y como rayo
que raja el tronco de la primavera.
Como secreta podredumbre viva
que deja de comer o como bruto
que desde fuera rasga. La llevamos
en las horas contadas o nos tiende
su trampa en el descuido. Es nuestra casa
originaria donde volveremos
sin remedio a dormir: No hay quien la oculte.
Cabe disimularla. Para todo
tiene industrias el hombre y hay estudios
de repintar cadáveres con suave
música celestial y hasta con discos
donde el muerto agradece los favores.
Aunque al fin es preciso devolverlo
a su dueña. Sembrarlo o reducirlo
a vago polvo estéril. Pero es terco
en su residuo. Al fin y al cabo el hombre
se ha hecho labrando su esperanza sorda
en urnas y pirámides. No puede
de un golpe separarse de sus muertos,
separarse del sueño de ser sueño*

*de tierra inacabable. Su gastada
resistencia ha inventado estos jardines
donde la muerte late con los pájaros,
negada distraída. Donde un niño,
el más medroso de los niños, puede
quedarse con sus juegos, pues ninguno
de los parques sonríe mejor hierba
ni en octubre se encienden tantos cobres,
púrpuras, oros, ocres, verdes suaves
de ala tenida, como en su arboleda.
Los hermosos jardines de la muerte
sobrentendida, entre los hitos pulcros
sin patetismo, chicos como el ara
de alguna ninfa, donde queda impresa
la cruz, la estrella, el nombre, como un llanto
de manantial sin énfasis que enjuga
la piadosa alegría de las flores.*

De Agustín de Foxá el buen prosista y poeta, convertido por el escritor Curzio Malaparte en el más importante personaje de *Kaputt*, pero que según escribe Andrés Trapiello fue «uno de los que ganó la guerra y perdió los manuales de literatura» porque en el *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana (1993)*, dirigido por Ricardo Gullón, le dedican veinticinco frías líneas, publica *Alegría de las vendimias*:

<p><i>¡Al alba, moza, que me voy a vendimiar! Volveré lleno de sangre lo mismo que un capitán. Ya se rebullen las mulas, ya gallo y lucero están disputándose las luces. Ya se rosa el olivar, nata y manzana, que anoche pusieras a refrescar, huelen a noche y a luna entre geranio y cristal. Dame el sombrero pajizo con su cinta; corta el pan enciende el farol y baja a abrirme, al alba, el portal. ¡Oh, qué hermosura de noche! Dios nos la deja gozar... Ya entra la luz en las cuadras.</i></p>	<p><i>¡Cómo aletea el corral! Sueña amapolas el pozo. ¡Al alba y al madrugar! Mozas en colchas de novia y cómodas con fanal. Al alba, que está el racimo ansioso de derramar su dulce sangre; ¡a los carros entre relincho y cantar! Ya pisan niñas descalzas la sangría del lagar; ya por la orilla del río se oye a los mulos trotar. Te traeré por la noche garnacha para cenar. ¡Al alba, moza, que me voy a vendimiar! Volveré lleno de sangre, lo mismo que un capitán.</i></p>
--	---

De Eduardo Marquina cuya pluma fue eminentemente poética y que murió en Nueva York, en 1946, cuando regresaba de Colombia al frente de una embajada extraordinaria, publica tres poesías: *Se pinta el mar*, *Salmo de amor* y *Votos floridos* que es el que transcribimos:

*En lo tibio del soto,
levantado las piedras,
esquivando las zarzas, apartando las hojas,*

buscabas violetas.

*Por tu inclinarte noble
sobre las claras yerbas,
tocándolas con gracia, moviéndolas sin daño,
que encuentres violetas.*

*Por tu mirar sereno
cuando, irguiéndote dejas
todo, a tu lado, el soto encendido y riente,
que encuentres violetas.*

*Para tus manos suaves
donde tienen las venas
el color dedicado de las flores menudas,
que encuentres violetas.*

*Para adornarte el pecho
en el día de fiesta,
porque adoras su gracia acabada y oculta,
que encuentres violetas.*

*Porque al pasar, las zarzas,
revolviéndose tercas,
en la nieve del cuello te arañaron con sangre,
que encuentres violetas.*

*Porque nunca maldigas
de la piadosa tierra
y el buscar no te canse y el sufrir te consuele,
que encuentres violetas,
¡un montón de olorosas violetas!*

De Leopoldo Panero cuya expresión poética, a la vez sencilla y muy trabajada, estuvo siempre al servicio de una imagen del transcurso del vivir y que para Gerardo Diego, Dámaso, Ridruejo, su amigo «del alma» Rosales, Vivanco, Muñoz Rojas era un verdadero «príncipe de la poesía», publica *Por donde van las águilas*:

*Una luz vehemente y oscura, de tormenta,
flota sobre las cumbres del alto de Guadarrama,
por donde van las águilas. La tarde baja, lenta,
por los senderos verdes, calientes de retama.*

*Entre las piedras brilla la lumbre soñolienta
del sol oculto y frío. La luz, de rama en rama,
como el vuelo de un pájaro, tras la sombra se ahuyenta.
Bruscamente, el silencio crece como una llama.*

*Tengo miedo. Levanto los ojos. Dios azota
mi corazón. El vaho de la nieve se enfría
lo mismo que un recuerdo. Sobre los montes flota
la paz, y el alma sueña su propia lejanía.
Una luz vehemente desde mi sueño brota
hacia el amor. La tarde duerme a mis pies, sombría.*

Pero no se termina aquí la recopilación de poemas escritos por falangistas y que figuran por derecho propio en otras antologías. En este caso me quiero referir a *Las cien mejores poesías de la lengua castellana* recopiladas por el poeta Luis Alberto de Cuenca. Dice en el prólogo que a principios de siglo, Marcelino Menéndez Pelayo, director de la Biblioteca Nacional, urdió una antología rotulada *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana* que gozó de gran

difusión, aunque reflejaba, desde luego, su gusto personal pero también, en cierto modo, el de su tiempo. Casi cien años después, otro director de la Biblioteca Nacional, Luis Alberto de Cuenca se ha atrevido a seleccionar con mimo las cien mejores poesías de las que también dice que «mi selección de hoy no sería mañana la misma, pero ya se sabe que el hombre es una criatura que toma decisiones de las que luego se arrepiente». No obstante, el poeta también dice que ha quedado muy satisfecho de su florilegio que defendería en cualquier foro. Dos poetas falangistas figuran en ese florilegio, se trata en primer lugar de Gerardo Diego al que Cuenca nunca trató pero lo vio muchas veces en su tertulia del café Gijón. De este poeta ha publicado su poema titulado *Insomnio*:

*Tú y tu desnudo sueño. No lo sabes.
Duermes. No. No lo sabes. Yo en desvelo,
y tú, inocente, duermes bajo el cielo.
Tú por tu sueño, y por el mar las naves.*

*En cárceles de espacio, aéreas llaves
te me encierran, recluyen, roban. Hielo,
cristal de aire en mil hojas. No. No hay vuelo
que alce hasta ti las alas de mis aves.*

*Saber que duermes tú, cierta, segura
—cauce fiel de abandono, línea pura—,
tan cerca de mis brazos maniatados.*

*Qué pavorosa esclavitud de isleño,
yo insomne, loco, en los acantilados,
las naves por el mar, tú por tu sueño.*

El otro poeta escogido por Luis Alberto de Cuenca es Dionisio Ridruejo a quien le publica un soneto, muy bello, dedicado a España y escrito en Rusia. Su título es: *España toda aquí, lejana y mía*:

*España toda aquí, lejana y mía,
habitando, soñada y verdadera,
la duda y fe del alma pasajera,
alba toda y también toda agonía.*

*Hermosa sí, bajo la luz sin día
que me la entrega al mar sola y entera:
campo de la serena primavera
que recata su flor dulce y tardía.*

*España grave, quieta en la esperanza,
hecha del tiempo y de mi tiempo, España,
tierra fiel de mi vida y de mi muerte.*

*Esta sangre eres tú y esta pujanza
de amor que se impacienta y acompaña
la fe y la duda de volver a verte.*

Citábamos anteriormente al poeta peruano César Vallejo nacido en Santiago de Chuco de padre español y madre india. Murió en París lugar donde residió durante quince años. Su obra poética está reunida en cuatro títulos: *Los heraldos negros* (1918); *Trilce* (1922); *Poemas humanos* (1938) y *España, aparta de mí esta cáliz* (1938). El segundo título *Trilce*, pasó casi inadvertido cuando fue publicado y es a la edición española divulgada en 1930 a la que debe su reconocimiento. Apareció en Madrid con prólogo del siempre flaco, flaquísimo como un Greco, del comunista José Bergamín y un poema del falangista Gerardo Diego. Esta segunda edición se debe a la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones gestionada por Juan Larrea y Gerardo Diego a quien el poeta peruano dedica un ejemplar: *Para Gerardo Diego, con el abrazo fraternal y admirativo de César Vallejo. Madrid, enero de 1931*. Esta nueva edición sirvió para descubrir al poeta peruano entre sus compañeros españoles de generación con los que más tarde haría amistad y entre ellos no faltaron muchos de los poetas falangistas. De César Vallejo es este poema:

*Al borde de un sepulcro florido
trascurren dos marías llorando,
llorando a mares.*

*El ñandú desplumado del recuerdo
alarga su postrera pluma,
y con ella la mano negativa de Pedro
graba en un domingo de ramos
resonancias de exequias y de piedras.*

*Del borde de un sepulcro removido
se alejan dos marías cantando.*

Lunes.

XII. “CARA AL SOL”

Y son precisamente esos falangistas, algunos amigos de Vallejo, los que participarían con José Antonio en la letra del himno *Cara al sol*. Por eso, no sería muy aventurado pues, afirmar que es muy posible que de los distintos himnos escritos para otros partidos políticos, al menos aquí en España, hayan participado tantos poetas como participaron en la letra del himno falangista. Nos lo cuenta muy bien el poeta y escritor Agustín de Foxá. José Antonio había prometido que un día Falange Española tendría su himno y sería el poeta de las primeras horas José M^a Alfaro, uno de los más entusiastas de la idea, el primero que comenzó a componer y destruir estrofas:

¿Te acuerdas, José María, de que aquella que escribiste, de amarga profecía, que yo quise incorporar a nuestro himno no nacido?

*¿Dónde está el Capitán... Nadie lo sabe;
Del Arlanzón al Duero se ha perdido.*

En la casa del Marqués de Bolarque, en aquel cuarto de música, en aquel cuarto de música de suave penumbra con exangües mascarillas en yeso de los grandes maestros alemanes, Juan Tellería tocó una tarde una canción alegre y decidida; Bolarque y Miquelarena hicieron unos proyectos de estrofas.

Días después fuimos a cenar con José Antonio a “Or-Kompón”, restaurante vasco situado en la calle de Miguel Moya.

Era una especie de cueva con acuarelas de Guipúzcoa en los zócalos, carros de bueyes rojos con lana sobre el testuz, caseros de boina, frontones, maizales y curas con paraguas bajo los cielos plumizos de Loyola.

Estábamos, además de José Antonio, el maestro Juan Tellería, Luis Bolarque, Pedro Mourlane Michelena, Rafael Sánchez Mazas, José M^a Alfaro, Agustín Aznar y Dionisio Ridruejo.

El tema de la conversación aquella noche fue el teatro y la música. Se comentó "El joven piloto", zarzuela de Luis Bolarque y de Jacinto Miquelarena.

Había gran jaleo de vasos; los mozos trajeron chacolí, sidra y bacalao; alguien dijo:

–Vamos a hacer una sangría.

Después de la cena el maestro Tellería se puso al piano. Tocaba pasodobles y tangos.

–Oye; toca eso que hiciste el otro día.

Sonó una música enérgica, alegre y guerrera.

–¿Te gusta, José Antonio?

–Está bien. ¿A ver cuántos poetas hay aquí?

Nos contó, añadiendo

–Vamos a hacer un himno para que lo canten los chicos.

Un mozo trajo unas cuartillas y nos desperdigamos por las mesas.

Bolarque, con su fino oído musical, hacía los "monstruos", es decir, las estrofas sin sentido que llenaban la música y que luego había que sustituir con otras poéticas. Recuerdo que uno de ellos era:

Adiós, adiós, el Capitán se va.

Hecho sin duda, bajo la influencia de la desoladora estrofa de José M^a que ya hemos citado.

Trazó el plan José Antonio.

–Nuestro muchachos exigen una canción alegre, de guerra y amor, pero exenta de odio. No ha de ser engolada ni solemne. En la primera parte debemos hablar de la novia; luego, de la muerte, haciendo una alusión a la guardia eterna de las estrellas, y después algo sobre la paz y sobre la victoria.

–Con su voz caliente, un poco nasal, nos recitó media estrofa que ya traía pensada:

*Traerán prendidas cinco rosas,
Las cinco flechas de mi haz.*

El músico, despeinado, golpeaba las teclas. Yo escribía en una mesa entre las migas de pan y las peladuras en espiral de la fruta. Quise poner un arranque brioso:

*De cara al sol con la nueva camisa
Que me bordaste ayer.*

José Antonio y Rafael Sánchez Mazas hicieron algunas modificaciones. Se suprimió la preposición *de* y se puso *camisa nueva* por necesidades de la rima. En el segundo verso se añadieron las palabras *tu*, que daba energía y perfilaba la idea de la novia, *en rojo* porque resultaba corto este verso.

Hubo una larga pausa. Todos meditaban sobre las cuartillas y algunos mordían el lápiz y miraban al techo. Al fin se nos cercó Dionisio Ridruejo leyéndose un papel arrugado. Había modificado una idea y un verso de José Antonio y añadido el verso completo.

*Volverán banderas victoriosas
Al paso alegre de la paz.*

No fue tan fácil capturar el adjetivo *alegre*. En los primeros papeles (que Bolarque conservó hasta la revolución) aparecían tachados los adjetivos *recio* y *fuerte*.

No recuerdo exactamente quién lo propuso. Únicamente sé que cuando quedó flotando en el aire, hicimos el ademán de cogerlo con la mano. Eso era. Alegre tenía que ser el paso de la paz.

–Eso, eso es, magnífico.

–Aznar, que vigilaba la puerta, preguntó por José M^a.

–Está arriba en la barra. Voy a buscarle.

No salía la segunda estrofa. A mí me resultaban barrocos todos los intentos basados en centurias formadas sobre nubes y desfiles pálidos de muertos.

Bajó Alfaro y nos recitó la estrofa de la sonrisa de la primavera.

*Volverá reír la primavera
Y será la vida, vida nueva.*

Eran las dos y media de la madrugada. Encendí un pitillo; algunos querían marcharse, pero Agustín Aznar y Luis Aguilar vigilaban la puerta.

–De aquí no sale nadie.

Campanudo y taciturno, Pedro Murlane, el canciller, como lo llamaba José Antonio en las cenas de Carlomagno, tachaba con una línea de lápiz el segundo verso, que ya no iban a repetir los camaradas, y escribía con letra menuda encima unas palabras. Preguntó:

–¿No os gusta más esto?

Que por cielo, tierra y mar se espera.

Todos aprobamos unánimes y le felicitamos.

José M^a Alfaro acababa de encontrar la gran palabra decisiva, la promesa del amanecer de España. Escribió al lado de José Antonio:

*¡Arriba, escuadras, a vencer
Que en España empieza a amanecer!*

Impaciente, propuso Bolarque:

–Aunque el himno está incompleto vamos a cantarlo.

José Antonio se frotaba infantilmente las manos y nos agrupamos todos alrededor del piano.

Se abrieron los primeros compases. Comenzamos a cantar. La música sonaba vibrante; eran voces juveniles que invocábamos a la muerte y a la victoria; nos poníamos firmes inconscientemente y levantábamos el brazo.

Era que estaba allí el himno arrebatándonos, sorprendiéndonos a nosotros mismos, vivo ya, independiente, desgajado de sus autores.

En los ojos de José Antonio brillaba una luz de entusiasmo velada por una ligera tristeza. Le parecía escuchar en la apartada calleja las pisadas rítmica de sus camaradas que marchaban hacia un frente desconocido. Y se imaginó a sus mejores, pronunciando moribundos en la tierra, en el mar y en el aire, aquellas palabras que hacía unos minutos sobre el papel no eran nada y que ya no pertenecían a los poetas.

Comentaba José Antonio, todavía enardecido:

–Ha quedado estupendo.

Añadía:

–Le haremos cantar en la calle de Alcalá con acompañamiento de pistolas.

Exaltábale Rafael:

–Esto es lo bueno, lo popular, los consonantes fáciles: *lleva con nueva*.

Aludía a los dos versos de la primera estrofa.

Flotaba sobre las mesas el humo denso de los pitillos. Salimos de “Or-Kompón”. Hacía frío aquella noche. Subimos por Alcalá, entre faroles, lavantándonos los cuellos de los abrigos.

Al día siguiente en el despacho de mi padre –espadas, cotas de malla, viejos libros ilustrados por Gustavo Doré– encontré yo la estrofa de los caídos. José Antonio había interpretado poéticamente el más allá por medio de las estrellas. Fui fiel a su idea; pero, por razones métricas, escribí en lugar de estrellas, *luceros*. Me quedó así la estrofa:

*Si caigo aquí, tengo otros compañeros
Que montan ya la guardia en los luceros,
Impasible el ademán,
Y están
Presentes en nuestro afán.*

Fui por la noche a buscar a José Antonio y se la leí. Como la estrofa resultaba corta con relación a la música, añadió él estos tres versos:

*Si te dicen que caí,
Me fui
Al puesto que tengo allí.*

Le hice un reparo.

Dos veces *caí* no me gusta.

–Tienes razón.

Entre los dos la modificamos y escribimos:

*Formaré junto a mis compañeros
Que hacen guardia sobre los luceros.*

Acabábamos de hacer la Canción de la Falange. Bajamos los dos por la calle de Olózaga y me despedí de José Antonio. Tardé varios días en volverle a ver. Por la Gran Vía pasaban grupos de gentes que salían del Cine Avenida donde acababa de estrenarse la película titulada “La Bandera”.

Había neblina en torno a los faroles.

Todo esto sucedía exactamente el cuatro de diciembre del año 1935.

Finalmente, el himno que, a partir de ese momento, cantarían muchos españoles, algunos de corazón y otros para medrar, quedó de la siguiente manera:

*Cara al sol con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer
me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver.*

*Formaré junto a los compañeros
que hacen guardia sobre los luceros,
impasible el ademán,
y están presente en nuestro afán.
Si te dicen que caí,
me fui
al puesto que tengo allí.*

*Volverán banderas victoriosas,
al paso alegre de la paz
y traerán prendidas cinco rosas,
las flechas de mi haz.*

*Volverá a reír la primavera,
que por cielo, tierra y mar espera.
¡Arriba, escuadras, a vencer,
que en España empieza a amanecer!*

No se sabe en qué momento comenzó a cantarse este himno falangista. Es de suponer que no pasarían muchos días desde la fecha que nos señala Agustín de Foxá. Las elecciones de febrero del 36 estaban cerca y es posible que en alguno de los mítines que tenían lugar por la geografía española comenzaran a cantarlo. Al poco tiempo vino el autoritario encarcelamiento de José Antonio y es lógico deducir que él con sus jóvenes falangistas lo interpretaran más de una vez antes de entrar en la cárcel de donde no saldría jamás, solamente muerto.

Pero sí se sabe cuando se escuchó por primera vez grabado en disco. Lo cuenta la santanderina Concha Espina, Premio Nacional de Literatura 1926 y Premio Nacional Miguel de Cervantes 1940, que con su recio estilo ha trasladado con gran fidelidad la pasión, el paisaje y los tipos cántabros-castellanos a sus famosas novelas. Del mayor de los Machado habla en su novela a él dedicada que tituló: *De Antonio Machado. A su grande y secreto amor*. La novelista se puso a imaginar cómo sería la extraña mujer, dueña de una felicidad y de una historia. Pronto inventó los rasgos materiales de la dama feliz, trascendida desde la realidad a la leyenda por sortilegios del amor, glorificada por Antonio Machado, oculta y radiante a un tiempo. Y le puso nombre a la enamorada: la llamó Guiomar, puesto que Machado así la llamaba: ...*¡Siempre tú! / Guiomar, Guiomar, / mírame en ti castigado: / reo de haberte creado, / ya no te puedo olvidar...*

Decíamos que Concha Espina relata, en una de sus obras, *De la Guerra (Valencia en Europa)*, que el mecenas valenciano Rogelio García Castelló, fue quien financió la primera grabación del *Cara el sol*. Se grabó en Alemania en los primeros meses de la guerra civil y un español, Juan Llosas, residente en aquel país, instrumentó la música dirigiendo una banda alemana de Aviación. Después fue en Burgos donde resonó por primera vez el himno falangista. Concha Espina escribió muchos versos y no podía faltar el que le dedica a José Antonio que tituló *Como un mártir primitivo*:

*Cayó en la arena inflamada
como un mártir primitivo,
de azul camisa bordada
y es un muerto siempre vivo
con la mano levantada.*

*Gallardete de señales,
abierta extendió al viento
de los sueños imperiales
que de una flor daban ciento
en la mies de los rosales.*

*Semilla de precursores,
en José Antonio madura
la estirpe de los mejores,
dardo prendido en la altura,*

ramo de yugos y flores.

*Así el héroe su cosecha
en España centuplica;
su pregón es una endecha
y una campana repica
al vuelo de cada flecha.*

XIII. LUYA SANTA MARINA Y OTROS

Dicen que tenía mirada de águila real y silueta de monje y guerrero, así al parecer era el poeta Luys Santa Marina que fue, sin lugar a dudas, uno de los que mejor comprendió a José Antonio y cuando lo recuerda dice que entró en él más por el corazón que por el cerebro; convenciéndolo siempre con aquella cordialidad tan suya, tan española, aquel compartir el peligro y el pan con su gente. Luys Santa Marina era un hombre bueno, gran escritor –«Autor de regusto clásico y de agilidad moderna», dice de él Gerardo Diego– y fundador de la revista *Azor* donde colaboró el novelista, autor teatral, crítico y poeta Max Aub, gran amigo suyo, quien desde el exilio un día reflexiona diciendo que cuando él se muera «¿quién se recordará de tantas noches? ¿Luys Santamarina?». Y efectivamente, Max Aub fallece en su exilio de México el 22 de julio de 1972 y Luys Santa Marina publica *Adios a Max Aub* en la revista *Azor* (octubre a diciembre 1972). Asimismo Santa Marina es el autor de libros como *Cisneros; Tras el águila del César; Retablo de Reina Isabel; La vida cotidiana de nuestros clásicos, etc.* El escritor Sebastián Juan Arbó, ganador de varios premios literarios, también dice de él que fue el que después de la guerra civil española más hizo por los escritores catalanes salvando a muchos de ellos de la muerte y la persecución. Escribió asimismo Santa Marina una biografía del fundador de Falange que titula *Hacia José Antonio* donde recoge, en una de sus páginas, lo que hacía años había querido concretar, era una especie de lucha interior que él resume con lo que llamó: «Estos ásperos versos»:

*Mucho nos enseñó. Fue lo primero
juntar los derramados por el suelo
sagrado, en escueto haz –acero y vuelo–
desdén por todo lo perecedero.*

*Y nuestro amargo barro y altanero
aceptó el arduo yugo, y el desvelo
de la noche estrellada, y el anhelo
de abnegación con hito de lucero.*

*Y pasó el tiempo eterno y breve. Un día
subió a lo alto a contemplar España
total, inmensa –solana y umbría–.*

*Y con su fin transustanció la huraña
y señera soberbia en temple ardiente,
a la obediencia o mando diferente.*

Luys Santa Marina fue siempre fiel a José Antonio y junto con otros intelectuales falangistas como Luis de Caralt y Martín de Riquer lo recordaban en las tertulias nocturnas del Lion d'Or, donde también asistían Guillermo Díaz Plaja, Samuel Ros, José Jurado etc. Quedaban todavía corazones, corazones rotos muchas veces, que llevó al poeta, en homenaje a José Antonio, a escribir este verso que tituló *El tenaz recuerdo*:

*Pasa el tiempo, los días sucesivos
cenicientas oleadas son de niebla
que quieren alejarle de nosotros...*

*Pero es inútil queda su palabra,
su palabra moviendo los cerebros
o los curtidos, viejos corazones.*

*No murió; le sentimos vigilante
en los peligros y malaventuras;
se cruza con nosotros por las calles
y le vemos tendido en las montañas
—piedras, encinas y cielos inmensos—.*

*Nada, es inútil, no murió... ¿qué importan
razonamientos de vuelo ratero?
Vive, está con nosotros, cada día
mira el radiante amanecer de España.*

Crítico literario falangista y licenciado en Derecho fue Gaspar Gómez de la Serna, cuya firma aparece en muchas publicaciones de su época como el periódico *Arriba* y la revista *Alcalá*. Fue fundador y director de la revista cultural *Clavileño*. En 1963 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura por su libro *Ramón, obra y vida*. Es autor de *España en sus Episodios Nacionales*, donde compara las novelas de autores falangistas de la generación del 36 sobre la Guerra Civil con las novelas históricas de Valle-Inclán, Galdós, Pío Baroja. También de *Cartas a mi hijo*, *Viajes a las Castillas*, *La pica en Flandes*, etc. Cultivó pues, el periodismo, el ensayo, la poesía la novela y el libro de viajes. A José Antonio le dedica un poema que titula *El relevo del alba*:

*Qué camino de escarcha, tu camino,
aromado de mar de madrugada
en la llama votiva de los cirios.
Qué implacable vigilia de esperanza,
José Antonio, tu nombre, en el relevo
de la noche aterida que se acaba...
«... Al hombro azul del caminar despierto
pasa y vence la luz con que renueva
su tierno afán de servidumbre el cielo...»
¡Y este clamor anónimo en la tierra
que presente de ti, de ti responde
en tu ronda de eterna caminera!
¡Y este pisar castrense de los hombres
con tu paso de paz y de batalla
que repica en la tierra como el bronce!
¡Y este pasmo de hierba atarazada
en la ingenua mudanza del sendero...!
¡Y esta vela de vientos que te guardan!
¡Todo el tránsito azul al día nuevo
para ti, José Antonio! ¡Y la promesa
de mirar y morir hacia lo eterno!
De sentir otra vez, cada alba nueva,*

*este mismo fervor que hoy con tu peso
en el hombro nos alza su bandera;
renovar, otra vez, rito y silencio
con esta misma plenitud de ahora,
y en este mismo pergeñar de incienso.*

*A este tránsito eterno de las sombras,
otra vez volveremos, José Antonio,
por el hábito antiguo de tu escolta.
Y el limpio amanecer que escuchó el voto
aún tendrá guardia en el difícil trance
del futuro sin ti, perplejo y solo.
Y nuestro grito vivirá en el aire,
más allá del recinto del Imperio,
donde queda la norma de tu imagen...*

Federico de Urrutia formaba parte del círculo más exterior de la corte de poetas de José Antonio. Era periodista y en 1938 escribe un libro titulado *Poemas de la Falange Eterna*, prologado por el también periodista Manuel Halcón -director que fue de *FE* y de *Vértice*- que afirma que Urrutia por español es romancero. Cuando la lengua española se hace carne deja tendido al latín el cordón epicolírico del romance. De haber sido pobre, hubiese sido también ciego de romance. Hubiese tenido de falso lazarillo un perro de agua blanco con lunares negros. Fue Federico de Urrutia, para Manuel Halcón, un gran poeta. El supo escribir estos romances de caballería: *¿Dónde estará aquella novia / que en los senos ocultaba / mi pistola de escuadrista, / cuando en la calle asustada / las Hoces y los Martillos / por las esquinas rondaban? / ¿Dónde están aquellos ojos, / espejo de mi esperanza? / Sus ojos de verde llanto / los ha devorado el alba. / Cayó en la Casa de Campo / por mi amor asesinada, / perfumada de encinares / y brisas de madrugada. / La mataron porque era / falangista y me adoraba, / cinco fusiles del odio / que en su pecho me buscaban... / Mi nombre se hizo lamento / al salir de su garganta /...Y nadie cerró sus ojos /... y nadie sintió sus lágrimas...* Para el profesor Manuel Parra Celaya en un artículo inédito cuando escribo estas líneas, y que tuvo la gentileza de enviarme antes de su publicación dice, entre otras cosas, que la influencia del Federico García Lorca del *Romancero Gitano* sobre este poeta falangista «me parece evidente, a poco que se lean los *Poemas de la Falange Eterna* de este último. Urrutia aparece, en mi opinión, como un poeta lorquiano, tanto en los aspectos de contenido como en los recursos formales de su poesía, mucho más allá de lo que podían interpretarse como característica comunes entre poetas de la Generación o Grupo Literario del 27».

Mensaje a José Antonio, es el título de su poema dedicado al fundador de Falange:

*¿Dónde fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

*Todas las noches rezando
con los rosarios del sueño,
les pregunto a las estrellas
si estás vivo o si estás muerto.*

*Cuando sufrías la ira
de tu dolor prisionero
y en la noche de la Guerra
nos acariciaba el fuego
y marchaban tus legiones
hacia horizontes eternos*

*y atravesaban cantando
mares de plomo y acero
y las mujeres lloraban
—espanto en los ojos negros—
¿Quién profanó tu camisa
sobre el bronce de tu pecho?*

*¿Dónde fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

*¿Por qué no acaba tu ausencia?
¿Quién encadenó tus nervios?
¿Cuántas veces te han herido
en el corazón abierto?
¿En qué catacumbas frías
encarcelaron tu cuerpo?
¿En qué rincón nos esperas
de Luz y Laurel cubierto?*

*¿Dónde fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

*Si ya tu alma de Profeta
montó su guardia en el cielo,
impasible el ademán...
desciende de tu lucero.
Como un Arcángel azul
baja a la Tierra un momento
para decir, José Antonio,
si estás vivo o si estás muerto.*

*España te está esperando
con tus banderas al viento.
Y pregunta a las estrellas
con los rosarios del sueño:*

*¿Dónde fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

Ernesto Burgos es el autor, en 1938, de un extenso poema, dividido en tres partes «Patria», «Pan», «Justicia» más uno corto titulado «Envío». El profesor de Literatura Española, Julio Rodríguez-Puértolas, considera este poema de «altos vuelos» y su título es, *Balada del Ausente*:

I. Patria

*José Antonio, silente y señero profesor de ausencia
está loco de amor por España y es tal su demencia,
que ha salido a gritar «¡Aleluya!» por duros caminos,
y se deja la piel y la entraña por zarzas y espinos.
Han bajado a morderle chacales de la negra duna,
y los canes mezquinos le ladran igual que a la luna.
De lugar en lugar, lapidado, maltrecho y contento,
va lanzando a los aires el ascua de su pensamiento:*

*«¡Juventud...! ¡Portadora fragante de eternos valores...!
 ¡Por España...! ¡Arriba...! ¡Cerremos con los ofensores...!
 ¡A la gloria prometo llevarte, que siento en la mano
 la llamada secreta y ardiente de un puesto lejano...!»*
*José Antonio, silente y señero profesor de ausencia,
 está loco de amor por España y es tal su demencia,
 que ha dejado la paz laboriosa de un vivir profundo
 por alzar la bandera poética más bella del mundo,
 libertar a la Hermosa durmiente de su cautiverio
 y llevarla de nuevo a la pompa triunfal del Imperio.*
*A su paso los pámpanos crecen, el trigo germina,
 el capullo revienta y vuelve la fiel golondrina.*
*Los luceros, atentos, rebrillan; prende el entusiasmo,
 y repica un rumor en la noche con lírico pasmo:*
*«José Antonio, silente y señero profesor de ausencia,
 está loco de amor por España...¡Sublime demencia...!»*

II. Pan

*Como Cadmo, lo mismo que Hércules, igual que Sigfrido,
 José Antonio renueva la fábula del dragón vencido,
 de la hidra de hálito hediondo y horrible mirada
 que dilata sus alas inmensas cuando es atacada;
 del reptil que, iracundo, despide fuego por la boca;
 de la sierpe que asola, emponzoña, disgrega y disloca.*
*La que cruza los páramos fríos durante el invierno,
 la que ha visto Virgilio en las mismas puertas del Averno;
 la que masca las secas raíces, los frutos menguados;
 la que implica en el arte cristiano los siete pecados,
 la que rápidamente se torna en trágico enjambre,
 la que tiene este nombre terrible y horrisono: Hambre.*
*Como Cadmo, lo mismo que Hércules, igual que Sigfrido,
 José Antonio renueva la fábula del dragón vencido.*
*Ha frotado su piel con la sangre del monstruo temible
 por guardarla de halagos alevos y hacerla insensible.*
*Caballero en su noble pobreza el héroe galopa,
 y es su veste, color lapislázuli, armadura y hopa.*
*En la lucha cobró con sus dientes amargor de entrañas
 que revela el oculto leguaje de las alimañas,
 la agria ciencia que explica el enigma, alumbra el arcano
 y devuelve la hidra caída al linaje humano.*
*Como Cadmo, lo mismo que Hércules, igual que Sigfrido,
 José Antonio renueva la fábula del dragón vencido.*

III. Justicia

*«¡José Antonio!!» el silbo del viento clama de continuo.
 «¡José Antonio...!» el eco suspira con temblor de trino.*
*Sembrador que, esparciendo semilla salvaste la altura,
 ya está España despierta y te busca por tu sembradura.*
*A la luz emotiva del alba que tú presentías,
 y al compás de los versos de hierro que tú preferías,
 va hacia ti con el paso resuelto, la risa en los labios,
 y un cortejo de apóstoles, mártires, atletas y sabios,*

*a entregarte, vibrante y dichosa, la efusión de su alma
y el laurel de las claras victorias: el cetro y la palma;
a poner en tus manos llagadas con torpe sevicia,
como en cáliz de bronce que se unge, óleo de justicia.
«¡¡José Antonio...!!!» el silbo del viento clama de continuo
«¡José Antonio...!» el eco suspira con temblor de trino.
¿Dónde estás, amador vehemente de la ciencia gaya,
que no envías mensajes de fuego desde tu atalaya?
¿Tras qué muros espesos te encuentras que no ves, latente,
al corcel de tus sueños que tasca el freno, impaciente?
Las sirenas se invocan por todos los mares de España
te reclaman cernidas las águilas sobre la montaña;
y la magna turquesa del cielo, tu azul testimonio,
encendida, parece que grita también: «¡José Antonio!...»
«¡¡José Antonio!...» el silbo del viento clama de continuo.
«¡José Antonio!...» el eco suspira con temblor de trino.*

Envío

*José Antonio, silente y señero profesor de ausencia:
pues estás, sin estar, dondequiera, de amor en tu ciencia,
de esa luz misteriosa y fecunda, de brillo esotérico,
que, abrasando los ojos, estalla en el verso homérico;
de ese fuego inmortal que en Aquiles se inflamó el destino
para hacer esplendente y glorioso su breve camino;
de ese amor que en Licurgo, el ausente precursor genial,
se hizo núcleo y fue para Esparta substancia espinal.*

XIV. 11 POEMAS DE JOSÉ ANTONIO Y UN ESCRITO

En el año 2001 se publicaba un libro biográfico del pintor falangista Alfonso Ponce de León escrito por el poeta malagueño Rafael Inglada. El pintor había sido asesinado en 1937, y, como llegó a escribir de él el poeta Dionisio Ridruejo: «Cuando ya las cosas estaban muy avanzadas, solía acercarse a su casa silbando el himno falangista y seguramente no dejó de silbarlo hasta que se lo llevaron al muro». Apenas un año más tarde de aparecer esta biografía su autor, el poeta malagueño, edita los *11 poemas de José Antonio Primo de Rivera* y en su introducción comienza con estas certeras palabras: «Los hombres y los nombres, al azar de la Historia, y la incertidumbre de la posteridad, quedan unidos a una faceta única de lo que fueron vidas que –por su esencia misma– conllevan la multiplicidad, la diversidad de intereses y labores, de pasiones y vocaciones. Así sucede con José Antonio Primo de Rivera (Madrid, 1903-Alicante, 1936), reducido a una tarea pública por ser la más notoria y la que mayor trascendencia tuvo».

Y el poeta sigue escribiendo: «Reducir, entonces, como a menudo se ha hecho, una figura como la de José Antonio, tan rica en matices, a una sola faceta –la política–, es no sólo injusto sino, incluso y sobre todo, inaceptable y opuesto a la verdad. Es pues, ésta, una ocasión adecuada para rescatar el que acaso sea el aspecto, por desconocido menos apreciado, de la vida múltiple del aquél que fuera llamado El Ausente: el de su producción poética –paralela a otros afanes, de los que aquí, por ya divulgados, prescindimos–, producción de la cual sus más allegados amigos tuvieron constancia...».

Por todas estas razones quiso Inglada hacer la edición con los once poemas conocidos de José Antonio que tuvo buena acogida en alguna prensa. Todavía el diario madrileño *Abc*, a través del escritor José Infante, hacía una breve alusión a estos poemas casi un año después de ser editados, en un artículo dedicado al gran pintor Picasso de quien Rafael Inglada está escribiendo

una nueva biografía ya que tiene publicada otra sobre los escasos diez años que el niño Pablo Picasso vivió en su tierra natal y su paso por La Coruña y Barcelona, cuyo título es *Picasso. Antes del azul (1881-1901)*, y de la que también hace referencia José Infante. Y ya que hemos citado al gran pintor malagueño quiero recoger lo que sobre él y José Antonio nos dejó escrito Giménez Caballero cuando se encontraban en San Sebastián y Picasso se quejaba de la poca seguridad que el Ministerio correspondiente de España le ofrecía para traer sus cuadros y hacer una Exposición en Madrid : «Al día siguiente le presenté a José Antonio, que estaba en el Hotel Continental, y le ofreció, si triunfaba, traer sus cuadros con todo honor y seguridad. Contestándole Picasso: –El único político español que habló de mí elogiosamente como gloria nacional en un artículo publicado en Norteamérica fue su padre, el general Primo de Rivera».

Pero volvamos a los poemas algunos de los cuales ya estaban publicados por Agustín de Río Cisneros, recopilador por excelencia de toda la obra del fundador de Falange. Otros se pueden leer en otras publicaciones, pero lo cierto es que la edición de Rafael Inglada es la primera donde aparecen juntos los once poemas que el biógrafo Felipe Ximénez de Sandoval ya los había encontrado llenos de encanto y compuestos con arreglo a las normas líricas de la época, recordándonos al mismo tiempo la admiración que José Antonio tenía por los poetas Rafael Alberti, Federico García Lorca, Pedro Salinas, etc. De todas las maneras en una entrevista que la periodista Pilar Urbano a Pilar Primo de Rivera en la revista *La Actualidad Española* el 13 de enero de 1975 se recogía un poema que José Antonio había escrito en 1920 y que titulaba *La majestad augusta del mar potente*, por lo que los poemas atribuidos al fundador de Falange y encontrados hasta la fecha son 12 y que son los que siguen

YA LA NOCHE...*

*Ya la noche... Cuánto tarda
en volver el mensajero
que envié con una carta
para el Abad del convento.
De fijo que Fray Clotardo,
que fue mi sabio maestro...*

* Fragmento inicial de la adaptación versificada de la novela histórica de Cánovas del Castillo: *La Campana de Huesca*, que José Antonio escenificó y dirigió con actores infantiles cuando apenas tenía diez años. «Recuerdos de Nieves Sáenz de Heredia».

LA PROFECÍA DE MAGALLANES*

*El mar estaba inquieto, el cielo oscuro
por nubes cenicientas apagado,
con fulgor inseguro,
empezaba a asomarse la alborada;
cerrando los confines de Occidente,
brotaban de las sombras lentamente
las titánicas cumbres de los Andes,
y en toda su hosquedad Naturaleza
mostraba la magnífica fiereza
con que sabe vestir los hechos grandes.*

*Y entre esa majestad, sobre las olas
que el continuo vaivén tornaba pálidas
las cuatro carabelas españolas
se alzaban atrevidas y gallardas;
sobre la inmensa superficie solas,*

*las quillas en el mar, la enseña al viento
lanzaban en su arrojito un desafío
al oscuro nublado, al mar bravío,
al ígneo rayo y al ciclón violento.
¡Jamás ante el poder de un elemento
temblaba aquella Raza de titanes!
Hasta el mar cuando fiero se alborota
humilla su poder ante una flota
como aquélla de Hernando Magallanes.*

*Él era su Almirante. Sobre el puente
de la nave izadora de la enseña
iba el bravo marino, alta la frente,
la mirada aguileña
escrutando orgullosa el Occidente:
es que allá, separados los pilares
que forman la gigante cordillera,
dejaban paso abierto hacia otros mares,
es que la audaz quimera
que en su mente genial alentó un día
ante la faz de la Creación entera
proclamando su gloria se cumplía...*

*Magallanes habló; sus ojos de ave
brillaban encendidos de entusiasmo,
los bravos marineros de la nave
le escuchaban hablar, mudos de pasmo,
y aun las nubes que en lo alto se cernían,
y hasta el agua sin fin del mar Atlante
absortas parecían
escuchando la voz del Almirante.*

*—¡Ya es hora! —dijo—. ¡Un mundo nos espera
tras del que hoy se divide a nuestro paso!
¡Sigamos nuestra ruta aventurera
por los mares ignotos al acaso!
Es infinito el mar, la vida corta,
nuestro poder, pequeño,
¡pero no os arredréis! ¿Qué nos importa
que se acabe la vida en el empeño?
¡No importa que muramos! Las estelas
que dejan nuestra raudas carabelas
jamás han de borrarse; por su traza
vendrán para buscar nuevos caminos
otro bravos marinos
de nuestra Religión y nuestra Raza;
de España y Portugal, la raza ibera
cuyos hijos, unidos como hermanos,
a la sombra van hoy de una bandera;
portugueses e hispanos,
bogamos juntos tras la misma suerte...
Españoles, ¡quién sabe si algún día
se unirá vuestra Patria con la mía
en un lazo de amor eterno y fuerte!*

*Calló; todos callaban
de solemne estupor sobrecogidos;
los bravos corazones palpitaban
con rápidos latidos,
y tendiendo los brazos a Occidente,
por donde un nuevo mundo aparecía,
el marino vidente
acabó la asombrosa profecía:*

*–Esas costas y esotras cordilleras
también serán iberas
cuando naves de Iberia con sus quillas
surquen aquel Estrecho que allí asoma;
desde las dos orillas
les darán parabienes en su idioma...
¿Qué importa nuestra muerte si con ella
ayudamos al logro de este sueño?
Si la muerte es tan bella,
¿qué importa sucumbir en el empeño?...
¡Adelante hijos míos!
–gritó transfigurado, el Almirante–.
Y los cuatro navíos
temblaron a las voces de: –¡Adelante!...*

*Hincháronse las velas;
en el mástil derecho
la enseña tremoló, las carabelas
embocaron las audaces el Estrecho...
Y entonces, estallando de repente
la fiera tempestad que amenazaba,
rugió por los espacios imponente
cual monstruo colosal que se destraba;
aullaba el huracán, el mar bramaba
alzándose feroz en ronco estruendo
y la Creación entera parecía
que presa de pavor es estremecía
ante el empuje del ciclón tremendo.*

*¡Era un himno triunfal que nubes y olas
con su música fiera
cantaban a las naves españolas,
embajadoras de la Raza Ibera!*

* Transcrito de *Raza Española*. Revista de España y América. Año IV, Núm. 37. Enero 1922. Directora: Blanca de los Ríos.

ARRAIGASTE EN MI ESPÍRITU SEGURA Y SUAVEMENTE

*Arraigaste en mi espíritu segura y suavemente,
como en las tierras vírgenes arraigan los rosales.
Me llenaste del todo, como llena el ambiente
el perfume de un ánfora que se vierte a raudales.*

*En el templo callado de mi alma adolescente
sólo en tu altar ardían las ofrendas rituales,
y era mi amor un culto tan hondo y tan ferviente
que nunca osó siquiera brotar en madrigales.*

*Después fueron pasando los años y las cosas,
se marcharon los lirios y se ajaron las rosas,
y dejó cada invierno su rastro de dolor.*

*Pero el rosal de antaño que muerto parecía
está tan arraigado, tan hondo todavía
que entre sus ramas secas aún brota alguna flor.*

POEMA ÍNTIMO*

*II.– Vivamos en el mundo,
pero tengamos nuestro mundo aparte
en un rincón del alma.*

*Un mundo nuestro
donde tus horas y mis horas pasen
íntimamente, luminosamente,
sin que nos turbe nadie.*

* Dice el recopilador Agustín del Río Cisneros, que este verso fue «tomado al oído, por Julián Pemartín, quien nos la ha proporcionado para esta antología».

BRINDIS*

*Hemos bebido el sol disuelto en vino,
y sangre de claveles en gazpacho;
a un fauno viejo, vigoroso y macho
he tenido en la mesa por vecino.*

*Don Pedro es andaluz “sonoro y fino”,
y siempre que pronuncia un dicharacho
tiene risas alegres de muchacho
y experiencias de viejo libertino.*

*Al final el mantel se abrió en heridas
y cayeron las rosas encendidas
sobre las caries de la tabla vieja,*

*y entre el perfume ardiente de las rosas
escanciamos los besos de las diosas
en las copas de vino de Orbaneja.*

* Transcrito por Jaime Suárez en «Estafetea Literaria» de Madrid, enero de 1946. El soneto apareció en el dorso de una minuta del restaurante “El Duque de É. Madrid”, 19 de junio de 1925. Existe otra versión –dice Inglada– hallada en los «Papeles póstumos de José Antonio»: *Hemos bebido el sol disuelto en vino, / y sangre de claveles en gazpacho; / a un fauno viejo, vigoroso y macho / he tenido en la mesa por vecino. / Don Pedro es andaluz “sonoro y fino”, / y siempre que nos dice un dicharacho / tiene risas alegres de muchacho / y experiencias de viejo libertino. / Al final el mantel se abrió en heridas / y cayeron las rosas encendidas / sobre la caries de la tabla vieja, / y entre el perfume escanciado de las rosas/ escanciamos los besos de las diosas / en las copas del vino de occidente.*

ELOGIO*

*Hoy ha comido el Nuncio en la Embajada.
¡Bien debió de cenar su Señoría!
Pero yo por su cena no daría
la cena sin igual de esta posada.*

*¡Oh insigne sopa de ajo! ¡Oh ensalada!
¡Oh cordero que a jara trascendía!
¡Oh rubios bartolillos! ¡Oh judía
con trozos de chorizo decorada!*

*¡Oh glorioso yantar de hechuras viles!
¡Oh viña castellana y andaluza
de vinos bulliciosos y viriles!*

*¡Oh aceite venerable de la alcuza
que lo mismo alimenta los candiles
que alimenta al que come la merluza!*

* Cuenta el escritor catalán Ignacio Agustí en sus *memorias* que paseando cierto día por el Madrid antiguo, en compañía del poeta gallego Alvaro Cunqueiro, entraron en El Mesón del Segoviano puesto en boga por el snobismo de intelectuales y aristócratas. Su dueño hombre gordezuelo debía su fama y la prosperidad de su tasca a que había sido lugar de cuchipandas del general Primo de Rivera durante la Dictadura. Los dos poetas quisieron que el dueño les mostrara el álbum de firmas del lugar y, entre muchos autógrafos que podían considerar históricos, entre otros varios del general, descubrieron «esta auténtica joya literaria, autógrafa y firmada por su hijo José Antonio».

MORIBUNDO CANTOR, CADUCO Y VIEJO

*Moribundo cantor, caduco y viejo,
del mundo tristemente me despido.
Muda la lira, roto y abatido,
ya del sepulcro hacia la paz me alejo.*

*Cuando miro mi rostro en el espejo
apenas rememoro lo que es ido:
manjar bastante seco y desabrido
para festín de los gusanos dejo.*

*Sólo hay en mi recinto solitario
unos libros de preces, un rosario,
una cruz y una calva calavera.*

*Doblada en un rincón sin bazaría
me hace triste y amable compañía
mi capa, en otro tiempo aventurera.*

SOLEA*

*I.— Jardín de Paterna, el tiempo
se cayó en un pozo blanco
debajo de un limonero.*

* Miguel Primo de Rivera y Urquijo, en su libro ya citado, lo publica sin título, ofreciendo –en el último verso– una pequeña variación con respecto a ésta de su recopilador Agustín del Río Cisneros: *Jardín de Paterna, el tiempo / se cayó en un pozo blanco / debajo de un limonero.*

ENVIO A JULIAN PEMARTIN*

*Julián, hermano: desde Castilla
–hoy huérfana de reyes– donde moro
hasta esa tierra en que tu brazo brilla
tan recio cuanto tu rabel sonoro,
mi ofrenda de amistad fuerte y sencilla
llévate el dio de púrpura y de oro.*

* El envío venía en un tarjetón con orla de cinco milímetros, que ostentaba el escudo del marquesado de *Estella*, en su residencia circunstancial de Chamartín de la Rosa, provincia de Madrid. José Antonio adjuntó a su salutación un artículo de don Pedro Murlane Michelena, titulado *El dios de púrpura y de oro*. Julián tenía una mano rota a consecuencia de su intervención en una riña.

CARCELERA*

*Las rejas de esta cárcel son como una parrilla
donde se asan mis hora melancólicamente;
es estrecha esta cárcel como es ancha Castilla;
la esperanza está lejos como el sol en Oriente.*

*Oh turrón de Jijona; oh, yemas de Sevilla,
oh pavo con castañas, oh roscas de aguardiente,
oh manjares que alegran la Navidad sencilla,
¿os probará en la cárcel mi gula independiente?*

*La conjura horrible me tiene sobre un ascua,
pues si ya, por desdicha, nos hicieron la pascua,
mal será que nos la hagan en la Pascua de veras,
o que los Reyes Magos, montados en camellos,
se encuentren con que al África fuimos en busca de ellos,
no en cunas infantiles, sino en sucias literas.*

* Durante la breve estancia de José Antonio en la Prisión Celular de Madrid, a raíz de haber sido detenido por suponersele implicado en los sucesos del 10 de agosto de ese año, los detenidos ocupaban su obligado ocio componiendo un *Semanario intermitente*. La aludida publicación se denominaba *La Voz de los Arios*; la colección apareció fotocopiada en el periódico *Ellas*, que dirigía José María Pemán. El autógrafo de la Carcelera, sin firma, figuraba en el texto. José Antonio, ajeno en absoluto al golpe de mano que inspiró Sanjurjo, no tardó en aclarar su situación prescendente.

TURRIS MARMÓREA*

*Fuente en el claustro de tu torre erguida
tiene la clave de una ley secreta
en órbitas de estrella aprendida:
sabes que al fin la elipse está sujeta
a retornar al punto de partida.*

*Miguel Primo de Rivera y Urquijo, en *Papeles póstumos de José Antonio*, –dice Inglada– aclara que fue incluido entre *Guiones literarios*. Tras estos cinco versos, continúa José Antonio con un breve texto en prosa: «Al amor lo matamos muchas veces por extenuación. Cuando nos enamoramos solemos echar sobre nosotros tales esfuerzos –

cartas inacabables, conversaciones sostenidas durante horas y horas en tensión, sacrificios y pruebas desorbitadas— que un día nuestro pobre cuerpo animal llega a entrever aquello como tarea agotadora, y a apetecer —sin confesárselo— su fin como se apetece el descanso».

LA MAJESTAD AUGUSTA DE MAR POTENTE*

*La MAJESTAD augusta del mar potente
Cádiz vino a ofrendarte cuando eras niña,
te dio Jerez rumboso como presente
la luminosa gracia de su campiña,
Cuba te dio lo dulce que hay en su caña,
su fuego el sol brillante de Andalucía,
su aristocracia noble te puso España
y Dios la fe sincera que tu alma guía.*

*Y como haciendo
v ersos
merece palos,
inspirado sin duda
por el demonio,
te ofreció cuatro
ripios
cursis y malos
la destemplada
pluma de
José Antonio*

*Este poema, no recogido en libro alguno a la hora de transcribirlo en éste, fue dado a conocer por Pilar Primo de Rivera en una entrevista publicada por la periodista Pilar Urbano en *La Actualidad Española* (13.01.75: *La dimensión íntima del dictador y del Fundador*). Acompañamos a su fiel transcripción la imperfecta reproducción del original de José Antonio, escrito de su puño y letra y fechado el 13 de abril de 1920, once días antes de cumplir 17 años.

La ciudadana Muñoz
que a su marido aproveche,
me gusta más que al arroz
con leche.*

*Este corto poema fue publicado por vez primera en el libro de Santiago de Mora-Figueroa, Marqués de Tamarón, titulado *El Rompimiento de gloria* (Pre-Textos, 2003, pág. 28). Dice el autor del libro que lo escribió José Antonio tomando una copa con Camilo José Cela en el Bar Bakanik de Madrid (pág. 240).

Estos son, pues, los trece poemas que ha dejado escritos José Antonio y localizados hasta hoy. El primero de ellos no hay seguridad de la fecha en que lo escribió, pero es muy probable que hacia 1913, o sea, cuando tenía unos diez años. José Antonio, que como dejó dicho Salvador de Madariaga fue un poeta, nos lleva a reconocer que la «poesía» es lo más hermoso del Mundo. Y como han dicho y repetido algunos poetas, también la forma más alta y noble de la estética y de la espiritualidad. La misma, recreándonos, llena nuestros fines más estimados y útiles: nos conmueve, nos enseña, nos hace pensar y sentir, nos dignifica y nos hace mejores.

Y decíamos que la publicación de estos doce poemas habían tenido buena acogida en algunos medios de comunicación, por eso no podemos silenciar lo que sobre esta edición escribió el poeta y escritor sevillano Aquilino Duque que entre otros premios tiene el de haber obtenido en 1967 el de Poesía Leopoldo Panero por su obra *De palabra en palabra*. Por la misma obra se le concedió el premio Fastenrath, de la Real Academia Española, en 1972. En 1975 le conceden el

premio nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera con su obra en prosa *El mono azul*. Duque quiso referirse a la edición de Rafael Inglada con un artículo que publicó en el número 82 de la revista *Altar Mayor* que dirige Emilio Álvarez Frías, y que por su interés literario e histórico reproducimos casi íntegro. Aquilino Duque lo tituló *El tiempo y el pozo*:

El poeta malagueño Rafael Inglada, que por su calidad y otras virtudes habría merecido, de vivir en otro tiempo, figurar en la *Antología palatina*, ha tenido la feliz ocurrencia de editar, con una sobria y simpática elegancia, las once poesías que dejó José Antonio Primo de Rivera [...].

Que un poeta de «vanguardia», valga el rancio terminacho, con sus puntas y ribetes de decadente, se lance a publicar estos versos, no deja de ser una provocación en los tiempos que corren. El mérito mayor de estos versos es el de ayudarnos a conocer mejor la primera juventud de alguien que, muerto joven, alcanzaría una fama y contraería unos méritos que nunca pretendió contraer y alcanzar con la poesía. Versos de ocasión, rescatados de la minuta de un banquete, de un álbum de visitas, versos íntimos de alguien que conoce a sus clásicos pero aún no ha hallado su propia voz, no pasaría de ser una curiosidad si quien los guardó no hubiera demostrado, con su vida y su obra, tener un sentimiento poético de la existencia. Y es que en estos versos está, explícita e ingenua, la poesía implícita con la que José Antonio se planteó el eterno problema de España. La solución que le daba es cosa de su tiempo, como lo son todos los programas políticos, pero al menos en parte fue decisiva para resolver uno de los peores «males de la Patria», que hubiera dicho don Lucas de Mallada: la injusticia social y el desamparo del trabajador.

Del mismo modo que no es lícito hacer conjeturas sobre su conducta política de haber vivido, no es posible aventurar opiniones sobre la probable evolución de su quehacer literario. Su breve texto *La gaita y la lira* es un compendio de doctrina política y preceptiva literaria, y a él hemos de atenernos, como hemos de atenernos a aquellas ideas suyas que hacen de quien las profesa o las respeta un «portador de valores eternos». También, para saber cómo era capaz de expresarse en verso, nos hemos de atener a esa docena escasa de composiciones, la más ambiciosa de las cuales data de cuando aún no contaba veinte años. Es *La profecía de Magallanes*, poema épico aún en la estética romántica, pero en el que nada suena falso y que es a la vez una evocación de los momentos estelares de la Historia de los pueblos ibéricos a los que exhorta a unirse para volver a acometer empresas de análoga grandeza. Más que de Quintana, hay ecos de Camoens, por ejemplo en la descripción del amanecer frente al Estrecho o de la tempestad que es salutación y gloria para las cuatro carabelas. Todo está dicho con los versos justos, con palabras claras, con acentos graves y con ese aplomo de quien habla desde una de las divisorias de la Historia. Por fin, es inevitable pensar en la fatalidad de algunas expresiones, por ejemplo, cuando dice: «¿Qué importa nuestra muerte si con ella / ayudamos al logro de este sueño?». El José Antonio adolescente se refiere con ello, claro está, a un sueño que se cumplió: el de que las tierras recién descubiertas hablara un día español, es decir, portugués y castellano. Pero si esos versos son aplicables, como por desdicha lo fueron, a su caso personal, hay que recordar que el sueño de José Antonio adolescente era la grandeza de su patria, una grandeza que nunca se lograría mientras la mayoría de la población malviviera al borde de la miseria material y moral. El patriotismo de aquel joven no es, pues, un patriotismo altisonante y embriagador, sino una exhortación a la acción, que a eso era a lo que el tiempo adelante se refería cuando hablo de la «poesía que promete».

Este poema épico da una idea de las ideas que germinaban en José Antonio; es, por decirlo así, una poesía de pensamiento expresada con una sobriedad que anuncia aquel laconismo militar que depuró su estilo. Pero es que en este breve ramillete, parte de los sonetos gastronómicos, hay unas muestras de una sensibilidad lírica más que decorosa. Todavía resuena el modernismo – señalando un camino a Sánchez Mazas, a Pemán y a Foxá– en los intensos alejandrinos del soneto *Arraigaste en mi espíritu segura y suavemente*, expresión nostálgica de una intimidad, presente ya y explícita en el *Poema íntimo* en el que ya se notan nuevas lecturas, sobre todo la de Antonio Machado, tan patente en el *Envío a Julián Pemartín*: «Julián, hermano desde Castilla / – hoy huérfana de reyes–...». Hay, por fin, un tributo a la poesía popular que a José Antonio debió de llegarle por sus vinculaciones jerezanas, y es una *Soleá* que bien vale un *haiku* y que encierra todo el grafismo que regala la naturaleza al que la mira con sosiego: «Jardín de Paterna, el tiempo / se cayó en un pozo blanco/ debajo de un limonero». Tengo un amigo en arquitecto en California que veranea en Bornos, que no está tan lejos de Paterna de Ribera, y que en su casa, que es precisamente la que fue de la familia Ribera, adelantados de Andalucía, ha hecho realidad aquel «huerto cerrado para pocos» que fue el jardín para Pedro Soto de Rojas. Unos de los diversos detalles originales de ese jardín es un breve patinillo encalado convertido en estanque, en cuyo centro, en un alcorque encalado también, crece, lustroso y airoso, un limonero. Cada vez que lo miro pienso en José Antonio y en el tiempo caído en la blancura del pozo.

Escribíamos antes que para Agustín de Foxá, José Antonio saturó de poesía su doctrina. «Yo creo que está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente», decía el fundador de Falange que veía a su movimiento como «un movimiento poético» y añadía que «hay que tener entendimiento de amor [porque] sin ese entendimiento de amor, la convivencia entre hombre y mujer, como entre partido y partido, no es más que una árida manera de soportarse». Y decía también esta frase llena de poesía: «El corazón tiene sus razones, que la razón no entiende. Pero también la inteligencia tiene su manera de amar, como acaso no sabe el corazón».

Uno de los artículos más poéticos de José Antonio, que nació para prender en los caminos de España la semilla fructífera de su palabra y que cantó poéticamente cada uno de sus discursos, fue el titulado *La gaita y la lira*, que reproducimos en su totalidad:

¡Como tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra; ningún césped más tierno que el suyo; ninguna música comparable a la de los arroyos. Pero... ¿no hay en esa succión de la tierra una venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico, casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolverse. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad; de la comarca al valle nativo; del valle al remanso donde la casa ancestral se refleja; del remanso a la casa; de la casa al rincón de los recuerdos.

Todo es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como en el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.



A tal manera de amar, ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano. Es elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser, para que gane la mejor calidad, lo que esté cabalmente al otro extremo, lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable. Es decir, tiene que clavar sus puntales, no en lo *sensible*, sino en lo *intelectual*.

Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita, pero sin entregarle nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado, y aún dos y dos siguen sumando cuatro, como desde el origen de la creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira, rica en empresas porque es sabia en números.



Así, pues, no veamos en la patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un *destino*, una *empresa*. La patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón –si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica– para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los números de los imperios –geometría y arquitectura– para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea.

XV. EL TESTAMENTO DE JOSÉ ANTONIO

Es muy posible que muchos de los que lean este libro ya sean conocedores del testamento de José Antonio, pero otros muchos no. Para éstos quiero reproducirlo, una vez más, para que vean que el fundador de Falange nunca pretendió granjearse reputación de héroe y que murió pidiendo perdón a los que haya podido agraviar y, a su vez, perdona a cuantos le hayan dañado u ofendido. La lectura del testamento redactado y otorgado la víspera de su muerte, constituye uno de los documentos más emocionantes escritos en prosa castellana y el poeta ya citado

Augusto Federico Schmidt, lo calificó, como ya hemos repetido, de obra perfecta. José Antonio ha tenido ante la muerte un gesto supremo de elegancia. No bravuconea, ni representa papel de heroísmo melodramático. «En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta», escribe poco antes de que su cuerpo fuera acribillado por las balas del pelotón de fusilamiento. Y dice uno de sus poetas, el sevillano Manuel Díez Crespo: «¡La muerte te esperaba, con su guadaña blanca, como un lirio en el viento sin raíz en lo falso!». Y añade: «Cielos de sangre, allí en Alicante dulce y olvidado, desplegaron las trágicas reservas de su maldad y de su envidia. ¡Cielos rojos, con ojos de muerte! Por el mundo, la trompa del viento lleva lejos de tu último grito de pasión y esperanza, para que todos te crean y para que todos te guarden. Para que todos te sigan y para que todos te sueñen, con los pies en la tierra, a paso militar, y la cabeza en el cielo a tiempo de salmo. La vida empieza a vivirse plenamente cuando se empieza en serio a pensar en la muerte, y culmina en todo su esplendor cuando la muerte arranca su gran arrogancia de un camino pasado con la seguridad de lo eterno».

Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia.

Me acomete el escrúpulo de si será vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en esta coyuntura cuentas sobre algunos de mis actos; pero como, por otra parte, he arrastrado la fe de muchos camaradas míos en medida muy superior a mi propio valer (demasiado bien conocido de mí, hasta el punto de dictarme esta frase con la más sencilla y contrita sinceridad), y como incluso he movido a innumerables de ellos a arrostrar riesgos y responsabilidades enormes, me parecía desconsiderada ingratitud alejarme de todos sin ningún género de explicación.

No es menester que repita ahora lo que tantas veces he dicho y escrito acerca de lo que los fundadores de Falange Española intentábamos que fuese. Me asombra que, aun después de tres años, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persistan en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y hasta sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolida en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no habérsenos abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía de otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos.

Ayer, por última vez, expliqué al Tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban, primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «¡Si hubiésemos sabido que era esto, no estaríamos aquí!». Y, ciertamente, ni hubiéramos estado allí; ni yo ante un Tribunal Popular, ni otros matándose por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas, ganado para ellos la atención respetuosa de sus enemigos.

A esto tendí, y no a granjearme con gallardía de oropel la póstuma reputación de héroe. No me hice *responsable de todo* ni me ajusté a ninguna otra variante del patrón romántico. Me defendí con los mejores recursos de mi oficio de abogado, tan profundamente querido y cultivado con tanto asiduidad. Quizá no falten comentadores póstumos que me afeen no haber preferido la fanfarronada. Allá cada cual. Para mí, aparte de no ser primer actor en cuanto ocurre, hubiera sido monstruoso y falso entregar sin defensa una vida que aún pudiera ser útil y que no me concedió Dios para que quemara en holocausto a la vanidad como un castillo de fuegos artificiales. Además, que ni hubiera descendido a ningún ardid reprochable ni a nadie comprometía con mi defensa, y sí, en cambio, cooperaba a la de mis hermanos Margot y Miguel, procesados conmigo y amenazados de penas gravísimas. Pero como el deber de defensa me aconsejó, no sólo ciertos silencios, sino ciertas acusaciones fundadas en sospechas de haberseme aislado adrede en medio de una región que a tal fin se mantuvo sumisa, declaro que esa sospecha no está, un mucho menos, comprobada por mí, y que si pudo sinceramente alimentarla en mi espíritu la avidez de explicaciones exasperadas por la soledad, ahora, ante la muerte, no puede ni debe ser mantenida.

Otro extremo me queda por rectificar. El aislamiento absoluto de toda comunicación en que vivo desde poco después de iniciarse los sucesos, sólo fue roto por un periodista norteamericano que, con permiso de las autoridades de aquí, me pidió unas declaraciones a primeros de octubre. Hasta

que, hace cinco o seis días, conocí el sumario instruido contra mí, no he tenido noticia de las declaraciones que se me achacaban, porque ni los periódicos que las trajeron ni ningún otro me eran asequibles. Al leerlas ahora, declaro que entre los distintos párrafos que se dan como míos, desigualmente fieles en la interpretación de mi pensamiento, hay uno que rechazo del todo: el que afea a mis camaradas de la Falange el cooperar en el movimiento insurreccional con «mercenarios traídos de fuera». Jamás he dicho nada semejante, y ayer lo declaré rotundamente ante el Tribunal, aunque el declararlo no me favoreciese. Yo no puedo injuriar a unas fuerzas militares que han prestado a España en África heroico servicios. Ni puede desde aquí lanzar reproches a unos camaradas que ignoro si están ahora sabios o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrinas de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange.

Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.

Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta. Acéptela Dios Nuestro Señor en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida. Perdono con todo el alma a cuantos me hayan podido dañar u ofender, sin ninguna excepción, y ruego que me perdonen todos aquellos a quienes deba la reparación de algún agravio grande o chico. Cumplido lo cual, paso a ordenar mi última voluntad en las siguientes

CLAÚSULAS

Primera. Deseo ser enterrado conforme al rito de la religión Católica, Apostólica, Romana, que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz.

Segunda. Instituyo herederos míos por partes iguales a mis cuatro hermanos: Miguel, Carmen, Pilar y Fernando Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, con derecho de acrecer entre ellos si alguno me premuriese sin dejar descendencia. Si la hubiere dejado, pase a ella en partes iguales, por estirpes, la parte que hubiera correspondido a mi hermano premuerto. Esta disposición vale aunque la muerte de mi hermano haya ocurrido antes de otorgar yo este testamento.

Tercera. No ordeno legado alguno ni impongo a mis herederos carga jurídica; pero les ruego:

A) Que atiendan en todo con mis bienes a la comodidad y regalo de nuestra tía María Jesús Primo de Rivera y Orbaneja, cuya maternal abnegación y afectuosa entereza en los veintisiete años que lleva a nuestro cargo no podremos pagar con tesoros de agradecimiento.

B) Que, en recuerdo mío, den algunos de mis bienes y objetos usuales a mis compañeros de despacho, especialmente a Rafael Garcerán, Andrés de la Cuerda y Manuel Sarrión, tan leales durante años y años, tan eficaces y tan pacientes con mi nada cómoda compañía. A ellos y a todos los demás, doy las gracias y les pido que me recuerden sin demasiado enojo.

C) Que repartan también otros objetos personales entre mis mejores amigos, que ellos conocen bien, y muy señaladamente entre aquellos que durante más tiempo y más de cerca han compartido conmigo las alegrías y adversidades de nuestra Falange Española. Ellos y los demás camaradas ocupan en estos momentos en mi corazón un puesto fraternal.

D) Que gratifiquen a los servidores más antiguos de nuestra casa, a los que agradezco su lealtad y pido perdón por las incomodidades que me deben.

Cuarta. Nombro albaceas contadores y partidores de herencia, solidariamente, por término de tres años, y con las máximas atribuciones habituales, a mis entrañables amigos de toda la vida Raimundo Fernández-Cuesta y Merelo y Ramón Serrano Súñer, a quienes ruego especialmente:

A) Que revisen mis papeles privados y destruyan todos los de carácter personalísimo, los que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en periodo atrasado de elaboración, así como cualesquiera obras prohibidas por la Iglesia o de pernicioso lectura que pudieran hallarse entre los míos.

B) Que coleccionen todos mis discursos, artículos, circulares, prólogos de libros, etc., no para publicarlos –salvo que lo juzguen indispensable–, sino para que sirvan de pieza de justificación cuando se discuta este periodo de la política española en que mis camaradas y yo hemos intervenido.

C) Que provean a sustituirme urgentemente en la dirección de los asuntos profesionales que me están encomendados, con ayuda de Garcerán, Sarrión, y Matilla, y a cobrar algunas que se me deben.

D) Que con la mayor premura y eficacia posible hagan llegar a las personas y entidades agraviadas a que me refiero en la introducción de este testamento, las solemnes rectificaciones que contiene.

Por todo lo cual les doy desde ahora las más cordiales gracias. Y en estos términos dejo ordenado mi testamento en Alicante el citado día dieciocho de noviembre de mil novecientos treinta y seis, a las cinco de la tarde, en otras tres hojas además de ésta, todas foliadas, fechadas y firmadas al margen.

Este testamento también llegó a ser reproducido, en su totalidad, por alguno de los adversarios políticos del fundador de Falange Española como fue el caso del socialista Julián Zugazagoitia, que en su libro *Guerra y vicisitudes de los españoles* dice que lo publica porque «es un documento sobrio y sereno, que no carece de sincera emoción». Así pues, y una vez recogidas estas palabras, terminamos este trabajo con otras de Gerardo Diego a quien Rafael Alberti se negó prologarle una antología bilingüe, a pesar de pedirselo aquél; pues él no podía hacerlo a un señor que tenía versos como la letrilla de la Torre de la Catedral de Oviedo publicado en 1938 y escrito en homenaje al general Antonio Aranda, *Nunca supe lo que es miedo. / Soy de Oviedo...*, o a las alas de Italia, o sea, a las escuadrillas de la Regia Aeronáutica que combatieron en nuestra guerra, nos dice Aquilino Duque. Y las palabras a las que nos referimos de Gerardo Diego dicen: «Sin el hombre no habría poesía, y para que en ella cupiese Dios, tuvo que hacerse hombre». O como escribiera Platón –citado ya por Eugenio Montes–, en su *Fedro* y que repite José Antonio Marina en su *Dictamen sobre Dios*, «el poeta está bajo la acción de un poder superior, la *tehia mania*. Está literalmente, entusiasmado, poseído por un dios».

BIBLIOGRAFÍA

- Agustí, Ignacio, *Ganas de hablar*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona, 1974.
Alberto, Rafael, *Poemas del destierro y de la espera*. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1978.
Alonso, Dámaso, *Poetas españoles contemporáneos*. Editorial Gredos, S.A. Madrid, 1988.
Anson, Luis María, *Antología de las mejores poesías de amor en lengua española*. Plaza & Janés, S.A. Barcelona, 2001.
Aub, Max, *La gallina ciega*. Alba Editorial, S.L. Barcelona, 1995.
Aub, Max, *Diario (1939-1972)*. Alba Editorial, S.L. Barcelona, 1998.
Arbó, Juan Sebastián, *Memorias*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona, 1982.
Ayala, Francisco, *Recuerdos y olvidos*. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2001.
Bergua, José, *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*. Ediciones Ibéricas. Madrid, 1995.
Campo Alange, María, *Mi atardecer entre dos mundos*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona, 1983.
Cuenca de, Luis Alberto, *Las cien mejores poesías de la lengua castellana*. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1998.
Cunqueiro, Alvaro, *Hierba aquí o allá. Herba aquí ou acolá*. Edición Bilingüe. Traduc. César Antonio Molina. Madrid, 1988.
De Góngora, Manuel, *Dolor y resplandor de España*, Ediciones Santa Fe. Barcelona, 1940.
De Ronsard, Pierre, *Poesía*. Editorial Pre-Textos. Valencia, 2000.
Díaz-Plaja, Fernando, *Los poetas en la guerra civil*. Plaza & Janes, S.A. Barcelona, 1976.
Díaz de Guereñu, Juan Manuel, *Memoria de Gerardo Diego (De los cuadernos de Luis Á. Piñer)*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Madrid, 1999.
Diego, Gerardo, *Manual de espumas. Versos humanos*. Ediciones Cátedra, S.A. Madrid, 1996.
Espina, Concha, *Obras Completas*. Tomo II, Ediciones Fax. Madrid 1972.
Florez, Rafael, *D'Ors*. Ediciones y Publicaciones Españolas, S.A. Madrid, 1970.
G. Payne, Stanley, *Historia del fascismo español*. Ruedo Ibérico. París, 1965.
García Lorca, Federico, *Obras completas*. Aguilar, S.A. de Ediciones. Madrid, 1967.

García Lorca, Francisco, *Federico y su mundo*. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1990.

García Serrano, Rafael, *La gran esperanza*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona 1983.

Gibson, Ian, *Granada en 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*. Editorial Crítica, S.A. Barcelona 1986 (6ª edición).

Giménez Caballero, Ernesto, *Retratos españoles*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona, 1985.

Gómez de la Serna, Ramón. *Retratos de España*. Ediciones B, S.A. Barcelona, 1988.

Gómez-Santos, Marino. *La memoria cruel*. Editorial Espasa Calpe, S.A. Madrid, 2002.

Góngora de, Manuel, *Dolor y resplandor de España*. Ediciones Santa Fe. Barcelona MCMXL.

González Egido, Luciano, *Agonizar en Salamanca. Unamuno (julio-diciembre 1936)*. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1986.

Inglada, Rafael, *11 poemas, de José Antonio Primo de Rivera*. Málaga, Imprenta Sur, Año MMI

Jiménez, Juan Ramón, *Selección de poemas*. Editorial Castalia, S.A. Madrid, 1987.

León, María Teresa, *Memoria de la melancolía*. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires, 1970.

León Felipe, León Felipe Camino, *Prosas*. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1981.

Kipling, Rudyard, *Poemas*. Visor Libros. Madrid, 2001.

Machado, Antonio, *Poesías completas*. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1979.

Machado, Manuel, *Poesías de guerra y posguerra*. Universidad de Granada, 1992.

Marina, José Antonio, *Dictamen sobre Dios*. Editorial Anagrama, S.A. Barcelona, 2002.

Molla, Juan y Alperi, Víctor, *Carlos Bousoño*. Gijón, 1987.

Pascual, Angel María, *Capital de tercer orden*. Gobierno de Navarra. Pamplona, 1997.

Pérez Gutiérrez, F., *La generación de 1936*. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1981.

Ridruejo, Dionisio, *Casi unas memorias*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona, 1976.

Rodríguez-Puértolas, Julio, *Literatura fascista española*. Volumen I Historia. Ediciones Akal, S.A. Madrid, 1986.

Rodríguez-Puértolas, Julio, *Literatura fascista española*. Volumen II Antología. Ediciones Akal S.A. Madrid, 1987.

Saez Delgado, Antonio, *Adriano del Valle y Fernando Pessoa (Apuntes de una amistad)*. Llibros del Peixe, S.L. GIJON, 2002.

Salinas, Pedro, *Literatura española siglo XX*. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1989.

Santa Marina, Luys, *Hacia José Antonio*. Editorial AHR. Barcelona, 1958.

Trapiello, Andrés, *Las armas y las letras*. Editorial Planeta, S.A. Barcelona, 1994.

Umbral, Francisco, *Los alucinados*. La Esfera de los Libros, S.L. Madrid, 2001.

Unamuno, Miguel de, *Cancionero*. Akal. Madrid, 1984.

Urrutia de, Federico, *Poemas de la Falange Eterna*. Aldus, S.A. de Artes Gráficas-Santander, primera edición, II Año Triunfal.

Vallejo, César, *Trilce*. Losada, S.A. Barcelona, 1999.

Varios, *Antología comentada de la generación del 27*. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 2001.

Varios, *Juegos Florales*. Editorial Social Católica. Victoria, 1938.

Varios, *La generación de 1936. Antología poética*. Taurus Ediciones, S.A. Madrid, 1979.

Vegas Latapie, Eugenio, *La Frustración en la Victoria*. Editorial Actas, S.L. Madrid, 1995.

Villon, François, *Poesía*. Ediciones Cátedra, S.A. Madrid, 1985.

